



# Viraha

“Anhelos del alma”

C. M. Fournier

  
EDICIONES ALADAS

**D.J.57**

***Viraha***

***Anhelos del alma***

C. M. Fournier

***EDICIONES HADES***

“Novela”

© Francisco Javier Villada Fournier  
© Ediciones Hades  
12163 Culla (Castelló)  
[info@edicioneshades.com](mailto:info@edicioneshades.com)  
[www.edicioneshades.com](http://www.edicioneshades.com)  
ISBN – 978-84-949932-9-9  
Depósito Legal – CS 532-2019  
Imagen y Diseño Portada – Javier Blázquez Murillo

***Viraha***

***Anhelos del alma***

*Hoy miro alrededor,  
y ya no estás tú.  
Siento que navego en la oscuridad  
para buscar, de nuevo tu luz.  
Hoy comprendí  
lo que significabas para mí,  
camino huyendo de esa frontera  
donde me despedí de ti.  
Y es tu recuerdo  
el que da sentido a mi alma,  
ese que me hizo valorar  
cada gesto que realizabas.  
En cada paso,  
tú me equilibrabas,  
fuiste la cura de mis heridas,  
aquel héroe que siempre estaba.  
Y llueve,  
hoy siento que llueve,  
quiero encontrar un arco iris,  
pero, abuela, hoy siento que me dueles.  
Se tiñe todo de gris  
porque tu imagen me envuelve,  
solo quedan sombras  
mientras tu amor sigue presente.  
Te quiero,  
perdona si te lo dije pocas veces.  
La rutina evitó que viera  
todo lo que te mereces.  
Quiero que sepas  
que nadie ocupará esas huellas,  
que por ti prevalecen.  
Espero, mi ángel,  
que, a pesar de la distancia,  
algún día regreses.  
A pesar del dolor,  
te siento más que nunca,  
no me sueltes de tu mano  
yo seguiré amarrado a la tuya.*

Dedicado a esas personas tan importantes en nuestras vidas y que solemos perder por desgracia demasiado pronto, Nuestros abuelos y abuelas.

# Capítulo 1

## Suplantación

Un hombre corre de manera vehemente, como si el diablo se llevase su alma. Iba sujetando su abdomen, completamente ensangrentado, con un brazo; mientras que con el otro intentaba agarrar el aire y así poder ir más deprisa. Apenas se le veía el rostro debido a la oscuridad del lugar, solo se podía distinguir un kimono, que, en su día fue de colores claros, y ahora se mostraba oscuro debido a la suciedad. Era inconfundible el ruido de sus zancos de madera, que calzaba con gran destreza.

No paraba de mirar una y otra vez hacia atrás, chocando muchas veces con todo lo que encontraba a su paso. Tras él, muy lejos, solo se podían observar tres sombras, de las que se distinguían unos ojos de un fulgor verdoso, que les conferían un aspecto aterrador. Transcurrido un tiempo estas parecían alcanzarlo. El rostro del hombre seguía sin poder verse con claridad, cuando un gemido de miedo salió de él, sin poder evitarlo. En ese momento desapareció delante de sus perseguidores.

\* \* \*

Eran las vacaciones de invierno, la familia Alba había viajado hacia Japón. Su hijo Alejandro, de dieciséis años, era, sin duda alguna, lo que se conoce como un fanático de la cultura japonesa. Durante mucho tiempo habían estado ahorrando para poder realizar este viaje tan fantástico. Su novia, Mia, viajó con ellos, al pagar los padres de ella todos sus gastos, pues eran perfectamente conscientes de la importancia que tenía para ella. Alejandro era un chico de complexión delgada pero atlética, medía 1'87 de estatura, sin duda era alto para su edad. Tenía el pelo un poco largo para su estilo de peinado, que consistía en peinarse hacia un lado mientras se dejaba una especie de tupé bastante elevado; sus ojos eran de color avellana, y apenas le había crecido la barba y el bigote. Era bastante guapo, y solo desentonaban en su rostro un par de espinillas, típicas de esa edad. Mia era una chica más desigual, su estatura apenas rozaba el 1'58, y por culpa de ese pequeño complejo siempre usaba calzado con algún tipo de plataforma o tacón. Tenía los ojos de color marrón oscuro, aunque con las gafas que llevaba a veces parecían ser más claros; su cabello natural era castaño claro,

pero ahora quedaba oculto bajo un color tan intenso como el rojo granate. Era de un rostro, la verdad, llamativo, y su cuerpo se podía decir que era de curvitas, pues para su estatura tenía algo más de masa muscular que la que debería de tener.

Los padres de Alejandro eran Carmen y Pascual y ambos se encontraban a las puertas de cumplir los cincuenta años. Carmen era una madre convencional, siempre arreglada con peinados simples. Su aspecto contrastaba con el de su pareja, Pascual, cuyo aspecto le daba un aire bastante respetable y serio, con el pelo canoso y gafas, aunque después se mostrara como un auténtico bromista.

Un día, todos ellos se encontraban de excursión por una de las tres montañas sagradas, conocidas por el nombre de Sanreizan. Exactamente lindaba con el monte Tate, al pie del cual se extendía una explanada enorme, y luego kilométricas hectáreas de un frondoso bosque. Estando en uno de los templos de la visita, Alejandro se alejó un poco del grupo para ofrecer un pequeño ritual muy típico de la zona, que consistía en tocar una serie de campanas bastante pequeñas antes de rezar pidiendo por la salud, el trabajo y el amor. Sus padres le dejaron ir solo pues Carmen no podía aguantar más de tanto andar y tuvo que sentarse, mientras Mia, muy amablemente, compraba algunos *souvenirs* para todos.

Alejandro realizó, paso por paso, el procedimiento ceremonial, luego juntó sus manos y cerró los ojos mientras rezaba en silencio. Fue entonces cuando un ruido empezó a desconcentrar al muchacho de sus pensamientos, hasta que no aguantó más y tuvo que abrir los ojos. Y, aunque a simple vista no fue capaz de percibir algo que captase su atención, a medida que pasaban los minutos, ese ruido fue en aumento llamando la curiosidad irremediable del chico. Entonces vio, con mucha dificultad, a una persona agazapada, como si estuviera encogida y escondida en uno de los estrechos recovecos del pequeño templo. Alejandro se fue acercando, bien por curiosidad o por ingenuidad. Progresivamente, fue observando a la persona y pudo comprobar que no levantaba la vista del suelo y que se sujetaba el estómago con ambos brazos intentando ocultar algo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Alejandro con un tono de voz bastante tímido.

La verdad que fue bastante clara la pregunta, pero no hubo ningún tipo de respuesta. El chico comenzó a tener algo de miedo, pero su curiosidad le hizo avanzar todavía más.

—Perdone señor, ¿pero se encuentra usted bien?, ¿quiere que llame a un médico o a alguien? —le dijo en un castellano muy claro.

El chico se dio cuenta, entonces, de que hablaba en su idioma natal y no en el originario de donde se encontraba, así que dejó de preguntar y se dio media

vuelta para pedir ayuda. Justo entonces pudo escuchar con mucha claridad:

—¡¡Ayu...!! ¡¡Ayud...!! ¡¡Ayúdame... por favor...!!

Alejandro se dio la vuelta rápido para volver a mirar a aquel hombre agazapado, que había salido de su escondite. Era un hombre que apenas llegaba al 1'65 de estatura, su rostro estaba casi tapado por un largo pelo que llevaba suelto. Seguía sujetándose con fuerza el estómago, pero ahora podía verse con claridad la sangre que brotaba de él. Alejandro se asustó al ver tanta sangre y se dispuso a correr, cuando, al darse la vuelta para salir corriendo, se encontró a aquel hombre malherido delante suya. Era totalmente imposible, pensó para su adentro, nadie en la vida era tan veloz, y mucho menos con una herida de aquella consideración. Pegó un salto hacia atrás, y mostrando un claro síntoma de terror en su rostro dijo:

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres de mí?

Pasó un breve espacio de tiempo hasta que las palabras brotaron de la boca de aquel misterioso hombre.

—¡¡Quiero tu ayuda!! —le dijo con un tono bastante tético.

—¡Vale!... ¡Voy a ayudarte!... ¡Voy a buscar ayuda inmediatamente! —le dijo mientras intentaba, paso a paso, alejarse de aquel hombre.

Entonces notó cómo algo detuvo sus pasos nuevamente, se giró con bastante temor y vio claramente aquel hombre detrás suyo. Intentó separarse más de él, pero este le agarró los brazos con muchísima fuerza y le dijo con una voz bastante terrorífica:

—¡¡Necesito ayuda... Te necesito a ti!!

Los ojos de Alejandro se abrieron como platos y las lágrimas comenzaron a brotar, entonces sus miradas se cruzaron y observó unos ojos de un fulgor verde claro muy intenso, acto seguido desaparecieron entre la gran arboleda que había en los alrededores.

Mientras, sus padres y su novia comenzaban a inquietarse por la gran tardanza del joven. Mia no paraba de mirar su móvil, cada par de minutos le enviaba un mensaje por medio de la aplicación del WhatsApp. El tiempo pasaba y no había ninguna respuesta; su padre, Pascual, anduvo preguntando por los alrededores por si lo habían visto pasar, pero todas las pistas terminaban en el pequeño templo. Carmen, por el contrario, se encontraba bastante enojada por la parsimonia de los guías y de los servicios de emergencia de la zona. Así estuvieron más de cuatro horas, las cuales fueron, cada una de ellas, tan largas como si fueran años.

Mia no pudo aguantar más las lágrimas, sentía una gran angustia dentro de ella, y solo era capaz de reprimirla llorando. En ese mismo instante vio pasar cerca de ella a Alejandro, su paso era lento e incluso un poco torpe. Su ropaje



estaba totalmente hecho jirones, y su rostro estaba cubierto con bastante suciedad. Su mirada se mostraba perdida e incluso vacía, parecía no haberse dado cuenta de la presencia de Mia y eso la extrañó muchísimo, pues Alejandro era un chico muy perspicaz que se daba cuenta rápido de las cosas.

—¿Te encuentras bien? ¿Dónde te has metido todo este rato, Cari? —le preguntó Mia con un tono bastante amable, ocultando una pequeña furia por no hacerle caso.

Alejandro no respondió, ni siquiera la miró a la cara, algo que enojó mucho a la chica. Un par de segundos después, el muchacho cayó desmayado al suelo. Mia gritó muy alto pidiendo ayuda a todo el mundo; sus padres, que se encontraban por la zona, escucharon los intensos gritos de la joven y acudieron velozmente.

Rápidamente, Pascual lo incorporó evitando que se tragase la lengua, para que no se asfixiara. Un equipo de urgencia médica llegó al lugar en poco tiempo y fue trasladado al hospital. Aunque las constantes vitales eran muy bajas su vida no corría peligro. Tras unos días, todas las pruebas que le realizaron salieron que se encontraba en perfecto estado, algo que, sin duda, extrañaba mucho a todos. Se encontraba sumido en un coma el cual no se sabía cómo había sido producido, y solo quedaba la parte más difícil de todas, esperar a que despertase.

## Capítulo 2

### Aquel quien finge ser

Un incesante jadeo de cansancio de una figura misteriosa, llenaba de sonido las cercanías, solamente el ruido de algunos pasos acelerados hacían sombra al sonido jadeante. Varios ojos, que desbordaban un fulgor verde muy intenso, perseguían a aquella figura, cercándola cada vez más. A medida que eso iba ocurriendo, la oscuridad parecía arremolinarse aún más en torno a ella. Cuando aquellos maléficos ojos parecieron alcanzarlo, la figura se agazapó esperando el momento final y, de repente, despertó.

Alejandro se acababa de despertar del coma, agitándose con gran violencia, apenas era consciente de lo sucedido, y se encontraba totalmente empapado en sudor. Tras unos segundos muy intensos, pudo ir tranquilizándose y su agobio comenzó a disiparse. Carmen que se encontraba presente acudió a auxiliar a su hijo, y con un abrazo junto a sus tiernas palabras, este pudo recobrar su estado más relajado. Miró a Carmen, pero su mirada era diferente, como si estuviera perdida en el limbo. Ella no hizo apenas caso a ese detalle, y solo alcanzaba a dar las gracias porque había despertado, por fin, del coma.

Rápidamente, Carmen llamó a las enfermeras para que avisaran al médico, y casi sin terminar de captar su atención, estaba llamando por teléfono a su marido.

Pascual había vuelto al trabajo hacía poco tiempo y ya no disponía de más días de descanso ni vacaciones para prolongar la estancia fuera de su puesto. Al recibir aquella inesperada llamada casi tuvo un accidente laboral, la emoción que sintió fue tan grande que descuidó su atención. Por suerte, no sucedió nada grave, y, tras explicar el motivo de la distracción, salió disparado hacia el hospital.

Los médicos habían reconocido, en un primer examen, al muchacho, que parecía estar en perfectas condiciones, aun así, querían realizar más pruebas para descartar posibles contingencias. Por fin, se quedaron solos Carmen y Alejandro. Su madre estaba llorando de felicidad, y él parecía estar despertando de un mal sueño.

—¿Recuerdas algo de lo que te pasó, hijo mío? —le preguntó con un dulce tono.

No dijo nada el chico, solo respondió con un gesto de negación con la

cabeza, y acto seguido volvió a tumbarse en la cama cerrando los ojos por unos momentos.

—No te preocupes cariño, ya ha pasado todo. No hace falta que recuerdes lo malo que te haya pasado. ¡¡OSTRAS!! No he avisado a Mia y a sus padres, estaban todos muy preocupados por ti. Voy a avisarles, tardo muy poco, cariño.

Carmen cogió de nuevo el móvil y salió de la habitación, no sin antes darle un beso muy tierno en la frente a su hijo. Ya solo, Alejandro abrió de nuevo los ojos, se incorporó de una manera bastante ágil, y luego se levantó de la cama. Su paso era bastante ligero, como si nunca le hubiese pasado nada. Llegó hasta el cuarto de baño y allí se miró al espejo. Su mirada parecía perderse en el reflejo de sus propios ojos, y, tras unos momentos, Alejandro esbozó una sonrisa de felicidad total.

Abrió la puerta del cuarto de baño con gran presteza y salió, pero su paso ahora era torpe y su cuerpo parecía pesarle una tonelada. Subió la vista, y, casi sin poder terminar de enfocar, observó como su padre lo abrazaba con gran fuerza.

Tras unos minutos su madre volvió a la habitación donde Alejandro se encontraba, ahora nuevamente en la cama. Pascual estaba sentado a su lado con un par de lágrimas en las mejillas.

El tiempo transcurría con bastante tranquilidad aparente, y los padres no paraban ni un solo instante de mirar a su hijo.

—Madre, padre, ¿podéis contarme dónde estoy? —les preguntó con un tono algo confuso.

—Claro que sí, cariño —dijo su madre.

—¿No sé si recuerdas el viaje a Japón? —le preguntó su padre.

—Algo recuerdo padre, recuerdo algo de un templo y poco más.

—Nadie sabe qué te pasó, pero durante cuatro horas estuviste desaparecido. Fuiste a hacer una ceremonia típica de aquella región, y algo te tuvo que suceder, seguro, para que estuvieras tanto tiempo fuera. Cuando te encontramos estabas muy sucio, incluso tenías sangre, aunque no era tuya. Te llevamos al hospital y la policía interrogó a todos los posibles testigos del lugar, pero nadie vio nada... Tras unos días encontraron el cuerpo sin vida de un hombre, y, por lo que se ve, lo que atacó a aquel hombre, te atacó a ti también. Por suerte, tú sobreviviste de alguna forma, no sabemos si ese hombre te salvó la vida, pero damos las gracias a Dios por si fue así. Tú estabas en coma, y, tras dos semanas allí, pudimos por fin conseguir todo lo necesario para trasladarte de vuelta a España. Así que estás en casa, prácticamente —le explicó su padre con gran cuidado en sus palabras.

—¿España? ¿Casa? —preguntó con mucha confusión.

—Sí, cariño, estás en Valencia. No te preocupes si no recuerdas, según el médico es normal que te encuentres así un tiempo, pero ha dicho que pronto lo recordarás todo —dijo su madre con un tono de optimismo.

—Gracias padres por vuestras palabras.

Esta última respuesta pilló por sorpresa a Carmen y a Pascual, quienes no recordaban haber tenido nunca una respuesta así, viniendo de su hijo.

No era mal chico, pero se encontraba en una edad complicada, con grandes vaivenes emocionales. Sus notas eran decentes, aprobaba, pero casi siempre raspado, y su gran pasión era jugar al baloncesto junto al manga, el anime y toda la cultura japonesa. Solo parecía interesarse por Mia y por su íntimo amigo, José.

En medio de aquella conversación la puerta de la habitación volvió abrirse, y en ella apareció Mia junto a sus padres, Mauricio y Sara.

—¡Amor mío! —dijo con un tono muy elevado Mia.

Alejandro se quedó bastante extrañado por esa particular entrada, mientras que sus padres parecían estar acostumbrados a ello. Mia se acercó con gran énfasis a él, mientras sus padres se iban saludando mutuamente. Cuando estaba prácticamente a escasos centímetros, se dispuso a darle un beso en los labios, pero el chico, con un gesto brusco, lo evitó. Mia se quedó extrañada por aquel movimiento desconcertante, pero se le pasó rápidamente y volvió a intentarlo de nuevo. Nuevamente fue detenida por Alejandro, obstaculizando su trayecto con los brazos, entonces Mia se echó hacia atrás bastante extrañada. Carmen quiso quitar hierro al asunto y le dijo:

—No te preocupes, Mia, el médico ha dicho que es normal que tenga reacciones diferentes a las que estamos acostumbrados. Necesita tiempo para recuperarse por completo, y así recobrar todos sus recuerdos y su forma de ser.

Las palabras de Carmen animaron el estado de la joven, y acto seguido sacó su mejor sonrisa mientras se dispuso a saludar, ahora sí, a Pascual y a Carmen.

—¿Cómo te encuentras, Alejandro? —le preguntó Mauricio al joven.

Mauricio era una persona entrada, hacía poco, en los cuarenta, era de porte delgado y elegante. Siempre iba como recién afeitado, con un peinado muy cuidado. Sus ojos claros y su rostro le conferían un gran atractivo, algo de lo que, sin duda, Mia presumía ante sus amigas. Sara, en cambio, era algo más joven, siempre bien vestida hasta para ir a los sitios más cotidianos. Era rubia con ojos verdes, y siempre estaba sonriendo.

—Me siento bien... O eso creo, señor —respondió Alejandro con un tono muy cuidado.

—¿Señor?, es la primera vez que me llamas “señor”. Siempre me llamas Maury, pero suena bien “señor”.

—Cariño no te vengas tan arriba, que eso seguro ha sido por las circunstancias —le dijo Sara burlescamente a su marido.

Todos se lo tomaron como una broma, menos Mauricio que se hizo el dolido, y así, con un buen ambiente, pasaron más de dos horas, hasta que llegó el final del tiempo de visita.

—Hasta pronto, Alejandro, ya verás como te recuperas pronto —dijo Sara, despidiéndose del muchacho.

—Ya mismo estás jugando de nuevo al baloncesto, ya lo verás —le dijo Mauricio.

—Gracias por su visita señor Mauricio, señorita Sara —les respondió, dejando nuevamente a la pareja sorprendida.

—Hasta luego mi niño, que sepas que te quiero mucho. Tranquilo que pronto te acordarás de lo felices que somos juntos, te quiero, te quiero... —y muchas veces más—, hasta luego —le dijo Mia de manera efusiva.

Pascual entonces se levantó mirando la hora en su reloj, se había hecho bastante tarde y por la mañana tendría que volver al trabajo con total seguridad. Por suerte, ya podía irse más relajado a casa al ver su hijo despierto, Carmen se quedaría nuevamente en el hospital con él, pues ella no estaba trabajando en esos días.

—Esperad un momento y os acompaño —les dijo Pascual.

El padre se despidió de su mujer con un beso, después se dirigió hacia Alejandro y le dio un fuerte abrazo junto a un beso.

—Descansa, hijo mío, pronto saldrás de aquí e irás a casa. Te quiero.

—Gracias, padre, yo también os quiero.

Esas palabras hicieron que Pascual perdiera el control por unos momentos, y varias lágrimas brotasen de sus ojos. Alejandro hacía bastante tiempo que no les decía a sus padres que los quería, pues casi siempre lo daba por sentado. Por eso, al escuchar esas palabras, el corazón de su padre se conmovió tanto. Pascual lo abrazó más fuerte aún, y luego se marchó con Mia y sus padres.

—Madre, ¿serías tan amable de traerme té? —le preguntó Alejandro.

—¿Un té?, no sabía que tú bebías té, cariño. Por supuesto que te lo traigo, pero antes preguntaré si puedes tomarlo a las enfermeras. Ahora vengo, cariño.

Su madre salió de la habitación muy pensativa por aquella extraña petición, Alejandro aprovechó para volver a levantarse de la cama e ir nuevamente al cuarto de baño. Otra vez volvió a mirar su reflejo en el espejo, y esa sonrisa volvió a brotar de su boca, entonces dijo con un tono bastante bajo en un idioma bastante antiguo, en desuso: “No está mal, nada mal. Es muy joven, pero me servirá. Tuve que hacerlo todo demasiado deprisa dejándolo todo atrás, al menos aquí estaré a salvo por un tiempo si paso desapercibido.”

## Capítulo 3

### Adaptación

Un par de semanas después, le dieron el alta al joven Alejandro. Los médicos no encontraron nada por lo que tuvieran que preocuparse, aun así, dieron unas recomendaciones a sus padres para su adaptación a la vida cotidiana. Mia había ido todos los días a verlo; aunque su actitud hacia ella no había cambiado, parecía estar empeñada en hacerle recordar, aunque le llevase mucho tiempo. Muchos compañeros quisieron ir a verlo, pero debido a la distancia y a sus presupuestos tan escasos no pudieron hacerlo. Así que lo llamaban o le escribían mensajes de texto, que eran respondidos por sus padres o por Mia, ya que él no parecía recordar el funcionamiento de los teléfonos móviles. No se acordaba tan siquiera de la televisión, se quedó bastante embobado cuando la descubrió. Daba igual lo que echasen que él lo veía con el mismo énfasis, películas, telediarios, series, programas del corazón, telenovelas... él veía todo como si fuera la primera vez en su vida que lo hacía. Sus padres no quisieron darle mayor importancia, y dado que su comportamiento era muy educado todo el tiempo, no vieron impedimento para que este disfrutase de aquel *hobby*.

Al salir del hospital, pudo comprobar un mundo nuevo para él, este se encontraba a las afueras de un pueblo de Valencia llamado Alzira. Estaba rodeado por campos de naranjos, y solo lo cruzaban por alrededor, dos carreteras convencionales. No podía fingir su asombro ante todo ello, llegaron hasta el coche de sus padres, y no fue menos la expectación. Con mucho recelo se subió al auto, aunque parecía más temor que otra cosa, sobre todo al empezar a moverse este. Pronto se acostumbró al movimiento y fue mirando por la ventanilla, pudo observar cómo pasaban por un polígono de fábricas; los camiones le produjeron mucho temor al verlos acercarse a él. Sus padres lo iban tranquilizando cada vez que lo veían nervioso, el camino no fue largo, duró 15 minutos más o menos, y, por fin llegaron al pueblo donde ellos tenían su residencia, Alberic.

Vivían en un tercero sin ascensor, en una zona que parecía más de paso que un lugar de residencia. Algo que llamó mucho la atención del joven fue la montaña, que básicamente era un parque que rodeaba una pequeña montaña, en la cual había diferentes instalaciones deportivas, parques para niños y estructuras históricas junto a algún pequeño monumento. Algo que captó mucho

la atención de Alejandro fueron las personas que había por allí, sobre todo los jóvenes y sus pintas actuales. Sintió cómo era observado de arriba a abajo, y cómo por dentro le recorría con gran hervor su sangre, pues sentía que esas miradas eran amenazadoras y hubiera querido acabar con ellos inmediatamente. Se controló, no sin mucho esfuerzo, y subió a su casa. Su piso era muy normal de la época, tres habitaciones, un baño, cocina y salón. La decoración de su casa estaba muy conseguida en un estilo moderno con toques clásicos, pero al entrar a su habitación le pareció que esta era otro mundo. Estaba totalmente decorada con pósters de jugadores de baloncesto, diferentes animes y mangas. Tenía varias estanterías repletas con ediciones de cómics, manga, libros de fantasía y también había una televisión de 27 pulgadas; a su lado una Play—4, conectada. Su cama era de gran tamaño, y la colcha que la cubría tenía las imágenes de una película muy famosa, *La guerra de las galaxias*. Todo esto sorprendió mucho al muchacho que miraba con incredulidad.

—Como ves, cariño, tu habitación está como la dejaste. Incluso con calcetines sucios... dijo su madre al verlos detrás de la puerta.

Alejandro volvió en sí por unos momentos pidiendo disculpas a su madre de una forma muy educada, algo que hizo que su madre se ablandase aún más. Sus padres lo dejaron descansar en su habitación mientras ellos realizaban tareas cotidianas en la casa. El chico se tiró en la cama mirando a su alrededor, y comenzó a hablar en pensamientos: “Qué sitio más horrible es este, cómo está todo decorado. Desde luego, el progreso ha sido muy malo para la humanidad, ¿tantas cosas necesita ahora una persona tan joven? No va ser tan fácil, como yo creía, hacerme pasar por este muchacho, pero no me queda más remedio que hacerlo. Solo espero que la pesada de su prometida no me dé muchas molestias o tendré que... ¡bah!, da igual, seguro que se cansará de mí rápidamente, no pienso permitir que se me acerque ninguna mujer, niña, o lo que sea”.

Al día siguiente, que era domingo, su padre se cogió el día libre para festejar una comida familiar, por la vuelta de Alejandro. Su madre, Carmen, se encontraba muy atareada en la cocina preparando un plato muy típico de su tierra, la paella. Pascual iba preparando el salón para todos los invitados, cuando Alejandro salió de la habitación y observó la gran cantidad de sillas que había y se agobió bastante.

—Padre, ¿vamos a realizar algún tipo de festejo en el día de hoy?

La forma de preguntar del chico le hizo bastante gracia a su padre, quien no conseguía acostumbrarse a su nuevo carácter, tan especial.

—Sí, hijo mío, hoy vienen tus tíos, junto a tu abuela y tu hermana pequeña.

—¿Mi hermana?

—Claro, hijo, Soraya es tu hermana pequeña, la estaban cuidando tus tíos. No te preocupes que ya irás recordando todo progresivamente.

Mientras tenían la pequeña charla, un olor bastante agradable captó la atención completa del joven. Siguiendo aquel aroma llegó hasta la cocina donde vio a su madre en plena faena. Sin darle tiempo ni a hablar, el timbre de la puerta interrumpió el momento, su madre entonces se dio cuenta de la presencia de Alejandro.

—Anda, cariño, ¿puedes abrir la puerta?

Alejandro por intuición creyó que se dirigía a él, pues su madre no paraba de llamarlo con palabras como cariño, príncipe, etc.

El muchacho se dirigió hacia la puerta guiándose por el sonido del timbre que no paraba de llamar la atención. Abrió la puerta, y, sin llegar a terminar de abrirla a su plenitud, Mia se abalanzó a sus brazos.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo estás? ¿Te acuerdas de mí ya, verdad?

El rostro del joven era todo un poema, no quería demostrar una mala forma, pero por dentro no se encontraba nada a gusto. Mientras por su mente pasaban diferentes emociones: “¡Maldita cría! Qué molestia más incesante. ¿Por qué no me dejará tranquilo?”

Los padres de Mia interrumpieron el abrazo efusivo de la joven con palabras suaves:

—Cariño, no agobies a Alejandro. Ten paciencia —le dijo su madre, Sara.

Mia lo soltó, pero en ningún momento dejó de sonreír. Tras unos segundos todos entraron y cuando apenas habían pasado unos minutos volvió a sonar el timbre. Pascual le pidió amablemente a su hijo que volviese a abrir, e intentando no demostrar ningún gesto inadecuado accedió a ello, mientras sus pensamientos iban a mil por hora: “¿Pero quién se han creído que soy yo, un criado?, esta gente no sabe con quién están tratando, yo soy Auchi Nowigara Sutkuke Monaki. ¡No soy sirviente de nadie!”

Abrió de nuevo la puerta, y alguien empujó con gran brusquedad, tanto que casi le estampa la puerta en el rostro. Entonces, vio cómo entraba una niña, de apenas cinco años, con dos coletas y un vestido de color rosa palo, a toda prisa. Se agarró a su cintura y alzó la mirada hacia Alejandro dejando ver sus bellísimos ojos de color azul, su rostro era de alegría al ver de nuevo a su hermano mayor, algo que no podía decirse que fuese al revés. Afuera aún estaban esperando entrar sus tíos, Manuel y Abigail, y su abuela Rosario. Una vez pasaron todos y se dieron los pertinentes saludos, vieron cómo Rosario miraba con mucha atención a su nieto, entonces Pascual le preguntó en un tono enérgico:

—¿Cómo ves a tu nieto, Rosario?



—Este, no es mi nieto.

—¿Cómo dices, Rosario?

Rosario, volvió a decir, elevando más la voz:

—¡No es mi nieto, no sé quién es este muchacho, pero no es mi nieto!

Las palabras de la abuela preocuparon mucho al joven, que por momentos pensaba que habían descubierto que no era precisamente Alejandro. Por suerte, rápidamente entre todos los demás asistentes quitaron hierro al asunto, librándole de un gran peso, al cada vez más nervioso muchacho.

—Mamá, ¿por qué dices esas cosas? —dijo su madre, Carmen.

—No le hagas caso a la abuela, Alejandro, ya se encuentra muy mayor y a veces no sabe lo que dice —dijo Pascual.

—¡Que no es mi nieto Alejandro, leche! ¡No lo es! ¿No lo veis que no lo es?

Por suerte y tras unos minutos de pura batalla contra la abuela, esta dejó de decir esas cosas y todos pudieron disfrutar de la comida.

Era la primera vez que Alejandro probaba la paella, su aspecto extrañó mucho al joven que puso caras raras. Y cuando la degustó, el sabor le sorprendió muchísimo, llegando a repetir dos veces el plato, algo que sorprendió bastante a todos pues no era su fuerte esta comida.

—¿No os dais cuenta de que no es Alejandro? Eso nunca lo hubiera hecho antes y lo sabéis —dijo la abuela, insistentemente.

—Ya vale, mamá, déjalo que coma lo que quiera. Si ahora le gusta mucho más, pues mejor —dijo Carmen en un tono de defensa.

Y así transcurrió la intensa comida hasta altas horas de la tarde entre los cafés. Mia no se despegaba de él en ningún instante, al igual que su hermanita pequeña, Soraya, lo cual le hacía sentirse bastante agobiado. Apenas le sacaban conversación los adultos pues no querían presionarlo demasiado, pero eso a Soraya y a Mia parecía no importarles mucho.

—¿Mañana irás al instituto? —le preguntó Mia.

—¿Instituto? ¿Eso qué es? —le interpeló con gran ignorancia Alejandro.

—No va a ir todavía —dijo Carmen, muy tajante.

—Tal vez deberíamos dejarlo que pruebe —respondió Pascual.

—¿Pero no ves que todavía no está recuperado del todo? —le replicó Carmen.

—Madre, padre, no recuerdo lo que es el instituto ese, pero me gustaría ir, ¿si no os importuna mucho?

—Tranquilos, yo estaré todo el rato a su lado —dijo Mia con gran felicidad.

—Eso es, Mia estará a mi lado todo el rato —dijo Alejandro,

sorprendiendo a la joven.

Las palabras del muchacho pusieron contentísima a la joven, pero la verdad era que el pensamiento del chico era muy distinto a lo que ella creía. Quería ver de qué se trataba aquel lugar, y, sobre todo, quería ver si podía sacar ventaja de alguna forma en sus futuros planes.

## Capítulo 4

### Errante

En un pequeño establecimiento de Valencia, para ser más exactos, un pub llamado “Granada 10”, eran horas tardías en la noche, no llegaban a las dos de la madrugada por pocos minutos. El ambiente era el típico de un fin de semana cualquiera, la juventud salía a divertirse, a bailar, a conocer gente y, en definitiva, a disfrutar de su estilo de vida. Un chico, de una apariencia de no más de veinte años, hacía su entrada por la puerta principal, su estilo de vestir era moderno, pero a la vez tenía toques clásicos. Llevaba un pantalón de pinzas con dos bolsillos algo más grandes de la cuenta, las botas que llevaba eran muy clásicas, al más puro estilo de la época medieval. Una chaqueta semi abierta, de un color grisáceo tirando a blanco, le cubría el torso, dejando ver una camisa de color negro y una corbata, que apenas se le notaba por el mismo tono de color que la camisa, terminaba de cubrir su pecho. Llevaba un pendiente en la oreja izquierda de un tamaño bastante pequeño, pero que, sin duda, el reflejo de las luces en él, hacían que se notase su presencia. Su pelo era de un color castaño oscuro llegando a confundirse con el negro, debido a la poca luz de esa noche, lo llevaba bastante largo y muy bien peinado hacia un lado. Su rostro era, sin duda, una maravilla, pues sus rasgos le conferían bastante presencia y atractivo, sin contar sus ojos de un color avellana, los cuales, según la intensidad de la luz que recibieran, parecían cambiar a un color rojo granate bastante intenso. Y, por último, no menos importante, llevaba un bastón de color negro con un mango de color plata, muy simple en todo su diseño sin que nada destacase por encima del resto.

Su entrada no dejó indiferente a ninguna de las personas que se encontraban más cerca de aquella zona; las miradas se sucedían por doquier a la vez que los susurros brotaban por el aire, a pesar de la elevada música del local. Poco a poco, se iba abriendo paso por en medio de la pista hasta llegar a un reservado, donde se encontraban cuatro hombres y un gran número de chicas, bastante jóvenes. De entre los varones, tres de ellos apenas se diferenciaban mucho de los típicos personajes de gimnasio; la ropa que llevaban era bastante ajustada dejando muy poco a la imaginación. Alguno, llevaba barba muy cuidada, mientras otros iban más afeitados, con peinados muy típicos de la época del tipo de pelo corto. Cada uno de estos personajes estaban sentados con un par

de chicas a su lado, a las que les ofrecían bebidas alcohólicas como si fueran el maná del mañana. El último hombre era de porte algo diferente, iba mejor vestido que el resto, llegando a aparentar ser un hombre de un gran caché, al más puro estilo empresario. Llevaba el pelo corto y lucía una perilla que se veía muy bien acicalada, y solo ciertos tatuajes que sobresalían de su cuerpo a través del cuello destacaban en su armonía. A su lado también se encontraban varias chicas, que apenas llegaban a los diecisiete años. Este hombre estaba hablándole a una de ellas, parecía invitarle a beber; ella, al principio, parecía no querer beber de su copa, pero tras decirle un par de palabras al oído junto con una mirada muy carismática, pareció cambiar de idea.

El recién llegado se acercó hasta ellos, y, sin cortarse lo más mínimo, entró al privado, un acto que, sin duda, no gustó nada a los presentes. Uno de los hombres se incorporó inmediatamente y se puso frente a él, le sacaba casi diez centímetros de altura, pero en ningún momento pareció importarle lo más mínimo.

—¡Hey! ¡Hola! —le dijo en un tono muy cortés el individuo.

—Lárgate de aquí, esto es un reservado, ¿no lo ves? —le dijo con un tono intimidante el hombre.

El extraño, mirando hacia todos lados le contestó:

—No he visto nada de que ponga “reservado”. Además, creo que estáis en muy buena compañía y me gustaría estar también por aquí —le respondió con un tono burlón pero cortés a la vez.

—Si es por las chicas, en todo el local hay muchas más. Ahora, vete de aquí o tendré que sacarte yo de una forma que no te va a gustar nada.

Los demás personajes del privado e incluso algunos que estaban por las proximidades miraban atentos la escena, entonces, sin saber cómo, el individuo cogió uno de los vasos con bebida alcohólica de la mesa; el otro hombre, asombrado, no supo explicarse el hecho ocurrido delante de él, pero en vez de intentar pensar se dejó consumir por la rabia y le puso una mano agarrándole fuertemente de la camisa y la corbata. Cuando intentó moverlo del sitio no pudo, incluso usando los dos brazos para sacudir al individuo, no fue capaz.

—¿Podrías soltarme, por favor? Me estás arrugando la corbata y la camisa, y me ha costado mucho plancharla en condiciones —le dijo el individuo, con su ya típico tono cortés.

—Déjalo Adrián... deja que se siente con nosotros —dijo el que parecía el cabecilla.

Adrián, con mucho recelo, soltó al individuo que lo primero que hizo fue ajustarse nuevamente la camisa y la corbata, luego se sentó cerca del que había dado la orden, mientras los demás lo miraban de forma violenta.

—Le echas ganas al asunto, ¿cómo te llamas?

El individuo miraba atento al hombre, pero parecía no importarle la pregunta que le había hecho. Su mirada se desviaba hacia las chicas, fijándose en sus vestidos y en la multitud de copas de la mesa.

—Te he hecho una pregunta; qué mínimo que respondas ya que te has autoinvitado a nuestro reservado, ¿no crees?

En ese momento, volvió a centrar la mirada en aquel hombre y le dijo:

—Solo me presento cuando se presentan ante mí.

—Vaya... ¿vas de gracioso? Bueno no tenía por qué hacerlo... pero me caes bien. Me llamo Jaime Sánchez, y ellos son Adrián, que ya lo conoces; Marcos y Kevin. Bien, creo que ahora es tu turno.

—Me llamo Rafael Torreblanca, y, por cierto, ¿no son muy jóvenes estas chicas para estar aquí?

Le hizo gracia la forma de expresarse de Rafael.

—Vienes a mi local, te metes en mi reservado, bebes de mi copa, te pregunto cómo te llamas y me haces responderte yo primero, y, encima, en vez de explicarme qué haces aquí, me preguntas que si son jóvenes estas chicas para estar aquí bebiendo en mi reservado... Yo no sé si eres muy tonto, chaval, pero creo que no sabes dónde te has metido.

Las palabras de Jaime no parecieron preocupar lo más mínimo a Rafael, al contrario, se puso a beber, probando cada una de las bebidas que podía alcanzar, algo que irritó de mala manera a Jaime.

—Ya está bien. ¿Quién coño te crees que eres? He tenido mucha paciencia contigo, ahora mis amigos te van acompañar a la puerta. Espero que no vuelvas nunca por mi local, ¿te queda claro?

Rafael lo miró y le sonrió como si le hubiese contado el mejor chiste del mundo, entonces soltó la última copa que había cogido con antelación, se puso de pie y le dijo:

—No cambiáis... Conseguís un don pactando con un Oni, y la mayoría buscáis ser una mala persona —le dijo con un tono burlón.

—¿Qué estás diciendo gilipollas?, ¿quieres recibir una paliza, imbécil?

—No se dicen ese tipo de palabras, y mucho menos delante de señoritas como las que están aquí —le dijo algo más serio Rafael.

—¡¡Jajaja!! ¿De qué vas ahora?, ¿de correcto?, ¿de héroe de los oprimidos? ¿Sabes que no vas a salir bien parado de aquí, verdad?

—¡Creo que no te das cuenta de tu situación! —dijo Adrián, mientras apretaba los puños.

Rafael lo miró con cara de felicidad y luego volvió la vista a Jaime y le dijo, con un tono mucho más serio:

—Vas a pedir perdón a estas señoritas, luego vamos a salir a dar un paseo tú y yo, y así no tendremos que ocasionar molestias a los asistentes de este local.

—¡Tú estás muy mal de la cabeza! ¡Eres muy tonto, casi como que estás de aquí! Son mocosas que quieren crecer más rápido de lo normal, y, claro, eso tiene sus consecuencias. Yo les ayudo a ver la verdadera realidad, y las protejo con mi gran bondad —le dijo Jaime, con autovanagloria.

Rafael cambió su mirada y la expresión de su rostro. Su apariencia era muy distinta a como había llegado. Se le notaba bastante enfadado, y, con una voz totalmente distinta, dijo:

—Que te metas conmigo me trae sin cuidado, pero no soporto que un cobarde como tú se aproveche de las personas. En concreto me refiero a estas señoritas y a las otras con las que has tratado. Te voy a decir otra vez quién soy, para que te quede muy claro: yo soy Rafael Torreblanca —elevó el tono muy alto, tanto que casi ocultó la música del local, y volvió a repetirlo—: ¡Yo soy, Rafael Torreblanca! ¡Soy un Coleccionista!

No se sabe si fue la voz, la mirada o esa última afirmación, pero fuese lo que fuese hizo que la cara de Jaime se descompusiese de terror.

—¡Echadlo fuera de aquí inmediatamente! —gritó con cólera Jaime.

Adrián se lanzó inmediatamente hacia Rafael, pero este con una velocidad fuera de lo normal le impactó con un fuerte golpe de su bastón. Adrián retrocedió un par de pasos, debido a la conmoción; entonces, Kevin y Marcos se fueron contra él. Al más puro estilo de las películas de artes marciales, Rafael esquivaba los golpes que le lanzaban por doquier; con varios movimientos hizo que ambos individuos se contrariasen y dejasen de atacar por unos instantes. Cuando Adrián pareció recuperarse, fue a atacar a Rafael, pero este se puso delante de él y se apartó al instante, recibiendo Adrián un fuerte puñetazo en pleno rostro dirigido por Marcos; luego Rafael, con un fuerte golpe con una de sus rodillas, hizo que Marcos se agachase justo cuando iba atacar Kevin, perdiendo este el equilibrio. Con otro fuerte impacto, Rafael terminó de tirar al suelo a Kevin y luego repartió otros dos golpes, uno para Adrián y otro para Marcos hasta hacerles caer al suelo. Los tres se encontraban doloridos y las ganas de levantarse para seguir peleando ya se les habían ido, así que viendo que ya no eran un problema cambió de objetivo mirando fijamente a Jaime. Cada paso que daba hacia él, hacía temblar más y más a Jaime, este tiró de una de las chicas hacia su posición pero fue recogida con mucha suavidad por Rafael.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó con un tono muy galante.

La chica no dijo nada, su mirada se quedó perpleja y solo pudo afirmar su buen estado con un ligero gesto de cabeza. Tras ayudarla miró a las demás, y, con palabras muy caballerosas, les dijo:

—Por favor, señoritas, necesito que desalojen esta zona. Siento importunarlas mucho, espero que lo comprendáis en algún momento.

Las palabras de Rafael no fueron tomadas en balde, y cada una de las chicas que se encontraba en el reservado fue saliendo de una forma bastante ordenada pero rápida. Tras aquello volvió a su objetivo principal, agarró de la camisa a Jaime y este sin dejar hablar a Rafael dijo:

—¡Vale, vale, vale!... Lo haré, le pediré perdón a cada una de las tías que estaban aquí.

—No son tías, son señoritas, ¿es que no tienes modales?

—Claro, claro, son señoritas. ¡Perdón señoritas, os pido perdón de puro corazón!

—¡Vaya!, parece que por fin veo que sí tienes algo de modales. Pero, ¿sabes?, yo no he venido aquí por esto, he venido a por ti. Eres un Señalado, hiciste un trato con un Oni, y por lo que he visto era de tipo carismático para embaucar a las personas, ¿me equivoco?

—¡No, no, tienes razón! Hice un trato, pero te juro que a partir de ahora usaré mi don para ayudar a las personas, no para aprovecharme de ellas —le dijo con bastante temor en sus palabras.

—Ojalá fuera así... pero llevo investigándote bastante tiempo, y creo que no tienes salvación. Has explotado a muchas chicas jóvenes, y creo que mereces un castigo de verdad.

—¡¡Noooooooooooo!! ¡¡Por favor, noooo!! —gritaba con lágrimas en los ojos.

Rafael lo miró de una forma muy fría y le agarró la mano con una fuerza descomunal. Entonces, Jaime vio cómo se movía con vida propia un tatuaje que había, de un tamaño pequeño, en la mano de Rafael, eso hizo que sintiera terror, llegando incluso a orinarse encima. Una vez el tatuaje pasó a la mano de Jaime, Rafael le soltó.

—Ahora te tendré siempre a mi disposición, ¿te queda claro? Eso significa que como yo me entere de que haces algo inadecuado, te encontraré y te llevaré a donde mereces estar: al Panteón —infierno de los Onis y sus allegados.

—¡¡Sí... Sí...!! ¡Claro, ya no volveré a hacer ningún mal, lo juro por Dios!... ¡Lo juro!...

—Muy bien, creo que lo has entendido. Ahora, haz que tu local sea uno de verdad, y saca a todos los menores de edad de aquí, inmediatamente. Compórtate como debe ser, volveremos a vernos, tranquilo.

Acto seguido, Rafael salió del local habiendo dejado a todos con la boca abierta. Al salir, se aseguró de ir bien estilado nuevamente, y se dispuso a perderse por los callejones céntricos de Valencia, cuando una voz captó su atención:

—¿Por qué lo has dejado con vida? —preguntó esa voz.

—¡Oh, venga, Kobe!, si lo hecho por nuestro bien. Nunca se sabe si vamos a necesitar un cable.

—Pero, ¿qué estás diciendo Rafael? ¿Un cable? Tú eres un Coleccionista, no necesitas ayuda de un simple Señalado.

—No lo sabemos; además, no creo que sea tan tonto de seguir por ese camino que iba.

—¡Ya, seguro!... Ahora resulta que eres adivino y yo no lo sabía.

Rafael empezó a reírse y miró hacia el lado derecho, entonces vio cómo se hacía visible el espectro de un joven. Este se notaba que había muerto hacía ya mucho tiempo, apenas le quedaban rasgos humanos, pero parecía no afectarle lo más mínimo para hablar con Rafael. Se le notaba bastante enfadado con él.

—Tranquilo, Kobe, el siguiente lo cazamos y ya está —le dijo Rafael con un tono conciliador.

—Claro, para ti es fácil. Yo soy el encargado de llevar las almas que tú ofreces al Panteón, y cada vez tardamos más en enviarle el pago.

—Lo sé, Kobe, estoy empezando a odiar este trabajo...

—¿Por qué me sigues llamando Kobe?, mira que te dije que mi nombre es Koguritsukorentoumunikaretsu. Tan difícil no es para aprendérselo tras tanto tiempo, ¿no crees?

La cara de Rafael era un poema total.

—Es que te sienta mejor Kobe, más corto y más bonito —contestó burlonamente.

Rafael se perdió entre la oscura noche, junto a su compañero tan especial.



## Capítulo 5

### Día de instituto

Por fin llegó el lunes, Carmen fue a despertar a su hijo bien temprano para que no se le hiciera tarde en su primer día de instituto. Para su sorpresa, este ya estaba despierto y tenía todo su dormitorio completamente arreglado, había, incluso, cambiado un poco su estética, retirando una infinidad de pósters. Para vestirse, había cogido la primera ropa que encontró en su armario, y, la verdad, es que no iba nada conjuntado, así que su madre le ayudó eligiendo una ropa ancha y cómoda que sabía que él usaba mucho antes.

Alejandro se notaba bastante raro con ese tipo de ropaje, pero en ningún momento realizó un gesto de desagrado. Después fue hacia el salón donde tenía el desayuno preparado, un vaso de leche con cereales de chocolate, algo que no terminaba de gustarle del todo. Pascual se había ido al trabajo hacía ya un buen rato, trabajaba en una empresa de transporte y, digamos, que no tenía un horario muy fijo.

El sonido del timbre interrumpió el silencio que se había impuesto en el desayuno, su madre abrió la puerta dando la bienvenida a Mia, cuya llegada se notó bastante con su efusividad de costumbre.

—Buenos días, cariño mío.

Alejandro no compartía para nada tal entusiasmo, pero sí le dio los buenos días por educación. Un gesto que Mia se lo tomó como lo más bonito del mundo, se acercó a él y le dio un beso en la cara. Alejandro no terminaba de adaptarse a aquella situación, pero, al menos, había conseguido evitar que intentase besarle en los labios.

—¿Quieres tomar algo, Mia? —le preguntó Carmen.

—No, gracias. He desayunado ya en casa, además tengo que cuidar un poco mi dieta. Estoy un poco gordita.

—¿Qué dices Mia?, estás fenomenal, ¿verdad, Alejandro? —le preguntó Carmen a su hijo.

—...¡Ehhhh! Sí, claro, está estupenda... —musitó con cara de póquer.

Paralelamente, en su interior, se deslizaba este pensamiento: “Está estupenda para ser una buena sirvienta, desde luego, hay que ver cómo han ganado estatus las mujeres. Sin duda, un error en la evolución.”

Por fin salieron de casa en dirección al instituto; por el camino, Alejandro

no abría la boca para nada. No hacía ninguna pregunta, se iba fijando en todo a su paso: el camino, las personas, los locales, los edificios, etc., en fin, todo a su alrededor. Mia no paraba de hablarle, le contaba todas las cosas que supuestamente hacían juntos, aunque la atención del chico nunca fue a parar a ninguna de sus palabras. Cuando quedaba poco trayecto para llegar al instituto, un chico, prácticamente de la misma altura que Alejandro, se acercó hacia ellos; llevaba el pelo corto y de punta, sus ojos eran de color marrón claro, e iba vestido con un estilo deportivo, destacando las zapatillas de color plateado que llevaba puestas.

—*¡Ale! ¿Qué paza pisha? ¿Cómo va?*

Alejandro se quedó bastante perplejo por la forma de hablar de este nuevo individuo, no entendió nada de lo que dijo, salvo su nombre. Le resultaba muy difícil seguirlo, pues el acento de este personaje era nuevo para él.

—*Ale, tronko. Soy yo, el Osé. ¿No te acuerdaz?*

La cara de Alejandro era un poema total, Mia intentó explicarle un poco quién era. José era su íntimo amigo, era de Málaga, y, aunque, llevaba ya casi tres años viviendo en Valencia, no había perdido su acento ni su forma de hablar. La costumbre de acortar palabras y ponerles la “z” a muchas otras les hacía bastante difícil seguirlo al principio, pero luego se fueron acostumbrando y, más o menos, lo entendía todo el mundo.

—José, Alejandro necesita tiempo para recordar, así que tranquilo. Es normal que le cueste entender tu manera tan peculiar de hablar —le dijo Mia con un dulce tono.

—*Ya dezia yo. Tú tranquilo pisha, que el Osé tá aquí pa ayudarte.*

—José, habla bien y más tranquilo —le recriminó Mia.

—Vale...

Alejandro no habló por el momento, la verdad fue que lo único que hizo fue intentar alejarse un poco de aquel chico. Entraron en el recinto estudiantil en el que, rápidamente, se convirtió el centro de atención; otro momento de puro agobio estaba pasando por el interior del joven. Todos en el centro eran conocedores de su estado, y aunque muchos simplemente se acercaron para cotillear, otros sí estaban preocupados por su salud.

Tras unos minutos bastantes intensos, en los que se podía observar cómo iban afectándole el estado de ánimo a Alejandro, la sirena para entrar en clase hizo gala en todo el recinto.

—Salvado por la campana —afirmó Mia mientras le sonreía, intentando calmarlo un poco.

Alejandro la miró y, por primera vez, se alegró de tenerla al lado, aunque eso era algo que nunca iba a reconocer y mucho menos a exteriorizar.

—Sí... —dijo, con un tono muy seco.

A Mia no le importó mucho su tono, llegaba a empatizar tanto con la situación de Alejandro que no le daba importancia a esos tipos de gestos. José, por el contrario, se quedó algo perplejo al ver a su amigo así, y, aunque siempre intentaba estar de buen humor, esta vez no le apetecía decir nada.

El trío se dirigió hacia la clase. Alejandro fue observando todo el camino, sin llegar a ver nada que le interesase lo más mínimo. Ya en clase, los compañeros volvieron a preguntar por su estado, y, por si fuera poco, el profesor también hizo lo mismo al llegar, solo que este le preguntó en un dialecto que no entendió nada, se trataba del valenciano.

—*Com et trobes, Alejandro? M'alegra veure't, sens dubte ja de volta per classe. Tu pregunta el que necessitis, i, tranquil en tot, veu al teu ritme. A la marcheta*<sup>[1]</sup>.

El profesor se dio cuenta, perfectamente, de que no le había comprendido lo más mínimo, así que se lo repitió en castellano y no quiso darle mayor importancia. Era perfectamente conocedor del proceso por el que había pasado, y se dedicó a empezar la clase de historia.

Las horas se iban sucediendo, y las diferentes clases con ellas. En cada una, siempre era lo mismo, todos los profesores preguntaban por su salud. Alejandro iba respondiendo cada vez más, pero siempre con palabras sueltas o frases muy cortas. Apenas participaba en las clases, aunque sí estaba muy atento a las explicaciones de los diferentes profesores. Algo que no pasó desapercibido para Mia y José, quienes sabían perfectamente su anterior comportamiento en las clases. Sin embargo, ahora parecía querer aprender, y eso tuvo como consecuencia que ellos también comenzaran a prestar más atención, sin darse cuenta de ello.

Llegó la hora del descanso, algo que aprovechó Alejandro para darse una vuelta por el instituto, siempre supervisado por José y Mia, que no lo dejaban solo ni para ir al lavabo. Durante el pequeño paseo, la directora del recinto se acercó para preguntarle también por su estado; luego vieron poco más, pues rápidamente pasó el tiempo de descanso y tuvieron que volver a clase.

Tras terminar las clases todos comenzaban a salir como locos, no querían estar ni un solo segundo de más en aquel lugar, todos menos Alejandro que iba con cierta calma. Mia le apretaba para que fuera algo más rápido, y este no es que aumentara mucho su paso.

—*¿Va a venir a entrenar por la tarde?* —le preguntó José.

—*¿Entrenar?* —respondió con bastante sorpresa, pues creyó que ese entrenamiento era de arte marciales o algo similar.

—*Aro pisha, al basket. ¿Ya no te acuerdaz?*

—José, que no se acuerda de muchas cosas, déjalo ir a su ritmo —le recriminó Mia con un tono defensor.

—*¡Offu... es verdá!... Vente si quiere, y azí tacuerdas a lo que jugabas antes.*

—Vale —dijo Alejandro, con mucha curiosidad por ver de qué se trataba.

—Ya te vale José, como le pase algo te vas a enterar —le dijo Mia.

—*Tranquila chiquilla, que no va a pazá ná de ná. Además, el Ale seguro que lo pillá al vuelo cómo va la cosa.*

Mia lo miró de una forma muy contundente, y José se despidió al momento, pues le daba bastante miedo cuando le soltaba aquella mirada. Tras irse José, Mia acompañó a Alejandro hasta casa. El camino de vuelta fue casi un calco al de la mañana, ella no paraba de hablar y él pasaba del tema, totalmente. Al llegar a casa, Mia hizo un informe casi detallado a su madre Carmen del día que habían pasado, al más puro estilo FBI. Alejandro se fue hacia su habitación mientras ellas hablaban y preparaban la mesa para comer, la mente del muchacho era una ebullición de pensamientos y emociones.

Ya en su cuarto, Alejandro dio rienda a sus pensamientos: “Ha cambiado demasiado este mundo para mí, creo que fue un error estar tanto tiempo aislado de la sociedad. Tal vez debería haberme involucrado mucho más, me va a costar mucho ser lo que era este muchacho. ¿Qué será el baloncesto ese?, bueno esta tarde lo averiguaré. Espero que la niña esa me deje tranquilo pronto, aunque, la verdad, gracias a ella puedo moverme con bastante facilidad por donde quiera. Puede que la utilice hasta que ya no la necesite más.”

Tras la comida Mia lo acompañó al polideportivo, donde su equipo de baloncesto entrenaba. Ella se había anticipado y le había preparado la ropa de deporte, un gesto que le resultó bastante extraño al muchacho. En uno de los vestuarios se cambió, quedándose con una ropa deportiva para la práctica del baloncesto. Se notaba bastante raro e incómodo, pero aun así aguantó y fue hacia la pista donde lo esperaban los demás.

—*¡Pisha, tamo aquí, Ale!*

Alejandro al escucharle no pudo evitar pensar “Vaya manera de llamar la atención tiene este tío, como para pasar desapercibido. Además, me cuesta mucho entender ese tipo de acento que tiene, parece que no sabe hablar ni su propio idioma.”

Alejandro se acercó hacia ellos, todos le preguntaron, cómo no, por su estado de salud. El entrenador hizo acto de presencia y vio al recién llegado, tras unos minutos de charla para todo el equipo, le dijo a Alejandro que no se esforzara mucho y que si se sentía mal que parase inmediatamente.

Alejandro siguió a los compañeros en el calentamiento, algo que lo vio

bastante ridículo. No le veía sentido alguno a ese tipo de ritual, pero para no quedarse atrás realizó todos los ejercicios. Notaba, poco a poco, cómo las pulsaciones de su corazón iban aumentando, y su cuerpo lo notaba cada vez más ágil, algo que le gustó.

Al primer balón que le pasaron no le hizo ningún caso, algo que José le replicó con su carácter tan especial.

—*Ale, oju... pisha, pilla la pelota.*

Alejandro en el segundo pase agarró el balón, pero cuando lo tenía que devolver no lo hizo, y volvió a desesperar a su amigo José. Algo que sentó, sin duda, muy mal a Mia que estaba sola en las gradas viendo el entreno. Progresivamente, le iban explicando lo que tenía que hacer en cada ejercicio, e iba demostrando una coordinación y velocidad mayores de la que recordaban de él. Pero, en cambio, no era capaz de encestar ni uno solo de sus lanzamientos, algo que lo frustró mucho y no comprendía ni para qué servía hacer esa acción, ni por qué le resultaba tan difícil hacerlo.

Tras más de una hora de práctica, el entrenador dispuso un partidillo de entrenamiento. A Alejandro lo usaban de comodín, pero en un rebote un compañero le empujó con bastante violencia por detrás y Alejandro se cayó al suelo, levantándose a una velocidad increíble, cogió a ese compañero y le puso un cuchillo en la garganta —que nadie supo de dónde lo había sacado—. Todos se quedaron sorprendidos, no daban crédito a lo que estaba pasando. El compañero no paraba de pedir que se estuviese quieto, entre lágrimas, el entrenador se lanzó lo más rápido que pudo a detener la escena. Mia bajó de las gradas y corrió hacia la escena, mientras José solo pudo decir:

—*¡Ostia!, ¿a dónde has zocado la 5 muelle eza?*

Alejandro vio, en un rápido vistazo, cómo todos sus compañeros lo miraban, la mayoría con miedo, mientras el entrenador lo separaba de su víctima. José flipaba con la escena, y Mia solo pedía perdón por su comportamiento e intentaba hacer comprender el trauma que sufrió.

Tras aquel incidente se dio por finalizado el entrenamiento, Alejandro siendo más consciente de que solo había sido parte del juego pidió disculpas al muchacho, algo que aceptó con bastante miedo. José y Mia lo acompañaron a casa, mientras José no paraba de relatar la escena, Mia quería cambiar de tema. Durante todo el camino, Alejandro estuvo muy callado como de costumbre, pero esta vez se le notaba muy pensativo: “Vaya error más grande he cometido, tengo que meterme en la cabeza que ya no estamos en guerra. Espero poder remediar este fallo, no quiero que me descubran todavía, no hasta que esté nuevamente preparado. Voy a tener que prestar más atención a todos —entre resignación—, incluida a esta pesada de aquí al lado. La verdad es que ha cumplido bien su

papel.”

—¡Hey, cariño! No te ralles más con lo que ha pasado, de verdad era normal tras estar tanto tiempo en el estado que estuviste —le dijo Mia con dulzura.

—Sí —es lo único que respondió en todo el camino hasta casa.

## Capítulo 6

### El Panteón

En algún lugar, entre diferentes planos y realidades, un gigantesco Coliseo se erguía frente a Rafael y Kobe, era el Panteón.

“Dicen que cuando la oscuridad estaba ganando la batalla a la luz, y el universo veía que el desequilibrio era cada vez más desgarrador, se creó el Panteón.”

Rafael Torreblanca pertenecía a este singular espacio, era un Coleccionista.

Kobe tomó forma corpórea, aquel aspecto fantasmal había desaparecido por completo.

—Bueno, aquí estamos de nuevo. Ahora, déjame a mí hablar, y tal vez podamos resolver este nuevo lío en el que nos has metido —dijo Kobe, con tono de enfado.

—Sí... ya estamos nuevamente en este infierno... —respondió Rafael con resignación.

—Cuando aceptaste ser un Coleccionista, te explicaron perfectamente a lo que te exponías. Tú aceptaste de buen grado, que recuerde yo, y ahora, tras apenas unos cuantos siglos... suspiras por algo diferente.

—¿Tú nunca has querido dejar esta función que realizas, Kobe?

Kobe lo miró de forma clara, en la que se podía ver perfectamente que se sentía cómodo con su destino.

—Vale, no me digas más... Pero yo creo que eso te pasa porque has olvidado que alguna vez fuiste humano —le dijo Rafael.

—Sí, puede que tengas razón. Ya no sé lo que es ser un frágil e indefenso ser humano, que se pierde en las miles de tentaciones que ellos mismos van creando. Rastreros, mezquinos, mentirosos, traicioneros y un largo repertorio que no estoy dispuesto a decir. La verdad que sí, lo he olvidado por suerte, y me alegro cada día por haber perdido aquellas sensaciones tan odiosas. Tú tendrías que empezar a aplicarte la lección si quieres seguir sobreviviendo aquí.

Rafael aceptó las palabras de Kobe, pero su mente comenzó a recordar un tiempo muy pasado.

\* \* \*

—¡Rafael, Rafael, Rafael!, ¿quieres atender? —Kobe reclamaba su atención con tono de exigencia.

—Ya estoy, perdona. Estaba pensando en otras cosas.

—No te distraigas más en este momento, o posiblemente será nuestro final.

—Tranquilo, Kobe, solo ha sido un pequeño lapsus mental.

De repente, Rafael sintió cómo una sensación desagradable cruzaba por todo su cuerpo, y vio como a su lado se posicionaba un compañero de profesión, Bõnet.

—¡Vaya, vaya!, ¿a cuántos has dejado escapar hoy, Rafael? —le dijo este con aires de superioridad y un acento alemán muy marcado.

—Si te contamos a ti, creo que solo dos —respondió Rafael con tono burlón.

—Como siempre tan gracioso, pero sabes, como yo, que algún día esa gracia se perderá para siempre, cuando te quiten de tu cargo.

—Puede ser, pero hasta entonces, déjame seguir con mi buen humor.



## Capítulo 7

### Las Fallas

Había pasado más de un mes y medio desde que Alejandro volvió a la rutina de su vida, las cosas con sus padres y su pequeña hermanita iban mejorando cada día más. El trato hacia ellos era excelente, su comportamiento había cambiado mucho, pero ninguno de sus padres le daba mucha importancia, ya que ellos creían que era algo normal tras el trauma que pasó. Mia era la única que echaba de menos la antigua forma de ser de Alejandro, sintiendo que este no le hacía el mismo caso que antes y, sobre todo, no recibía el cariño que ella deseaba de su parte.

Su aspecto, al igual que su habitación, habían cambiado un poco; en su dormitorio había ordenado la multitud de objetos. Quitó los pósters y cuadros que no le gustaban, y también quitó los libros de manga de donde estaban, y ordenó el resto de los libros junto a la enciclopedia que tenía en las estanterías. Su aspecto personal, ahora, parecía más maduro, quizás debido al nuevo peinado que había escogido. Al tener el pelo ya algo más largo, podía hacerse una cola detrás de la cabeza, llevando siempre el pelo muy bien peinado hacia atrás. Su forma de vestir no mejoró mucho, aunque intentaba llevar cosas más acordes, en colores y combinaciones.

En el instituto se había convertido en el alumno más aplicado de su clase, su atención había mejorado, aunque seguía sin intervenir en las clases para dar opiniones o preguntas.

En su equipo de baloncesto las cosas eran algo más duras, le resultaba bastante difícil acatar ciertas normas del reglamento. Su nivel había bajado y, por lo tanto, casi siempre se encontraba en el banquillo, y la verdad era que mostraba poco entusiasmo por el juego. Lo único que había comprendido era que los golpes y empujones que se producían, no eran para hacer daño a nadie, simplemente eran consecuencias del deporte.

José y Mia siempre andaban con él, no lo dejaban nunca solo, exceptuando cuando estaba en casa, y, a veces, Mia ni eso. Durante mucho tiempo Alejandro se sintió bastante agobiado por la presencia de Mia, pero progresivamente fue tolerándola. La usaba para sus fines, como ir a ciertos sitios y, así, le explicase nuevas cosas. Mia lo llevó a los lugares más emblemáticos de Valencia, como el Parque de las Ciencias, algo que dejó maravillado al muchacho; también al cine;

a tiendas especializadas de manga, e, incluso, le explicó el funcionamiento básico de su móvil.

Era el día 5 de marzo de 2016, Mia, José y Alejandro iban en el tren de cercanías hacia Valencia capital, ya que ellos tenían su residencia en un pueblo algo más alejado. Esta vez no hubo problemas para subirse en el metro, pero la primera vez que Alejandro subió al tren, lo pasó bastante mal. Desconocía su funcionamiento y las normas de seguridad, y si no llega a ser por Mia, la situación hubiera sido aún mucho peor.

—¡Qué bien, que por fin hayan llegado ya las Fallas! Estoy muy nerviosa por verlas este año —dijo la joven con un tono de emoción.

—¿Qué son las Fallas? —preguntó muy serio Alejandro.

—*Las fachas so una pexa de muñecos muy grande, y depué lo achicharran. Hay pexa de petardoz, y muxo ruío.*

Alejandro, como era todavía muy habitual no había comprendido nada de lo que había dicho su amigo José, así que Mia hizo de traductora y le explicó lo que eran las Fallas y lo que significaban estas fiestas para la ciudad de Valencia. Tras más de veinte minutos explicándole todo lo relacionado que pudiese recordar de las fiestas, Alejandro se hizo una idea más o menos de lo que se iba a encontrar, salvo los petardos que no llegaba a asimilar del todo lo que eran.

—*Vé pisha*, lo que yo decía —dijo José, y fue de lo poco que se le pudo entender perfectamente.

—Sí claro, igualito José —aclaró Mia con un tono burlón y empezó a reírse.

—*Míala qué guaza lleva la gachoa* —dijo José mientras se unía a ella en las risas—. *¡Ou, ale pisha, riete un poco! El poco zalero que tenías lo haz perdío.*

—Déjalo tranquilo, José —le increpó Mia.

—*Va, va. Ya lo deho, pero hay que recordarle el sentío de humó. Poque cuando vayamo al monologo, va a parezé un soso el tío allí en medio.*

—¿Qué es el humor? —preguntó Alejandro en mitad de la disputa.

—*Abe, Ale, como te explico yo tó* —se ofreció José para ponerle al día.

—Déjalo, ya se lo explico yo mejor. Porque contigo igual lo termina de entender el año que viene —dijo Mia—. El humor y la risa van unidas, cariño; el humor básicamente son situaciones que una persona cuenta al resto y los demás las imaginamos en nuestras mentes que ocurren de verdad. Suelen ser cómicas y graciosas y por eso nos solemos reír, tal vez te cueste ahora mismo imaginar, pero cuando tengas la ocasión déjate llevar por tus pensamientos y cuando lo veas en tu cabeza seguro que lo comprenderás.

La explicación no le sirvió de tanto a Alejandro como hubiese querido,

pero al menos tuvo una noción de lo que se trataba el humor.

Tras tanta conversación no se habían dado cuenta de que ya estaban casi en la parada en la que se iban a bajar; cuando llegaron, comprobó Alejandro de primera mano el tumulto de personas que había en aquel lugar. Sintió mucho agobio, pues las personas empujaban sin ton ni son. Más de una vez se dispuso a golpear, pero Mia siempre estaba atenta a él y lo agarró de la mano, dirigiéndolo hacia la salida de la estación, a un lugar algo más despejado.

—*Pexa de peña.*

—Demasiada gente, se nota que es fin de semana. ¿Te encuentras mejor ya, cariño? —le preguntó Mia en un tono dulce.

—Sí —fue lo único que respondió Alejandro.

Alejandro no había visto tanta acumulación de personas desde hacía muchísimo tiempo, y no precisamente le traían gratos recuerdos. Mia lo ayudó y, poco a poco, fueron haciéndose hueco hasta llegar al recinto donde se iba a producir la mascletá. Las personas llenaban cada uno de los rincones del lugar, bebían, cantaban y, en definitiva, estaban disfrutando de las fiestas. En su camino se cruzó con su primera falla, era de un tamaño espectacular. Alejandro se quedó muy sorprendido, y la curiosidad le hizo querer ver más, algo que alegró enormemente a Mia.

Tras ver unas cuantas por el camino, se acomodaron para ver la mascletá, llegaron las dos de la tarde y aquello comenzó. El ruido se volvió ensordecedor, los petardos comenzaron a explotar como si no hubiera un mañana, y la locura se desataba por doquier. Alejandro sintió un temor increíble recorrerle todo su cuerpo, y los recuerdos de guerras pasadas volvieron a brotar en su mente como el agua cristalina de un manantial. Agarró a Mia y a José y los derribó al suelo, tirándose con ellos. Lo hizo todo como si fuera un acto reflejo dejando sorprendidos a los asistentes que estaban cerca, varias personas intentaron ayudarlos a levantarse, pero todo el que tocaba a Alejandro era derribado con unas maniobras dignas de un experto en artes marciales. Mia, viendo que las emociones del joven estaban sufriendo un gran colapso, no vio otra solución que abrazarlo contra su pecho con toda la fuerza que tenía. Alejandro se intentó resistir, pero a medida que iban pasando los segundos cesó en su empeño. Cuando terminó, por fin, la mascletá, Alejandro pudo relajarse del todo, entonces miró a Mia y le hizo un gesto para que lo soltase. José estaba flipando con todo lo que había sucedido, y cuando vio que ya empezaban a moverse, ayudó a los dos a incorporarse.

—*Ostia, ¿qué lexes tá pazao?*

—No lo sé, he sentido algo que me ha hecho lanzarme al suelo. Creía que era peligrosa la situación, lo siento mucho —dijo muy serio Alejandro.

—*Tranqui Pisha, tá tó controlao.*

Mia había sentido de primera mano el terror que sintió Alejandro, la situación había resultado ser demasiado estresante para él, así que decidió dar por finalizada la excursión a la capital y volver a casa, y se lo hizo saber a José. Este quiso replicarle, pero no se atrevió al ver la mirada tan fulgurante que le lanzó.

Alejandro ya estaba más relajado, y, durante el camino hacia la estación, iba inmerso en su interior: “Maldita sea, ha sido una situación muy difícil. No comprendo cómo pueden festejar con tal ruido, ¿no han vivido las guerras? Otra vez tengo que dar las gracias a la niña esta por estar a mi lado, pero no puedo encariñarme de ella, tengo que alejarla de mí cuanto antes.”

Por el camino se iban topando con mucha gente, una de las personas con las que se cruzaron era Rafael Torreblanca, quien lo observó a su paso. Alejandro no le hizo ni el más mínimo caso pues seguía en su propio mundo, José iba discutiendo con Mia y tampoco prestaron atención. Tras alejarse hacia la estación, Rafael sufrió las incesantes preguntas de Kobe.

—¿Por qué no le seguimos? Sabes como yo que es otro Señalado —le dijo Kobe.

—Lo sé, pero ahora mismo está bastante consternado. No creo que sea un problema para nadie, salvo para él mismo. Seguro que lo volveremos a ver, tengo un presentimiento.

—Tú y tus presentimientos, cualquier día nos van a llevar a la tumba.

—Pero, tú ya estás muerto —afirmó Rafael burlándose de él.

—¡Qué gracioso el listillo!

Rafael se perdió entre el inmenso tumulto de personas; el trío llegó a la estación y regresaron a sus residencias. Durante el trayecto Alejandro no dijo ni una sola palabra, y sus actos fueron bastante desconcertantes para Mia y José.

## Capítulo 8

### Perspicacia

El resto del fin de semana Alejandro no salió más de su casa, de hecho, ni si quiera salió de su habitación excepto para alimentarse e ir al servicio. Mia se sentía bastante culpable por haber creado aquella situación, y, muy extrañamente, no lo molestó el resto del fin de semana. José, por lo contrario, le mandó un par de mensajes, que fueron respondidos muy escuetamente y mucho más tarde por Alejandro.

Ya era lunes, el muchacho había realizado el mismo ritual de todos los días que tenía clase, estaba a punto de salir de casa, pero Mia no había hecho acto de presencia. Alejandro no le dio la más mínima importancia y salió de su casa hacia el instituto, a medida que iba recorriendo el camino, sentía un pequeño vacío en su interior. Jamás lo admitiría, pero se había acostumbrado a la presencia de Mia a su lado, José lo interceptó a mitad de camino, como era algo habitual.

—¿Cómo va Ale?

—Bien —respondió de forma cortante, como casi siempre, aunque esta vez le sorprendió y le hizo una pregunta que no se esperaba—. ¿Dónde se encuentra Mia?

—*¡Ja ja ja!, ¿no aparezió?, taba fatá el otro dia po lo que pazó. Le dará corte verte, tú paza que ya mismo tá hay dando la tabarra.*

Alejandro apenas entendió la forma de explicarse tan peculiar de José, pero su pequeño vacío le hacía ver ciertos puntos de vista que antes no era capaz de comprender o no quería ver.

Ya en el instituto, Mia estaba allí en clase con ellos, y para su asombro no se acercó a él para nada, de hecho, no se atrevía ni a mirarlo directamente. Alejandro no mostraba interés alguno tampoco, a pesar de su intranquilidad, y así transcurrió el día hasta la hora de salida.

Cuando estaban saliendo, José y Alejandro escucharon un gran tumulto de personas que gritaba: “¡Pelea, pelea, dale más fuerte!”

José, que era un experto en avistarlos todo, vio cómo se trataba de Mia y un grupo de estudiantes algo mayores que la estaban incordiando. Se trataba de unas cuatro chicas y seis chicos, de dieciséis y diecisiete años. Alejandro también observó que se trataba de ella, pero no detuvo su paso y siguió hacia

adelante. José al ver su reacción corrió hacia él y le dijo de una forma muy sobresaltada:

—*Pero pisha, ¿no va hacer ná? Es la Mia, lexe que es tu parienta al final cabo.*

Alejandro lo miró, después miró la situación y pensó para sus adentros: “Con lo bien que iba el día, ahora tengo que meterme en problemas. Son solo unos críos, pero si no hago nada puedo descubrir mi tapadera.”

Alejandro suspiró, volvió a mirar a José, y le dijo con un tono de desgane total:

—Muy bien, iré a solucionar la disputa.

Alejandro se iba haciendo hueco entre el gran tumulto de chavales que se encontraban allí. Observó como Mia tenía sangre en el labio y uno de los lados de la cara bastante colorado. Se encontraba llorando mientras las otras chicas la increpaban.

—¡Friki, eres una friki de mi..., eres lela, cómo no vas a ser tonta si te vistes de pokémon!

Una de las chicas le pegó una torta nuevamente en la cara y se dispuso a darle otra aún más fuerte, cuando una mano detuvo su embiste. La chica se dio la vuelta y vio que se trataba de Alejandro, que le había sujetado con gran fuerza el brazo.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —gritaba la chica.

Alejandro le echó una mirada bastante fulgurante, pero la chica no parecía intimidarse y seguía elevando la voz. Las otras chicas hicieron fuerza para que la soltara hasta que lo consiguieron, pero Alejandro había logrado lo que quería, ponerse entre ellas y Mia.

Miró a Mia haciendo un rápido análisis de sus heridas, viendo que por suerte no eran de gravedad, acto seguido se giró hacia las chicas que habían hecho que los muchachos que iban con ellas se unieran a la disputa.

—¡Mira quién coño es! ¡Es el tarao que se desmayó en Japón! —dijo uno de los muchachos.

—Pobre tonto, no se ha quedado bien —dijo otro.

—Ya te digo, ahora quiere que le zumbemos nosotros y lo pongamos como debe ser —dijo el más engreído de todos.

A Alejandro parecía no importarles nada de lo que le estaban diciendo, y, sorprendiendo a todos, hizo un gesto de reverencia y les dijo:

—Os pido perdón por mi intromisión. Dejados ir, y no volveremos a molestar.

—¿Tú eres tonto, ¿verdad? —le dijo uno de los chicos.

—Te vas a ir, pero para el hospital —le dijo otro que estaba más alejado.

En su interior, Alejandro analizaba la situación y se iba diciendo lo siguiente: “No tienen miedo de nada estas generaciones, no conocen el horror de la guerra y la muerte. Tendría que matarlos aquí ahora mismo, pero si lo hago... Sería el fin de mi secreto.”

Uno de los chicos se lanzó a darle un puñetazo, pero Alejandro lo esquivó con bastante facilidad. Cogió el brazo del muchacho y vio cómo los otros se lanzaban hacia él, así que se dejó llevar por sus instintos más primitivos y lanzó al chico hacia ellos. Dos de ellos cayeron al suelo y aprovechó ese momento para pegarle unas fuertes patadas en las rodillas. Los otros muchachos fueron, entonces, con más violencia hacia él, pero ninguno era capaz de darle. En cambio, él acertaba cada golpe en puntos claves, haciendo que estos dejaran, por momentos, de atacar.

Las gentes del lugar estaban muy asombradas por lo que estaban viendo, mientras José lo iba grabando todo con su teléfono móvil. Alejandro había tumbado a todos los chicos, sus golpes no eran en ningún momento letales, pero sí muy dolorosos. Una de las chicas golpeó a Alejandro en la cara por la espalda, y este hizo algo que nadie se esperaba, le devolvió el bofetón tirándola al suelo. Todo el mundo se quedó más asombrado todavía, y la niña comenzó a llorar. Justo en ese momento hicieron presencia un par de profesores que andaban cerca, separando todo el bullicio y la disputa. La primera intención era buena, pero después se formó más caos aún que antes. Mia y Alejandro estaban con uno de los profesores, que les preguntaba con gran ahínco qué era lo que había sucedido. Alejandro, como era costumbre, no daba ningún tipo de respuesta, pero Mia las daba por ambos, aunque no se acercaba demasiado ni miraba hacia el muchacho.

La chica que estaba llorando estaba siendo consolada por sus compañeros, que, a su vez, intentaban dar su punto de vista. Un punto de vista algo particular, ya que dejaban a Mia y Alejandro como instigadores y abusones de la situación. Muy difícil de creer, pues el grupo de chicos y chicas ya estaban más que fichados por sus numerosas faltas de actitud, su tendencia a exagerar desorbitadamente las cosas, y un largo etcétera.

Al final, fueron avisados todos los padres de los implicados para que viniesen a buscar a sus respectivos hijos, y durante todo ese rato de espera no hablaron nada Mia y Alejandro. Parecía que la chica estaba avergonzada por todo lo que había sucedido, y que Alejandro se hubiera tenido que meter para ayudarla. En cambio, este pensaba de forma diferente, no comprendía el comportamiento que estaba teniendo Mia, por qué se alejaba tanto ahora de él como si fuera la peste. Y, lo que era más extraño, no lo avasallaba con multitud de conversaciones de animes, manga, películas, vídeo juegos, etc.

Carmen fue la encargada de recoger a ambos, ya que Pascual y los padres de Mia estaban trabajando. El director del centro le explicó todo lo sucedido, al igual que fueron informados todos los demás padres; estos querían demandar a Alejandro por haber golpeado a una de las chicas en el rostro, aunque siempre omitieron que los culpables de todo fueron el grupo de chicos y chicas, que fueron los que avasallaron a la estudiante Mia. Más adelante se supo la verdad, todo fue porque el grupo de chicas quisieron reírse de Mia, que al principio no se encaró con ellas, y ese gesto les hizo subirse más todavía y aprovecharse de la situación. Mia salió corriendo del instituto a la hora de la salida, pero fue interceptada por el grupo de chicos ya avisados por mensajes por las chicas. Estas comenzaron a increpar a la joven, hasta que se les fue de las manos y una la golpeó. Mia se defendió en un acto reflejo y eso provocó que todas se abalanzaran sobre ella. El resto ya se sabe, apareció Alejandro y todo el resultado posterior.

Carmen los subió en el coche y preguntó por el estado de salud a Mia, que apenas respondió, solo lo más escuetamente posible, pues se encontraba muy nerviosa. Alejandro parecía un pasajero fantasma que no decía nada, y así llegaron a casa; el chico se fue hacia su cuarto; Mia y Carmen se quedaron hablando mientras en el salón, intentando esta última tranquilizar a la chica, que rompió a llorar y le contó todo lo sucedido ese día y lo acontecido el día de las fallas. Carmen demostró una comprensión muy buena, y no quiso darle más importancia de la que tenía a todo lo que le contó. Tras más de veinte minutos, por fin, comenzó a relajarse, mientras se encontraba entre los brazos de Carmen y esta le acariciaba el pelo. Entretanto, Alejandro se hallaba en su dormitorio hundido en sus pensamientos, y viendo que no podía entender la situación decidió cerrar su puerta con pestillo y hacer ejercicios de relajación para poder llegar a un estado de tranquilidad.

Sara y Mauricio llegaron en cuanto pudieron tras salir del trabajo, Carmen les informó de todo lo sucedido. Fue un momento tenso por todos los nervios que afloraban en aquel instante, Sara pidió ver a Alejandro, y Carmen fue a buscarlo. Tras unos primeros intentos de avisos fallidos, su madre decidió forzar la puerta para entrar, esto hizo que Alejandro saliese del estado de trance en que se encontraba.

En ese instante se dispararon los pensamientos de Alejandro: “¡Maldita sea! ¿Qué será lo que desean ahora de mí? ¿No he ayudado ya a la niña con su problema? Necesito tener más tiempo para concentrarme, a la vez que tengo que evitar seguir teniendo actos tan llamativos.”

—Alejandro, cariño, ¿puedes salir, por favor? A los padres de Mia les gustaría poder hablar contigo —dijo su madre con el mejor tono posible.



Alejandro, bastante reacio por dentro, salió a regañadientes de su habitación y se dirigió hacia el salón donde estaban todos esperándole. Mia no era capaz de alzar su vista hacia él, mientras Mauricio se dirigió hacia él. No se esperaba el abrazo que este le dio.

—¡Gracias, gracias Alejandro, de corazón! Sé que te has tenido que meter en un gran lío por defender a Mia, pero no te preocupes que no vas a estar solo nunca. Esos hijos de... se van a llevar lo suyo —dijo Mauricio con agradecimiento y rabia a la vez.

Pero Alejandro lo veía de otra forma: “Podría haber acabado con todos, pero hubiera sido llamar demasiado la atención. Además de que las leyes de esta época solo defienden a los maleantes, están muy mal hechas.” Pensó para sí.

—¡Muchas gracias, Alejandro! Como me entere yo de que se atreven a acercarse a vosotros... se van a enterar... se van a arrepentir —decía Sara, hasta que fue interrumpida por su marido.

—Tranquila, Sara, que te estás sulfurando nuevamente. Los chicos necesitan descansar y desconectar, lo mejor que podemos hacer es irnos.

—Tienes razón... ¡Muchas gracias, Alejandro! Cuando quieras venir a casa, avísame y te haré tu plato favorito, ahora descansa —dijo Sara para despedirse de él, y luego le dio un beso en la frente como muestra de agradecimiento.

Ese último acto era totalmente nuevo para él, la verdad es que se sintió extraño pero a la vez muy bien. Las sensaciones que recorrían su cuerpo eran incontenibles, y solo acertó en decirle “adiós” con un tono algo diferente al que la tenía acostumbrada últimamente.

Una vez salieron, Carmen se acercó a él, le abrazó y le dio un fuerte beso en la mejilla, diciéndole muy emocionada:

—Estoy muy orgullosa de ti, cariño.

Acto seguido, Carmen se fue a hacer sus tareas cotidianas, mientras el joven se fue hacia la habitación nuevamente, bastante consternado por todo lo ocurrido, y estas últimas palabras terminaron de calar dentro de él. Todo era tan extraño, tan nuevo que no sabía cómo reaccionar, y aunque intentó meditar en su habitación, le fue incapaz centrarse.

## Capítulo 9

### Sueños

Auchi (Alejandro), está de pie y lleva puesta parte de una armadura antigua de samurái de colores rojo carmesí muy apagados. En su mano derecha sostiene su katana, mientras con la otra mano taponaba una herida en su abdomen que sangra en abundancia. Está rodeado de varios cuerpos de enemigos, las fuerzas le fallan en las piernas y al final cae al suelo. Intenta sostenerse en su espada para alzarse nuevamente, pero le es totalmente imposible. La sangre que brota de su herida es incontenible a pesar de su esfuerzo por detenerla, poco a poco va sintiendo cómo sus extremidades se van durmiendo. El sentido le iba abandonando a una velocidad desorbitante, y el miedo se va apoderando de él.

Como si fuera un espejismo, el joven guerrero que estaba a punto de sucumbir, observó una figura de gran belleza dirigirse hacia él. Se trataba de una mujer muy joven, su pelo era largo y muy oscuro, sus ojos también eran oscuros, pero aparentaban efectos de un resplandor rojizo. Iba vestida con un kimono de color blanco impecable, a pesar de la suciedad del campo de batalla y aunque era difícil poder moverse por él, no había nada que la detuviese en su marcha.

Cuando llegó hasta él, se agachó y lo recostó entre sus rodillas llenando de sangre y barro su impoluto kimono. Lo miró a los ojos y lo besó, un beso que duró más de diez intensos segundos. El guerrero abrió nuevamente los ojos, contemplando el rostro hermoso de la mujer que le había salvado la vida, pues al despertar nuevamente vio cómo sus heridas estaban recuperadas por completo. Se tocó por todos lados para cerciorarse y cuando volvió a mirar el rostro de la joven, este se había transformado. Las facciones se le habían desfigurado y el color de sus ojos se volvió rojo por completo, creando un rostro aterrador.

—La maldición se cumplirá, joven guerrero. Llegará el día en que morirás por tu propia voluntad. Sufirás el mismo destino que quieres evitar. Auchi, lo sentirás por ti mismo.

Acto seguido, Alejandro abrió los ojos sobresaltado por el sueño que acababa de tener, se encontraba sudado como si acabara de correr una maratón y angustiado. Se tocó el pecho y el vientre, y no se relajó hasta sentir el latido de su corazón nuevamente. Se tendió de nuevo, miró la hora y vio que solo eran las tres de la madrugada y se refugió en sus pensamientos en silencio: “Menudo susto he pasado, ¿no sé por qué sigo pensando en ella? Ha transcurrido mucho

tiempo desde aquel día, tomé medidas drásticas para que no se cumpla su maldición. Pero aun así, sigo pensando en ello... tal vez debería relajarme más. Nadie sabe de mi existencia aquí, no estoy llamando la atención demasiado. Me esforzaré más por asegurarme de que siga siendo así.”

Ya, mucho más tarde, Alejandro, se encontraba en el instituto junto a José; Mia no había hecho acto de presencia y no los había avisado de nada. Ninguno de los dos le dio más importancia de la que debía; continuaron con la rutina diaria durante dos semanas y media, hasta que un día José llegó al instituto algo más fatigado por una extensa carrera que se había dado. Alejandro, que estaba entrando por la puerta principal se percató del sofoco del muchacho, y, aunque no era muy normal en él, preguntó a José:

—¿Por qué vienes corriendo si aún hay tiempo para entrar?

—¡Oú... qué pexá de corré!... —dijo cojiendo aire—. *Ale, pisha, vengo de ve a la Mia. Tá tó chungo la pobre, ¿Por qué no vas a verla?*

Alejandro se quedó unos segundos pensativo, la verdad que no pensaba que una enfermedad común en estos días fuera un grave problema. Pero un instinto que no sabe de dónde le vino, hizo que le entrasen ganas de ir a ver su estado.

—Tal vez vaya a verla por la tarde —dijo Alejandro con un tono escueto.

—¡¡Olé tus huevos, Ale!! *Ze lo digo ya, por la tarde te pazas por su caza* —dijo José emocionado.

Sin darle tiempo a decir nada más a Alejandro, José sacó su móvil y le mandó un mensaje a Mia, que fue rápidamente contestado con gran emoción. Sin dudarle ni un solo segundo se lo enseñó a Alejandro, y comprobó, de primera mano, que a pesar de no estar dándole la tabarra diaria, seguía pensando en él.

Tras las horas lectivas los muchachos se fueron a sus respectivas casas, y quedaron después para que José le acompañase a casa de Mia. La tarde se había puesto bastante fea con lluvia y frío, no apetecía salir de casa, pensaba Alejandro, mientras iba caminado por la calle. Tras diez minutos de caminata llegaron al bloque de pisos donde vivía la chica, llamó por el portero siguiendo las indicaciones de José, y Sara le contestó. Al ver que se trataba de Alejandro se alegró y abrió la puerta de inmediato; una vez en su casa, Sara saludó con dos besos en las mejillas al joven, un acto al que no terminaba de acostumbrarse y que le sacaba los colores.

Con un incontable número de preguntas, Sara se puso al día del estado de salud y emocional del muchacho. Mia salió al rescate de Alejandro, se encontraba en pijama, pero no cualquier pijama, uno muy especial para ella. Se trataba de un pijama con los dibujos de una serie de animación japonesa, regalo de Alejandro cuando cumplieron su primer mes de estar juntos. Con el pelo

recogido en un moño muy simple y sin gafas, apareció delante de ambos. Alejandro se quedó, la verdad, sin palabras; estaba claro que no era físicamente la chica perfecta, pero vio algo que le hizo tener una sensación que jamás hubiera deseado tener.

—Mamá, por favor, no atosigues más al pobre —le dijo Mia en tono defensor.

—Es verdad, cariño, ya sabes que me pongo y no paro de hablar. Bueno, ya os dejo que habléis de vuestras cosas, pero la puerta abierta, ¿entendido, señorita?

—Sí, mamá... —respondió resoplando.

Alejandro no entendió a lo que se refería con lo de la puerta abierta, pero no le dio mucha importancia.

Ya en su habitación, Mia se volvió a tumbar en su cama y se arropó, a su vez ofreció a Alejandro que se pusiera allí mismo. La verdad era que no le hacía mucha gracia el sentarse en su cama, pero creía que sería un gesto de mala educación el no hacerlo.

—Gracias, por venir a verme —le dijo Mia con dulzura, mientras sonreía tímidamente.

—No tienes que darlas, ¿estás mejor? —le dijo Alejandro algo secamente.

—Sí, ya me encuentro mejor, gracias. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, dime.

—Desde lo que pasó no hemos vuelto a besarnos... —comenzó Mia, cuando fue interrumpida por su madre.

—¿Cómo que besaros? —dijo Sara delatando su posición en el marco de la puerta.

—¡¡Mamá!! ¡Estamos hablando, por favor!

—Vale, pero a ver qué es lo que habláis, estoy vigilando.

Mia se levantó de la cama y comprobó que su madre se había ido, y, con mucha delicadeza, entornó su puerta. Después recuperó su posición original en la cama y prosiguió con la conversación.

—Quería saber si ya no te gusto, y... si no te gusto te pido que me lo digas, por favor.

La cara de Alejandro era un poema, pero por dentro de él empezaban a saltar todas las alarmas posibles y por haber. No sabía qué decir, no sabía cómo reaccionar, y se estrujó el cerebro todo lo que pudo para poder salir de aquella situación.

—¡¡Ehh!! Sí... Me gustas... No te beso porque no recuerdo muy bien el pasado, y creo que, para volver a realizar tal acto, antes deberíamos volver a conocernos mejor, ¿no crees?

Se notaba que el tono de Alejandro era de pura tensión y nerviosismo, no sabía la reacción que iba a tener la chica, hasta que...

—Cómo me sorprendes, mi niño, yo sabía que eras especial. Gracias por estar conmigo, yo siempre voy a estar para lo que necesites. Y te pido perdón por todos los problemas que te he dado hasta ahora —le dijo Mia con gran alegría.

Alejandro suspiró de alivio por haber salido airoso de la situación, y esta vez inició la conversación.

—¿Qué es lo que te ocurre?

La cara de la joven cambió drásticamente, la alegría que sentía había casi desaparecido y se había convertido en resignación.

—Lo más normal es que no lo recuerdes, por eso voy a intentar explicártelo brevemente. Hace dos años me detectaron una enfermedad degenerativa, al principio eran simples mareos y cansancio, pero, con el tiempo, fueron aumentando los efectos. Tras una eternidad haciendo pruebas, los médicos me dijeron que tenía una enfermedad muy difícil de detectar, de esas que tiene una persona de cada cinco millones. Me dijeron que con tratamiento y una vida sana, podría mejorar mi calidad de vida durante un tiempo. Pero, al final, la enfermedad sería demasiado pesada y que me consumiría lentamente hasta que llegase mi día. Durante mucho tiempo estuve deprimida, pero gracias a mis padres, que sé que lo están pasando mal, y a su esfuerzo que es muy grande para que yo aproveche lo que tenga de vida, progresivamente fui aficionándome a diferentes cosas del mundo otaku, y así te conocí a ti. Cuando nos conocimos pasaste de mí, a pesar de enrollarnos un par de veces, pero al final te conté lo de mi enfermedad. Y, lo que me sorprendió más, te quedaste a mi lado y no huiste, algo de lo que siempre te estaré agradecida; desde entonces han pasado más de diez meses que estamos juntos. Los médicos dicen que podré vivir hasta los treinta, como mucho, por eso quiero vivir la vida al máximo. Porque, aunque sé que ese día llegará, podré irme satisfecha con mi vida.

Las palabras de Mia resonaban y calaban hasta lo más profundo de Alejandro, no podía entender cómo podía ver la vida así de simple y de feliz. Él le tenía un miedo atroz a la muerte, y esta joven, en cambio, parecía estar dispuesta a todo hasta su último aliento. La pena se apoderó de su corazón, y su tono de voz desde ese día ya no sería el mismo. Por supuesto que no sentía lo mismo que ella, pero quería ayudarla a disfrutar la vida, al menos mientras pudiera.

—¡Oye!, ¿te apetece que vayamos a una de tus tiendas, esas de otaku como tú dices? —dijo Alejandro con un tono muy suave, el cual sorprendió enormemente a Mia.

—¿De verdad? ¡¡Síiiiiiiii quieroooooooo!!

La emoción de la joven no la dejó contenerse y se abrazó al joven. Mia fue a darle un beso, pero Alejandro giró el rostro poniendo la mejilla. No quiso darle mucha importancia a aquella acción, pues Mia estaba súper contenta. Avisó a su madre de que iban a salir a dar un paseo, y, acto seguido, se puso manos a la obra para arreglarse.

El camino hacia la tienda de especialidades, según ella, fue bastante normal, recordando a la antigua Mia y su constante fluir de conversaciones. Esta vez, Alejandro, no mostraba la típica indiferencia con la que la tenía acostumbrada los últimos tiempos, se estaba esforzando para atenderla, aunque no supiese de qué trataban la mitad de los temas, ella era muy consciente de aquel esfuerzo, y aunque intentaba relajarse para no agobiarle, no conseguía su objetivo. Ya en la tienda, Mia recobró su total énfasis por el mundo otaku. Durante más de una hora y media, estuvieron viendo los diferentes mangas, cómics y figuras que había por allí. Mia le fue explicando la gran mayoría de las cosas, diciéndole de qué serie procedía, quién era y todo lo relacionado. Mia era una biblioteca andante del mundo otaku, Alejandro no comprendía cómo podían gustarle tanto esas cosas, pero, sin duda, a medida que pasaba el tiempo, veía la sonrisa de Mia y cómo disfrutaba, y él se sentía por dentro en un estado de paz. No comprendía a qué se debía ese estado, pero tampoco estaba dispuesto a cambiarlo, al menos en esos momentos.

Cuando salieron, el tiempo había empeorado, la lluvia caía con gran fuerza y se había levantado algo de viento. La travesía se hizo algo difícil para todos los transeúntes. Estaban cruzando un paso de peatones cuando, de repente, un coche que venía a una velocidad inadecuada se saltó el semáforo, y se dirigió directo hacia ellos dos. El conductor, debido a la lluvia, no había visto que no podía realizar esa maniobra, y al intentar frenar perdió el control. Alejandro y Mia, miraron con mucha preocupación lo que se les venía encima. Entonces, el tiempo pareció detenerse, todo iba tan lento que hasta las gotas de aguas eran totalmente visibles en toda su perfección. El color de los ojos de Alejandro cambió a un verde claro, su fulgor parecía iluminarlos como dos candelabros en la oscuridad. Todo duró apenas un segundo, nadie pudo saber con exactitud lo que pasó, y la mayoría de los presentes no quiso saber nada más. Pero Alejandro y Mia habían desaparecido y aparecido en la otra acera, evitando el atropellamiento, que era totalmente inevitable, o al menos eso fue lo que parecía.

Mia no sabía qué era lo que había pasado, pero se sentía muy rara. Miró hacia atrás viendo el vehículo cómo pasaba a gran velocidad, y su cara de sorpresa fue borrada enseguida por la intensa lluvia que le caía encima.

La mente de Alejandro iba a mucha velocidad: “¡Maldita sea, maldita sea, maldición...! ¿Por qué he tenido que hacerlo? ¡Maldición...! Apenas ha sido un

segundo, pero ha sido delante de demasiados testigos... ¡Menos mal que parecen no saber lo que ha ocurrido, y prefieren seguir con sus vidas cotidianas!”

Entonces, decidió que ya era demasiado tarde y volvieron a casa, durante todo el camino Mia no habló apenas nada por muy raro que pudiera parecer. El muchacho estaba inmerso en sus adentros y tampoco sacaba ningún tema de conversación. La dejó en su casa despidiéndose rápidamente, y, regresando a la suya, se encerró en su habitación hasta el día siguiente.

## Capítulo 10

### Revelaciones

Al día siguiente, Alejandro realizó su rutina diaria. Por el camino no vio a Mia ni a José, esto último sí era bastante raro, pues José nunca había faltado, hasta ese día. Ya en clase, tras un cuarto de hora llegó Mia; la profesora parecía estar informada y no le dio mayor importancia, le preguntó levemente cómo se encontraba, y luego tomó asiento. Saludó a Alejandro como si nada del día de ayer hubiera ocurrido, ese gesto hizo relajarse al joven que seguía inmerso en sus pensamientos.

Las horas lectivas iban transcurriendo con total normalidad, en la clase de historia a tercera hora, estaban tratando un tema que tenía bastante intrigados a los alumnos, sobre todo a Mia. El profesor explicaba las leyendas, el folklore y todo lo relacionado con ello, sobre mito y verdad. Y ciertamente que la clase estaba siendo muy entretenida.

—...Y por eso se crean las leyendas —iba explicando el profesor—, al final, las leyendas, el folklore, son historias del pasado que con el tiempo se fueron desfigurando. Algunas tomaron cariz más fantástico como los hombres lobo; otras tomaron formas más sagradas, como el Santo Grial... Y, así, un sinfín de leyendas, que en nuestra época son casi imposibles de demostrar.

—Profesor, ¿pero es posible que existan algunas de ellas? Quiero decir, ¿que se haya mantenido oculta alguna criatura pasando inadvertida? —preguntó Mia.

—No creo, Mia, como dije son historias que se han ido modificando por el paso del tiempo. Cada persona contaba como quería las cosas, y así han sobrevivido hasta nuestros días. No creo que nada de eso exista de verdad.

Un compañero de clase dijo: “¡Friki!”, haciendo como el que estornudaba. El profesor pidió respeto, algo a lo que no hicieron caso alguno. Alejandro miró al que había dicho aquella palabra, y, si las miradas pudieran matar, aquella persona habría sido fulminada al instante. Mia se dio cuenta, y vio la reacción del compañero que agachó la cabeza con vergüenza tras aquel acto.

Llegó la hora del descanso; cuando Alejandro estaba saliendo hacia el patio, Mia se le acercó y le dijo:

—Te espero en el bosque, no tardes por favor. Es importante que hablemos.



Alejandro no hizo caso omiso de sus palabras, pero miró hacia donde ella le dijo, y la visión no era precisamente de un bosque. Se trataba de un descampado con hierbajos y basura en muy mal estado.

—¿Te refieres como bosque a aquella zona? —le preguntó Alejandro.

—Sí, en verdad es un futuro bosque. No tardes —dijo Mia mientras se iba alejando rápidamente.

Alejandro estaba muy extrañado por su reacción, parecía no recordar lo sucedido ayer por la tarde, y ya solo por eso, valía la pena seguirle el juego. Así que se fue con un paso muy tranquilo a la zona donde había quedado con ella, mientras se iba comiendo el bocadillo de chorizo que le había preparado su madre. El sabor de los embutidos de hoy en día, eran algo diferente a los que él estaba acostumbrado, progresivamente se fue habituando hasta llegar a disfrutar con toda su intensidad.

Una vez en el descampado, Alejandro comprobó de primera mano que este se encontraba más descuidado de lo que aparentaba a simple vista. Observó mucha basura, junto a algún escombros de alguna obra ya olvidada, malas hierbas, heces de todo tipo de animales, e, incluso, algún ratón muerto por la cercanía. Sin duda, era una visión muy lejana de la del bosque maravilloso que Mia tenía en su mente.

Mia apareció por detrás suyo, se había maquillado exageradamente, de una forma que le hacía parecer que estaba muy pálida de piel. Alejandro la miró muy extrañado, no entendía nada. Mia siguió a lo suyo, pasó a su lado y lo miró de forma lujuriosa, pero rápidamente cambió su rostro a una tristeza casi surrealista.

Por la mente de Alejandro iban sucediéndose estas preguntas: “¿Qué es lo que le pasa ahora a esta loca? Se ha pintado la cara de blanco, tanto que parece una muerta viviente. Me mira muy raro, creo que lo de ayer le afectó demasiado.”

Mia se le acercó, y cuando estaba enfrente, le dijo:

—Sé lo que eres.

—¿Cómo dices? —dijo Alejandro, con cara muy excéntrica.

—Que yo sé lo que eres, ya no eres el Alejandro que yo conocí en su día, ¿verdad?

Alejandro tragó saliva y, por primera vez, se preocupó. No comprendía cómo una niña podía tener idea de lo que era él, de su maldición y de su trato con el Oni. Estaba a punto de confesar, e incluso estaba dispuesto a llegar a donde fuera necesario para que su secreto se salvaguardara más tiempo. Cuando Mia, no le dejó hablar:

—Eres un vampiro —afirmó Mia mientras miraba al horizonte.

Alejandro no sabía si echarse a reír, o las manos a la cabeza; la chica se

había montado una película en su cabeza muy lejos de la realidad.

—Mia, ¿qué estás diciendo?

—Que tú eres... un ¡vampiro!

—¡Ja ja ja! ¿Un vampiro, dices? ¡Ja ja ja!

—No te rías, sabes que lo que digo es verdad. Eres un vampiro, bueno al menos ahora, antes... no.

Alejandro la miraba mientras se reía a carcajadas, no sabía por qué pensaba eso, pero, sin duda, le parecía bastante gracioso.

—Yo no soy ningún vampiro, Mia. ¿Por qué piensas eso de mí?

—Sí lo eres, te he pillado.

—¿En qué te basas? —preguntó Alejandro aguantando la risa, que, por otro lado, empezaba a comprender lo que era el humor.

—En varios factores. La palidez de tu piel.

—Mia, soy de una tez blanca.

—Finges alimentarte de comida normal y corriente, pero yo sé que la verdad es que te alimentas de sangre.

—Pero, ¿qué estás diciendo, Mia? —le dice Alejandro mientras le señala el bocadillo que se estaba comiendo.

—No me digas que no llevo razón, eres un vampiro, lo sé y punto. Anoche no nos atropelló el coche por tu velocidad vampírica, fue muy rápido todo, y apenas pude ser consciente, pero ese coche nos hubiera atropellado si no fuera por ti.

Alejandro dejó de reír con la misma intensidad, poco a poco fue disminuyéndola hasta que se puso algo serio.

—Mia, no soy un vampiro. Lo de anoche te pareció una cosa, pero es otra bien distinta.

Mia lo miraba con una gran sonrisa en sus labios, mientras ladeaba su cabeza de lado a lado suavemente. Ambos se quedaron muy cerca mirándose a los ojos, aunque cada uno a su forma. En ese momento sonó la sirena para volver a clase, el fino corte del viento derrotó la pequeña tensión que se había apoderado entre ambos.

Durante el resto de las clases Alejandro estuvo bastante pensativo aun sin quererlo, no paraba de darle vueltas a la mente tan hiperactiva de Mia, quien le sorprendía cada vez más; en toda su vida jamás había conocido a una chica con tal forma de pensar, puede ser debido también a su exilio particular de la sociedad.

Tras acabar las clases Alejandro creía que Mia se acercaría a él para seguir hablando, pero no fue así. Simplemente le mandó una carta en un folio mal doblado, en la que le decía que “esa tarde quedaban a las 18:00 en la estación de

tren”.

El chico se fue suspirando a casa, José se acercó a él para quedar también esa tarde, pero Alejandro le explicó que había quedado ya con Mia. Así que se fue por donde había llegado, mientras le deseaba una buena tarde y que no fuera muy travieso.

Alejandro se duchó y se puso una sudadera de color rojo granate, un pantalón de chándal de color negro y unos tenis de color rojo. Al principio no estaba muy de acuerdo con el tipo de ropa que usaba el muchacho, pero con el tiempo le fue cogiendo el gusto a vestirse cómodamente. Al llegar a la estación vio a Mia, que le esperaba sentada en uno de los bancos. Llevaba casi todo el pelo suelto, salvo una trenza que recogía de lado a lado el flequillo, como si fuera una sherpa. Llevaba dos pendientes de pequeño tamaño, muy graciosos, las gafas de pasta le sentaban bastante bien, gracias al maquillaje que se había puesto. Su ropa era algo menos sport, vestía una sudadera con gorro de color rosa palo y unos pantalones vaqueros de color negro. Sus zapatos de *sport* eran unos marca Converse retro, de color negro también.

—¡Hola cariño! —gritó Mia con gran entusiasmo al verlo.

—¡Eh... hola... Mia! ¿Por qué me has hecho venir hasta aquí?

—Nos vamos a ir a dar un paseo.

—¿A dónde?

—Confía en mí, cariño —le dijo Mia lanzándole un guiño.

—Está bien... confiaré en ti —dijo Alejandro con un tono de resignación.

Durante el trayecto en tren, las conversaciones que tenían eran bastante banales, a pesar de los esfuerzos de Alejandro para saber dónde se dirigían. Siempre que lo intentaba Mia le respondía con una sonrisa picarona, algo que empezaba a gustar al muchacho, aunque jamás lo admitiera.

Por fin se bajaron en la estación del Norte, así se llamaba la última parada. No era la primera vez que se había bajado en aquel sitio, pero no sabía el porqué, todo le hacía tener una sensación diferente. La belleza de la noche y las luces, las diferentes fallas que estaban siendo preparadas para su fecha final, o el gran bullicio de gente.

Alejandro miraba a todos lados cuando Mia le agarró fuertemente de la mano y en un acto reflejo se soltó inmediatamente, pero Mia se acercó y le sonrió. Le volvió a coger de la misma mano y tiró con gran fuerza de él, pegando ambos un pequeño *sprint*.

La sonrisa de Mia era contagiosa y Alejandro la imitaba sin querer hacerlo. Tras unos metros llegaron cerca de una pastelería, en la que por capricho de la señorita compraron algo de comer. Continuaron andando sin un rumbo fijo, aunque siempre marcado por Mia. Tras una hora, más o menos, llegaron al

Parque de las Ciencias, a su kilométrico espacio para pasear. La verdad era que habían bastantes menos personas de las que esperaba Alejandro que hubiese; continuaron andando hasta llegar a un pequeño retículo algo más elevado, donde se podía ver de fondo, a lo lejos, el Palau de la Música y los demás edificios colindantes.

—¿Te gusta lo que se ve, Alejandro? —le preguntó Mia con suave tono.

—Es bonito Mia —le respondió casi tan secamente como siempre.

—Aquello de allí —dijo señalando con el dedo—, son pequeños murciélagos que sobrevuelan el aire, ¿los ves?

—Mia, no hay nada que sobrevuele donde tú estas señalando.

—¡Lo sabía, tienes súper visión! —exclamó emocionada Mia.

—No empieces, no tengo súper visión. Soy un chico normal y corriente. ¿Qué es lo que te pasa para pensar de mí que tengo poderes?

Mia agachó la cabeza como si estuviera un poco defraudada con la situación, y puso unos morritos que, por primera vez, Alejandro observó y llegaron a su corazón con tal fuerza que se puso nervioso.

—¡Jo...! Yo creía que tú ya no eras Alejandro. Eres tan diferente del Alejandro que recuerdo... encima lo del otro día del coche... me hice una película y me imaginé que yo era como Bella de *Crepúsculo* y tú como Edward Cullen, mi pareja fiel y protector.

—¡Ja ja ja!, pero Mia, ¿por qué piensas que soy tan diferente? —preguntó con nervios Alejandro.

—El Alejandro que yo recuerdo jamás se hubiera metido en una pelea por mí, no era un cobarde... pero las evitaba, aunque estuviese alguien que él conociera.

—Tengo que admitir que no me iba a meter en la pelea, pero José me convenció.

—¿Ves?, eso es lo que digo. Alejandro jamás lo hubiera reconocido, tenía cierto orgullo, diferente a ti.

—Mia, yo soy Alejandro. No hables como si fuera otra persona.

—No lo eres... no sé cómo expresarlo... pero sé que tú no eres ese Alejandro.

Mientras Mia iba justificando su descubrimiento, Alejandro pensaba preocupado: “Vaya con esta jovencita tan obstinada... No sabe nada de lo que pasó, y aun así es capaz de sacar grandes diferencias con el verdadero chico. Me estoy esforzando mucho, y solo ella es mi obstáculo más difícil. A pesar de todo no ha dicho nada a nadie, espero que siga siendo así.”

Sin darse cuenta ambos, se había hecho muy tarde, eran cerca de las nueve de la noche. El teléfono de Mia comenzó a sonar y esta respondió, era su madre,

Sara, preocupada de su localización.

—Sí, mamá, estoy con Alejandro. Ya vamos para casa, hemos perdido el tren, iremos en el siguiente, de verdad, mamá. No te preocupes...

Mientras Mia le daba explicaciones a su madre por teléfono, Alejandro sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. No sabía qué era lo que ocurría, pero sin duda no sentía nada bueno. Miró a su alrededor y no vio nada fuera de lo común, solo la voz elevada de Mia hablando con su madre lo desconcentraba a veces. En otro de sus vistazos, observó con más detenimiento que no había nadie por las cercanías, y podría jurar que las personas más cercanas a ellos se encontraban a varios kilómetros de distancia.

Se concentró muchísimo más, llegando a cerrar los ojos para que sus demás sentidos se agudizaran hasta el extremo de sentir una hoja en el aire. El tiempo pasaba y no detectaba nada fuera de lo común, Mia había terminado de hablar por teléfono y al ver el estado de Alejandro se acercó a preguntarle:

—¿Qué estás haciendo Alejandro? ¿Te encuentras bien? ¿Qué te pasa?... —y así cientos de preguntas sin parar.

Alejandro ignoraba por completo a la joven, que no dudó en cogerlo del brazo y zarandearlo mientras le iba preguntando. En ese mismo instante, el joven abrió los ojos y empujó a Mia con gran fuerza hacia al suelo, esta cayó y estuvo a punto de que se le escapase una lágrima.

—¿Qué haces? ¡Eso me ha dolido!

Alejandro la miró, como nunca antes lo había hecho, su rostro estaba descompuesto y el miedo parecía apoderarse de él. Rápidamente agarró a Mia y la incorporó.

—¡Tenemos que salir corriendo de aquí ya! —dijo Alejandro mientras tiraba de ella con gran fuerza.

—¿Pero por qué tenemos que correr? ¿Qué es lo que está pasando?

Mientras le preguntaba, Mia miró hacia atrás y vio cómo uno de los árboles donde habían estado ellos, se encontraba partido en dos.

—¿Pero qué le ha pasado al árbol? ¡Alejandro explícame qué es lo que pasa!

—No tenemos tiempo para eso ahora, confía en mí y luego te explicaré lo que quieras.

Mia asintió con la cabeza demostrando confianza en las palabras del joven; marcharon lo más rápido que pudieron por el parque buscando una de las posibles salidas. Cuando estaban llegando a una de ellas, un haz de luz se cruzó en su camino provocando una grieta en el pavimento, algo que dejó muy sorprendida a la joven, entonces Alejandro detuvo la carrera y colocó a Mia detrás de él.

—No te muevas de mi lado Mia —le dijo con una firmeza que ella nunca le había escuchado antes.

La chica estaba muy asustada, no comprendía qué era lo que ocurría, y mucho menos cuando vio aparecer tres figuras, una delante y las otras dos una a cada lado de ellos. Las tres figuras eran completamente iguales, tenían el cuerpo de un animal, exactamente el de una comadreja de un metro, al menos, de largo. Sus extremidades eran muy alargadas en punta, y en la extremidad tenían unas largas cuchillas, tan afiladas que el mero hecho de andar rallaba el suelo. Los ojos de los tres seres eran de color verde con un fulgor verde oscuro, que les daba un aspecto aún más terrorífico.

Mia no comprendía de dónde habían salido esos seres, y, a pesar de toda su fantasía, de todas sus ganas por vivir experiencias únicas como esta, se encontraba totalmente muerta de miedo. Alejandro sacó una daga que llevaba escondida, y sus pensamientos eran un mar en tempestad: “¡Maldita sea! ¿Por qué ahora? ¡Joder! ¿Cómo me han descubierto? ¡No lo entiendo! Encima tengo a Mia conmigo, y así no puedo moverme con libertad. Es más, dudo que, aunque estuviera solo, pudiera hacer algo contra estas cosas. ¡Pues vaya parece que sí voy a tener un final a pesar de todo! Aunque me molesta un poco que se lleve por delante a Mia. ¿Que se lleve por delante a Mia, qué es lo que estoy diciendo?, en una situación así, estoy pensando en el bienestar de una chica... creo que me he vuelto demasiado blando durante este tiempo.”

La tensión se iba acumulando de forma implacable en el aire, el simple vuelo de un mosquito podría ser el detonante de cualquier tipo de acción que se fuera a llevar a cabo. De pronto, una voz a lo lejos dijo con un tono bastante vigoroso y alegre:

—Parece que estáis en serios problemas, ¿no es así, Auchí?

Alejandro miró inmediatamente hacia la dirección de aquella voz, y vio que se trataba de Rafael Torreblanca, que venía vestido tan impoluto como siempre. Las tres criaturas lo vieron y enseguida empezaron a hacer ruido con gran rabia hacia él, y, sin dilación, se abalanzaron para atacarle. En ese momento Alejandro cogió fuertemente a Mia y aprovechó para escapar; la joven no supo qué fue lo que pasó, pero de repente ya no estaban en el parque. En apenas unos segundos habían aparecido en uno de los cuartos de baños de la Estación del Norte, no tenía palabras para tal hecho, e, incluso, se sentía algo mareada y confusa a la vez. La voz de aviso de la salida del tren los alarmó para darse prisa y coger su transporte. Durante todo el trayecto Mia no habló lo más mínimo, pues no daba crédito a lo sucedido.

Una vez la llevó a casa, Alejandro se despidió de ella diciéndole que pronto se lo explicaría todo, pero que tenía que confiar en él y no contárselo a

nadie. La chica asintió con la cabeza, aunque sin ser muy consciente de lo que estaba sucediendo todavía.

Alejandro se dirigió hacia su residencia cuando por el camino se encontró otra vez con Rafael, enseguida se puso en posición de ataque sacando su daga, acto que le hizo bastante gracia a Rafael. Sin pensarlo le atacó, sin conseguir nada, ya que Rafael seguía tan impoluto como cuando lo vio antes, salvo un ligero descosido en la chaqueta, algo que lamentaba de mala manera. Esquivó todas las acometidas del joven, hasta que, con una gran maniobra, lo desarmó y lo tiró al suelo.

—¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Matarme? Te aseguro que no eres el primero que lo intenta, y no vas a ser el último —dijo desafiante Alejandro.

—¿Por qué no te tranquilizas y hablamos, Auchí?

—¿Cómo sabes mi verdadero nombre?

Rafael extendió el brazo para ayudar a levantarse a Alejandro, una vez incorporado le devolvió su arma, algo que no esperaba para nada el joven.

—Ya te he dicho que solo quiero hablar contigo, sé tu nombre y unas cuantas cosas más de ti, porque yo veo a través de las almas.

—¿Tú eres, entonces, un Coleccionista? —dijo Alejandro con gran preocupación.

—Sí, pero tranquilo que no vengo a por ti. Tengo curiosidad por saber por qué estás aquí, haciéndote pasar por un joven con toda la vida por delante. Al igual que quiero saber cuál es tu don para seguir viviendo, ya que veo un gran número de almas encadenadas a la tuya. Dependiendo de tu respuesta te perdonaré la vida o no, pues no quiero dejar un monstruo suelto por estas tierras.

Durante más de media hora Alejandro estuvo contándole parte de su verdadera historia, hasta que el teléfono móvil que él llevaba sonó. Se trataba de Carmen que estaba muy preocupada por él, sabía que Mia ya estaba en casa, pero no había vuelto él. Rafael al ver lo que podría desencadenar el seguir hablando, prefirió dejar la conversación para otra vez.

—Muy bien, puedes irte. Pero ten cuidado, te estaré vigilando, sin duda. Y que no me entere yo que le haces daño a esa muchacha con la que te he visto hoy.

—No, no, no le pasará nada, de verdad. ¡Gracias!

# Capítulo 11

## No me mientas

Durante las siguientes semanas, Mia intentó hablar con Alejandro, pero este faltó a clase alegando que estaba convaleciente. Llamó a su casa varias veces, y siempre era Carmen quien le recogía las llamadas. Mia quería hablar con el joven, pero Carmen siempre le daba la misma respuesta, Alejandro esta acostado y dormido. Ambas sabían que no era la verdad, pero nadie podía obligar al joven muchacho a decir qué era lo que le pasaba. Los adolescentes llegaban a ciertas edades que casi siempre solían ser problemáticas: lo que deseaban ser y no eran; sus confusiones amorosas, y un largo etcétera, eran algunas de las cuestiones de la nueva generación. Carmen intentaba ser una madre moderna, y en verdad le costaba muchísimo.

Una tarde, paseando por las calles de la capital, Mia iba sola buscando entre sus tiendas algo que llamase su atención, y consiguiese quitarle de la cabeza a Alejandro. Un hombre que andaba en dirección contraria fue víctima de la torpeza de la joven Mia, que tropezó con él bruscamente, impactándole con varias bolsas y una lata de refresco que llevaba en la mano. El hombre, demostrando una agilidad algo fuera de lo normal, fue capaz de sujetar a la joven para que no se cayese al suelo, y los múltiples objetos que esta lanzó por los aires, incluyendo la lata de refresco sin que se derramase una sola gota. Mia miró a aquella figura varonil, y vio que su rostro le era conocido.

—¿Te encuentras bien, señorita? —le dijo el hombre con una gran sonrisa.

Mia se sonrojó al ver la cercanía de sus rostros, y, sobre todo, la belleza del hombre la abrumó más.

—S... Sí, sí... sí... estoy bien, gracias.

Tras ayudarla a incorporarse y darle nuevamente todos sus objetos, el hombre con una reverencia poco habitual, por no decir nula en esta época, le habló:

—¿Dónde están mis modales? Mi nombre es Rafael Torreblanca. ¿Y vuestro nombre es...?

—Mia, me llamo Mia.

—Encantado señorita Mia, ¿y qué hace una chica como tú sola por estas calles?

Mia intuía un intento de acercamiento por parte de Rafael, y la verdad es



que no le molestaba para nada. Se sentía muy cómoda con su presencia, sus modales, su forma de hablar la cautivaba como nunca nadie lo había hecho antes, pero una parte de la joven se quería resistir. Sentía que lo que estaba pasando no estaba bien, y tenía que poner pies en polvorosa.

—Solo he venido a comprar unas cosillas, nada más. Es raro ver una persona como tú en Valencia en estos días.

—¿Cómo yo?, ¿tan mal vestido voy? —dijo Rafael mientras se miraba por todos lados.

A Mia le hizo gracia su respuesta:

—No, tontín... no me refería a eso.

—Vaya, vaya con la señorita Mia. Ahora me llama tontín...

—¡Nooooo! ¡Jo! ¡Sabes que no iba con esa intención!

—Lo sé, tranquila señorita, estaba de broma —le dijo Rafael con una gran sonrisa que la cautivó.

Rafael la acompañó todo el camino de vuelta hacia casa, ya que según él decía era mejor que no fuera sola, que la noche es muy peligrosa y esconde secretos muy oscuros. Aunque, según Mia, eran simples bobadas que usaba para acompañarla, pero fuera por lo que fuera ambos iban juntos.

Las conversaciones que tenían eran de lo más variopintas, desde de dónde eran, hasta su comidas favoritas y raras que habían probado.

Por fin, habían llegado al portal de la joven, Mia estaba tan a gusto a su lado que se había olvidado de la hora que era, e incluso de la toma de su medicina.

—Señorita Mia, gracias por permitirme pasar esta tarde tan fabulosa a su lado. Sin duda, ha sido lo más grato que me ha sucedido en mucho tiempo, espero tener el honor de poder acompañarla en otra ocasión.

Las palabras tan educadas y tan cortesas que usaba Rafael, le parecían a Mia sacadas de un cuento de hadas. Por ello, sin duda, interiormente esperaba que nunca terminase ese cuento.

—Gracias a ti por acompañarme, Rafael. Ha sido un placer —le respondió con una sonrisa maravillosa.

—Me encanta su sonrisa, señorita Mia —le dijo Rafael, justo antes de besarla en la mejilla.

El beso sonrojó muchísimo a Mia, le hizo sentir algo que jamás nadie había podido hacerle sentir. Una amabilidad inusual, un amor pragmático y visceral a la vez, algo que no podía explicar con simples palabras.

Cuando se separó Rafael de Mia, esta vio a unos diez metros a Alejandro cómo observaba impassible a los dos.

Alejandro se fue acercando hacia ellos, mientras que Mia se había quedado

sin palabras. Sabía que no había pasado nada entre Rafael y ella, pero la situación aparentaba ser confusa y no tenía idea de la reacción que podía tener Alejandro y más ahora con su personalidad tan cambiante.

Rafael se le adelantó, y cuando Alejandro llegó a él, las miradas que se cruzaron eran fulgurantes por parte de ambos, pero Rafael pronto cambió su rostro a uno más alegre.

—Mia, tenemos que hablar —dijo Alejandro con un tono alto y claro.

—¡Eh, claro, cariño!

Mia se fue hacia un lado separándose de ambos, se despidió de Rafael con un dulce adiós, y este con un ligero saludo. Alejandro miró a Rafael y le dijo:

—Gracias, era mi deber enfrentarme a este momento y no salir huyendo como he hecho todo este tiempo. Gracias por abrirme los ojos.

—De nada, ya esperaba yo no tener que contarle tu espantada. Bueno... mejor será así, prefiero que seáis conscientes de vuestros actos.

Rafael se despidió de ambos mientras se fue dando un paseo por las calles. En ese momento, Kobe, el espectro compañero, hizo su aparición nuevamente.

—Cada vez eres más blando, Rafael.

—¿Blando?... No sé a qué te refieres. Son dos jóvenes, yo no tengo por qué meterme en esas cosas, ¿no crees?

—Sí, claro. Una muchacha de quince años y un joven de ¿quinientos años?

—¡Hala! ¡Qué exagerado eres! Apenas se notan las edades, ¡je je je!

—No tiene gracia, Rafael. Sabes que está penado fuertemente dejar a un Señalado, con esas características, en libertad.

—Ya, ya, ya, ya... que sí, que lo sé... tú tranquilo —dijo con voz de resignación.

Mientras, Alejandro y Mia, se fueron a sentar en un banco que estaba situado en las proximidades de la residencia de Mia.

—Tú dirás cariño, digo Alejandro —dijo Mia, dejando notar un tono vergonzoso.

Por primera vez, desde que Alejandro despertó del coma, miró fijamente a los ojos de la joven, con tal intensidad que el corazón de Mia se revolucionó. No sabía qué era lo que pasaba, pero sin duda aquella mirada no la había visto antes en nadie, y mucho menos en el pacífico Alejandro.

—Mia, te pido perdón.

—¿Perdón? ¿Por qué?, que yo sepa no me has hecho nada.

—No pensaba hacerlo, pero te debo una explicación. Estás en serios problemas.

—No te entiendo cariño, ¿qué problemas? ¿Qué tipo de problemas?

—Unos que te pueden costar la vida.

—Ya... si te refieres a mi enfermedad... ya sé que se está agravando cada vez más. ¿Quién te lo ha dicho, mi madre?

—No me refiero a tu enfermedad Mia, por desgracia eso ahora es secundario. Tienes problemas de verdad.

—¡Joder, cariño! ¡Explícate ya de una vez, por favor!

Alejandro la miró, y viendo que no conseguía hacerle comprender la situación, decidió contarle toda la verdad. No sabía por qué lo iba hacer, pero se sentía tan bien a su lado, que era incapaz de admitir que le sucedía todo eso por su forma de ser tan austera. Era como una doble moral con la que se estaba peleando interiormente, y al final se dejó llevar por la sinrazón.

—Mia, te va a sonar todo a un cuento chino, o a una de tus historias imaginarias. Pero todo lo que te voy a contar es la pura verdad, así que, por favor, déjame terminar de explicarme antes de tomar una decisión.

»El otro día, fuimos atacados por unos Yokais, o, lo que es lo mismo, por unas criaturas espirituales que están recogidas en el folklore japonés. Solo tienen un nombre para referirse a los tres, y es Kamaitachi. Su aspecto es el de una comadreja, pero a falta de extremidades tienen cuchillas tan afiladas que pueden atravesar prácticamente todo... —le iba anunciando Alejandro muy serio, cuando le interrumpió Mia.

—¿Yokais? ¿Espíritus malignos?... No entiendo nada.

—Tranquila, déjame contártelo todo. Yo no soy Alejandro, es decir no al menos en espíritu, pero si en cuerpo. Verás, mi verdadero nombre es Auchu Nowigara Sutkuke Monaki, descendiente del cuarto linaje de los Nowigara, y posible único superviviente de aquella tradición. Yo era un joven guerrero y tuve la mala suerte de vivir en una época muy turbulenta, donde la muerte acechaba en cada esquina como la noche a la mañana. Los señores feudales de mi época se encontraban casi siempre ocupados en ver con quién se iban a pelear y qué terreno ganar. Nosotros no teníamos más opciones que acatar sus órdenes, y, si te resistías, te obligaban a suicidarte con deshonor.

»Un día, como otro cualquiera, fuimos a una batalla cerca del monte Tate, la escaramuza fue encarnizada. Hubo muy pocos supervivientes, y los pocos que pudieron huyeron en diferentes direcciones para resguardarse de las patrullas enemigas. No era agradable verlas, porque eso significaba que venían a asegurarse de la muerte de los miembros del otro ejército. Yo me encontraba malherido, un lancero me había atravesado todo el costado, habiendo perdido muchísima sangre. Básicamente, estaba esperando mi hora, cuando vi una silueta que se movía muy ligeramente por aquel terreno tan embarrado. Llegó hasta donde estaba y me miró; en ese momento pude ver un rostro que jamás pude olvidar. Era una mujer de una belleza inusual, a pesar de que tenía medio rostro

cubierto por una máscara, dejaba percibir su gran sensualidad. La verdad es que no recuerdo que más pasó en aquel momento, solo que cuando desperté me encontraba en su casa. Era una humilde cabaña en mitad del bosque, no tenía ningún tipo de lujo, pero tampoco le faltaba de nada. Durante mucho tiempo la mujer estuvo cuidando de mí, la verdad es que no sé por qué lo hizo, pues no me debía nada, ni la conocía de nada. Cuando por fin cogí fuerzas para darle las gracias, no me dejó dárselas. Me preguntó por mi nombre y las razones de aquella batalla; le conté toda la verdad, le di bastante pena al parecer. Me preguntó si tenía miedo a morir, y, tras negarlo primero, por mi orgullo de guerrero, al final le dije que sí. La verdad es que siempre he tenido un miedo atroz a la muerte y la llevo evitando todo este tiempo. Ella me dijo que podría ayudarme en eso, si yo hacía algo por ella... le tenía que hacer sentirse amada.

»Acepté aquel trato, y la verdad que, a día de hoy, no sé por qué lo hice, pero esa fue mi decisión y aquí estoy. Durante los dos años siguientes, me esforcé para que ella se sintiese lo más plácidamente posible con mi presencia, estaba claro que yo sabía poco de mujeres y lo dejé patente. Con el tiempo, fui aprendiendo nuevas formas de satisfacerla, pero lo que más me ayudó no fue otra cosa sino que aprender a escuchar. Sin duda, eso fue lo que me permitió hacer que ella se enamorase de mí. Y durante más de cinco años seguidos convivimos en aquella cabaña, pero, por desgracia, todo tiene un final menos la guerra... Llegó hasta nosotros como el viento del norte que hacía moverse a los cerezos por la noche, y cayó con toda su furia sobre nosotros como un vendaval. Ella me contó entonces cómo podría llegar a vivir eternamente; esa misma noche fuimos atacados por una patrulla de exploración. Yo luché con toda mi fuerza, pero eran demasiados y al final me derribaron. Me sacaron afuera para darme una muerte rápida, cuando se escuchó dentro de la cabaña el grito desgarrador de varios soldados. La mujer no era una simple campesina, y estos pobres locos lo descubrieron de mala manera. Ella era un Kitsune, un espíritu protector de los bosques y las aldeas. Los soldados al ver que no podrían con ella decidieron cambiar de táctica, se fijaron en que me andaba buscando con todo su ahínco, así que le dijeron que yo la había abandonado, que huí de aquella batalla... y, lo que es peor, ella les creyó... al no encontrar ningún rastro sobre mí. Cuando la dejaron debilitada por aquel engaño, los traidores aprovecharon para atacarla por la espalda, hiriéndola gravemente. Con mucho esfuerzo me solté de mis ataduras y maté a los guardias que había allí, y acabé con el resto de la patrulla, pero ya era demasiado tarde... La Kitsune estaba prácticamente en sus últimos segundos de vida y apenas distinguía la fantasía de la realidad; me acerqué a ella y le supliqué que me dijera qué debía hacer para ayudarla, pero no podía hacer ya nada... En su último aliento, debido al rencor que sintió al creer que yo la había

abandonado, me maldijo: tendría la vida eterna pero cada diez años debería de cambiar de cuerpo, y siempre sería un Señalado, es decir, los diferentes espíritus del folklore japonés me perseguirán si me ven.

»Cuando fuisteis a Japón, yo estaba huyendo precisamente de los Kamaitachi. Me tenían muy cercado y tuve que usar el umbral, el que conoces por ti misma para ponernos a salvo. Tú crees que es un poder, pero no es así, es más una maldición que otra cosa. Quien entra en el umbral puede moverse libremente por el espacio-tiempo a una velocidad cien veces más rápida que la suya normal, pero igual que puedes moverte y realizar acciones increíbles, te cuesta muy caro, demasiado... cada segundo que estás en el umbral te cuesta cien segundos de tu vida, así que calcula tú misma las proporciones que puede acarrear estar demasiado tiempo en él. Y, básicamente, esa es mi historia contada a grandes rasgos, ahora sabes la verdad, Mia.

La joven se quedó alucinada con la historia que le había contado el joven, no daba crédito, pero, por primera vez, empezaban a encajar todas las piezas del puzzle. Con una tímida voz le dijo:

—¿Cómo se llamaba ella?

—Ayumi.

—Qué nombre más bonito...

Tras aquellas palabras de Mia, el silencio reinó por varios minutos, dejando la imaginación al aire mientras el corazón se iba recomponiendo.

Habían pasado ya unos diez minutos de las nueve de la noche, Alejandro y Mia seguían sentados en aquel banco cerca de su casa. Era una noche bastante fría y ambos jóvenes empezaban a sentir los efectos climáticos. A pesar de todo, ninguno parecía estar dispuesto a dejar al otro, así que, para llegar a un punto intermedio, Alejandro dijo de seguir hablando dentro del portal de su casa, ya que había varios escalones donde podían sentarse.

—Entonces... ¿no eres Alejandro? ¿Te llamas Auchí? —preguntó Mia.

—Soy y no soy Alejandro, tengo su cuerpo y lo muevo a voluntad, pero no soy él. Y mi nombre es Auchí.

—Alejandro... ¿está muerto, entonces?

—...No exactamente, su alma sigue ligada a este cuerpo. Progresivamente irá desapareciendo y dejará de existir —tardó un poco en responder.

A Mia se le escaparon un par de lágrimas.

—Es decir, que eres tú o él, pero los dos no podéis estar vivos a la vez, ¿es así?

—Es algo más complejo, pero resumidamente se puede decir que es así como tú dices.

—Me da mucha pena, Alejandro era mi pareja... Siempre me ha tratado

muy bien, me quería, pero... no creo que fuera amor lo que sentía por mí. Más bien creo que era pena, pues se enteró mucho después de enrollarnos por primera vez, y ya no se atrevía a cortar conmigo. Creo que este tiempo siempre he sabido la verdad, aunque me he dejado llevar, pues me sentía bien con él. Después, llegaste tú con tus modales tan recatados, tu forma de ser tan especial. Siempre me mantenías alejada de ti, aunque siempre me has tratado con mucha educación. Con el tiempo, fuiste soportándome más, me dejaste estar a tu lado, y noté una diferencia en tu trato hacia mí. Tu cortesía, la forma de decirme las cosas tal y como son, sin irte por las ramas. Tu falta de humor, y un largo etcétera que no te digo porque estaríamos toda la noche aquí. En definitiva, te has vuelto muy importante en mi vida, y aunque te quiero pedir que regrese Alejandro, pues tenía toda la vida por delante... No puedo pedirte eso... porque... yo... —Mia fue interrumpida por Alejandro.

—No sigas Mia, me agrada saber que te has enterado bien de la historia, pero tú y yo... no puede ser.

—Me lo imaginaba —dijo con cara triste—, pero ¿podemos ser amigos, verdad?

—Claro que sí, eso por supuesto.

—Pues te quiero pedir un favor como amigo, quiero ver con mis propios ojos qué es entrar en el umbral durante un minuto.

—Pero ¿tú estás loca? ¿No me has escuchado lo caro que cuesta estar allí? Un minuto es igual a una hora y cuarenta minutos menos de tu vida.

—Sí, lo sé. Pero tengo solo una vida, y quiero sentir todas las experiencias posibles. No creo que por un minuto vaya a pasarme más de lo que tengo.

Auchi la miraba con cara de preocupación, no quería hacerlo, pero la veía tan decidida que no se atrevía a llevarle la contraria.

—Por favor, Auchi, por favor, por favor... solo te pediré esto, por favor.

Auchi no creía que lo que iba a hacer estuviera bien, pero estaba dispuesto a hacer lo que le había pedido. Se acercó a Mia, le colocó bien el gorro y el abrigo, la agarró de la mano y le dijo:

—Un minuto, ni un solo segundo más, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, palabrita.

—Muy bien, relájate y abre bien los ojos.

Auchi hizo que ambos entrasen en el umbral, el mundo intermedio donde la realidad se confundía con la ficción. El cielo, antes oscuro, se encontraba brillante ahora, con tantos colores como el mismo arcoíris, el suelo parecía estar cubierto con una fina capa de niebla que parecía tener vida propia. Todo a su alrededor, se deformaba y formaba casi al unísono, creando formas muy estafalarias que después volvían a la realidad. Las sensaciones que recorrían el

cuerpo de la joven eran únicas, entre alegría, gozo y vitalidad. Mia se sentía viva, tan viva como nunca había podido experimentar. Auchi que le tenía la mano agarrada tiró de ella, y comenzaron a correr a tal velocidad que no lo creía posible. Probó a saltar una valla, y se llevó una gran sorpresa al sobrepasarla muy por encima. Era como un sueño hecho realidad para la joven, amante de lo imaginario, pero como todo sueño llegó la hora de despertar.

Mia sintió, al salir del umbral, cómo el traspaso temporal le hizo percibir con mucha brutalidad la gravedad física. Sentía cómo le faltaba el aire; cómo las fuerzas le fallaban, encontrándose mareada. Auchi la sentó para que se recompusiera un poco.

—¿Estás bien, Mia?

—Gr... Gracias Auchi, gracias de verdad. Ha sido fantástico, el mejor regalo de mi vida, muchas gracias.

Mia se abalanzó sobre el joven y lo abrazó, esta vez Auchi no hizo por zafarse, y la dejó sentir por primera vez su corazón. Ambos se quedaron varios minutos en silencio, solo escuchando el latir de su interior. Tras haber transcurrido un breve tiempo, Auchi la acompañó a su casa, subió con ella y se despidió en su puerta.

## Capítulo 12

### El Coleccionista

Al día siguiente, Mia faltó a clase porque tenía una visita programada con su médico, algo que sabían sus más allegados y profesores, por que no fue motivo de preocupación para Alejandro y José que estaban un día más en clase. En el hospital, la joven Mia estaba junto a sus padres; últimamente había empeorado un poco su salud y andaban bastante preocupados. Sin embargo, Mia se sentía fenomenal, estaba muy feliz en su propio mundo. Sus padres no sabían qué le había sucedido, pero no querían interferir en ello, aunque la curiosidad de Sara era mucho mayor.

—¿Qué es lo que te ha pasado para estar tan feliz, cariño? —le preguntó Sara de forma picarona.

—Nada —le respondió Mia, sonriendo.

—Pues para no ser nada, se te ve radiante.

—¡Ah! ¿Sí? No sé... será que me siento bien.

—Ya, claro, ¿no será tu escapada de ayer con Alejandro?

—¡Je je je! ¡Tal vez!

Tras un tiempo de espera, un poco más largo de lo normal, Mia fue llamada a consulta. Una vez entraron en ella, se llevaron la primera sorpresa, el doctor que llevaba el caso de Mia no se encontraba ahora. En su lugar había un hombre que rondaba los cuarenta años de edad, rubio con el pelo corto y los ojos claros. Sus rasgos, muy parecidos a un alemán. En su bata y en el escritorio ponía el nombre de Crouwsf-Bonët.

—Buenas, tomen asiento. Mi nombre es doctor Crouwsf-Bonët. Vengo de la clínica Roustem Clauds de Berlín, y seré el encargado de llevar el caso de su hija —dijo con un claro acento alemán.

—¿Y el doctor Martínez? —preguntó Maury, muy extrañado por este cambio.

—El doctor Martínez y yo, hemos intercambiado clínicas por el período de un año. Así las ayudas entre ambas instituciones y futuras relaciones diplomáticas se afianzan entre ambos países. Espero que no haya ningún tipo de problema por ello.

—No, no hay ninguno, solo que no sabíamos de este cambio.

—Muy bien entonces. Quería comentarles un par de cosillas. Revisando el



caso de su hija, Mia, he observado un par de irregularidades en las pruebas. Bien pueden ser errores comunes que a veces ocurren, o pueden ser detalles no tomados en cuenta. De todas formas, no dudo de la profesionalidad del doctor Martínez y su equipo, pero me gustaría estar seguro y no descartar ninguna vía.

—¿Seguro?, pero si nos comunicaron que todas las pruebas habían salido bastante claras —dijo Sara con bastante nerviosismo.

—No se preocupe señora, no son pruebas determinantes, pero sí pueden ayudar a una mejor evaluación. Estoy seguro de que dejaron de realizar tantas pruebas debido al enorme historial que tiene, y, sobre todo, a lo perjudiciales que habrán sido algunas pruebas para vuestra hija.

—Muchas de ellas fueron realmente horribles, y, la verdad, no estamos dispuestos a que nuestra hija lo siga pasando mal. Por eso nos dijeron que ya las citas serían para un control rutinario, nada más.

—Lo comprendo —dijo Bonët en castellano mientras seguía hablando en alemán casi para sí mismo.

Apenas fueron dos minutos, pero nadie supo qué dijo en ningún momento ni siquiera fueron capaces de intuirlo. Por fin dejó de mirar sus papeles y observó cómo lo miraban extrañados, en ese instante se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Oh, disculpen! Me cuesta evitar hablar en mi idioma natal, posiblemente debido a la falta de costumbre.

—No se preocupe doctor, lo más normal es que pase eso. ¿Ahora podría explicarnos en nuestro idioma qué es lo que necesita hacer?

—Me gustaría realizar una simple prueba, que tendrá una duración de menos de diez minutos y será en la habitación de aquí al lado.

—¿Pero es abrasiva? —dijo Sara con mucha preocupación.

—Para nada, será una simple muestra de sangre para saber su estado actual. También probaremos ciertos ejercicios para saber su coordinación y poco más. Esto me ayudará a ver de primera mano cómo evoluciona la enfermedad tan extraña de su hija.

Los padres de Mia se miraron, ellos solo querían lo mejor para ella. Había pasado demasiadas pruebas ya, pero no creían que esta fuera una de las peores, así que con gestos claros de sus cabezas aceptaron.

—¡Mia, Mia! —le llamaba su madre.

Mia estaba de cuerpo presente, pero su mente no se encontraba precisamente allí. En su cabeza se encontraban resonando las palabras que tuvo con Alejandro, o mejor dicho, Auchi. No sabía qué hacer, su mente se dividía entre querer ayudar a quien fue en su día su pareja, Alejandro; mientras otra parte de ella no deseaba que se fuera de su vida Auchi; sin duda una encrucijada

que la tenía sumida en un estado de trance pensativo constante. Por fin, tras los esfuerzos de sus padres, esta recuperó la consciencia, dándose cuenta de dónde se encontraba nuevamente.

—¿Estás bien, cariño? ¿Mia? ¿Mia? —le llamaban sus padres, para rescatarla de su abstracción.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —dijo al recuperarse del ensimismamiento.

—¿Estás bien, cariño? ¿Dónde estabas? —le preguntó su padre.

—Sí, sí, estoy bien papá. Estaba pensando en cosas mías.

—¡Vale! Mira, el doctor Bonët te quiere hacer una prueba muy simple ahora mismo, no es nada dolorosa. ¿Quieres hacerla?

—Sí, claro papá, una prueba más no pasa nada.

—Muy bien cariño, eres súper valiente. Estamos ambos muy orgullosos de ti —dijo su madre emotivamente.

Mia se levantó del asiento, el doctor Bonët le indicó el camino hacia la habitación contigua. Este cerró la puerta delicadamente para tener algo más de privacidad. Allí le esperaba una camilla como punto final del trayecto. Con una sonrisa en el rostro quiso calmar a una joven que no estaba para nada asustada, de hecho, se podía notar lo acostumbrada que estaba a realizar pruebas médicas. El doctor agarró una botella de agua del estante, cogió luego un vaso y le ofreció a Mia.

—Toma, bebe, lo necesitarás.

Esta sin dudarle ni un solo segundo hizo lo que le pidió, de repente la cabeza parecía darle vueltas como si estuviese montada en una noria. Se sentía mareada y se tumbó en la camilla, mientras intentaba controlar su cabeza el doctor se puso cómodo a su lado en una silla.

—¿Qué me pasa doctor?, me siento muy mareada.

—No te preocupes, Mia —dijo con un tono de voz más fuerte y directo, e incluso con un acento alemán más pronunciado.

Mia intentaba mirarlo, pero le costaba horrores fijar la vista. Entre sus vaivenes observaba a su entorno y se dio cuenta cómo este se deformaba y volvía a formarse. Entonces supo dónde se encontraba en realidad: en el umbral.

—¿Pero qué pasa aquí?

—Veo que no te sorprendes demasiado, señorita Mia. Conoces de sobra la sensación de estar en el umbral.

—Pero ¿qué dices?

—No hace falta que finjas, sé perfectamente que has tenido contacto directo con un amigo mío, al que llevo persiguiendo bastante tiempo, Auchí.

—¿No conozco a ningún Auchí?

—Claro, claro que no lo conoces como tal. De todas formas, he de admitir

que es noble tu intento de protección hacia un ser que no se merece tal gesto. De todas formas, tengo recursos para saber la verdad, aunque usted señorita Mia no quiera hablar.

—Gritaré y mis padres vendrán enseguida —dijo con un tono amenazante Mia.

—¡Ja ja ja! Señorita Mia, puedes elevar tu voz todo lo que desees, pues aquí nadie podrá escucharte si no se encuentra en el mismo plano que nosotros.

Mia empezó a sentir mucho miedo, no sabía qué iba a ocurrir y no podía moverse. En ese momento, Bonët se acercó a ella haciendo un gesto como si la cogiese de los hombros. Sus ojos comenzaron a iluminarse y una especie de aura comenzó a salir del cuerpo de la joven, cuando quiso darse cuenta, esta era capaz de ver su propio cuerpo pues le había sacado su alma. Bonët agarró del cuello la figura que parecía intangible del alma de Mia, y las imágenes del transcurso de toda su vida comenzaron a pasar por ambos. Estaba viviendo un momento imposible de describir, ya que toda su existencia, desde su nacimiento, pasaba a toda velocidad delante de ella. Por fin terminó aquel momento tan angustioso, Bonët soltó el alma de la joven y esta volvió a su cuerpo como si nada hubiese pasado.

—He visto todo lo que deseaba saber, ahora solo queda un paso más. Si no quieres que le ocurra nada a la familia de Alejandro y a él mismo, te sugeriré que colabores conmigo. Auchi es un ser demoníaco, sé perfectamente lo que te ha contado pero un Señalado hace lo que sea para sobrevivir, y lo sé por experiencia.

—Auchi no es malo, no ha hecho daño a nadie e incluso me salvó una vez la vida.

—No voy a discutir con una cría como tú, pero debes ver la realidad. Auchi tomó el cuerpo de un chico y le arrebató toda su vida para él, ¿eso es ser una buena persona? Señorita Mia, piénselo detenidamente a quien le presta su protección, y si vale la pena. Yo puedo ayudar a su amigo y a su familia, e incluso puedo ayudarla a usted, si lo desea. Puedo buscar la forma de hacer desaparecer su enfermedad, y podrás vivir una vida plena como una persona más. ¿No le parece suficiente?

Mia no dijo nada, su pensamiento de vivir más allá de lo que le habían pronosticado era un sueño inalcanzable. De repente, se dio cuenta de que ya estaban de vuelta en el plano real, y que la puerta se encontraba abierta por el mismo doctor. Sus padres pasaron a la sala avisados por este de su estado de mareo. A medida que Mia se iba recuperando, sus pensamientos eran más ligeros. Al marchar de la consulta, Mia miraba de reojo hacia atrás cuando avistó cómo el doctor sonreía igual que cuando llegaron.

Al mismo tiempo, Alejandro llegaba a casa con su hermana Soraya. Sus padres no habían podido ir a recogerla pues el trabajo no les había dejado, y él tuvo que hacer de hermano mayor a pesar de no ser su fuerte. Pero las cosas comenzaban a cambiar en la personalidad y mentalidad de Auchí, pues sabía perfectamente que su hermana pequeña, o mejor dicho la hermana pequeña de Alejandro, sentía un gran vacío en su interior. No había jugado ni una sola vez con ella desde que estaba en casa, y no porque no lo buscara ella cada dos por tres. Poco a poco, la pequeña se sentía más triste cuando se encontraban juntos, así que, sin saber por qué, deseaba terminar con eso.

La pequeña se metió en su dormitorio, comenzando un ritual casi diario de sacar todas sus muñecas y accesorios para jugar. En ese instante la puerta de la habitación sonó con un “toc, toc”, quien llamaba era Auchí, terminando de abrir la puerta por completo.

—¿Puedo pasar hermana? —dijo sin saber cómo referirse a la pequeña.

Ella no respondió, y Auchí se lo tomó como un sí mirando como Soraya seguía organizando sus juguetes.

—¿Te apetece que juguemos juntos? Sé que hace mucho tiempo que no jugamos, y por eso te quiero pedir perdón.

—No, si no me compras un helado, no —dijo tajantemente la pequeña.

—¿Pero a dónde voy a comprar yo un helado a estas horas?, no tengo monedas para ello hermana —dijo extrañado por la petición de la pequeña.

—Pues entonces no te perdono.

Auchí no sabía cómo reaccionar, había intentado hacer las paces con la pequeña, pero Soraya lo dejó congelado por su extraña petición y su clara respuesta. No entendía cómo comprar un helado era sinónimo de perdón, o si, simplemente, le estaba tomando el pelo, pero sin duda sí sabía que le quedaba mucho por aprender.

Cuando se giró para irse de la habitación, Soraya lo llamó con gran tono de mando. Este se giró y observó de nuevo a la pequeña con el rostro serio y mosqueado.

—Te he dicho que si no me compras un helado, no te perdono —dijo mientras hizo una señal clara a sus juguetes.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que una muñeca hacía de camarera en una heladería de juguete, entonces Auchí no pudo evitar ver una sonrisa clara por la mente de la pequeña. Soraya había preparado, sin duda, todo lo que una heladería tiene: cucuruchos, tarrinas, helados, sitio para atender e incluso una mesa improvisada, y esperaba un cliente que apareciera, siendo Auchí ese. Y, así, fue como Auchí empezó a congeniar con la pequeña Soraya, llegando a jugar ambos varias horas consecutivas sin parar, prácticamente. Sobre todo viendo

cómo la pequeña disfrutaba de su compañía, varios sentimientos se despertaron dentro de él, entre alegría, vergüenza y pena, pues no era capaz de aclararlos. Incluso varios pensamientos tráfugas pasaron por su mente, que le invitaban a considerar dejar de ser inmortal por tener una vida como la que estaba viviendo ahora.

El móvil del joven comenzó a sonar como si no hubiese un mañana, al principio eran mensajes de texto casi consecutivos, pero pronto se tornó en una llamada. Se trataba de Mia, que parecía estar bastante angustiada pues su tono de voz era muy delicado. Quedaron en un parque cerca de la casa de Mia, pues Auchi seguía a cargo de la pequeña Soraya y si quería hablar con ella necesitaba que esta se entretuviese con algo. Mientras iban de camino, Auchi pensaba en lo que podía haber ocurrido para que Mia estuviese tan sobrecogida, sabía de su asistencia a una revisión y lo más probable es que tuviese malas noticias de su estado o algo similar. La tristeza se podía ver reflejada en su rostro pensando que podía tratarse de eso, mientras Soraya era el otro extremo. Iba agarrada de su mano muy contenta por llevarla de paseo, siendo su sonrisa tan cautivadora que el joven guerrero era incapaz de dejarla pasar.

Cuando llegó observó a Mia en uno de los bancos, se encontraba muy nerviosa llegando a derramar algunas lágrimas. El estado de Mia preocupó muchísimo a Auchi, aunque no lo reflejó exteriormente, pero Soraya sin saber qué había pasado se abrazó a Mia intentando consolarla. Sin duda, aquel gesto tierno fue bien recibido por la joven, que vio un amor puro en aquel abrazo.

—Gracias mi niña guapa, eres la mejor. Ya estoy bien, así que no debes preocuparte —le dijo Mia al mismo tiempo que llenaba de besos su rostro.

—¿Qué es lo que te ocurre, Mia? —preguntó Auchi en su mejor tono de voz.

—Es algo complicado... —no terminó la frase mientras miraba a la joven Soraya.

—¿Quieres jugar en los columpios? —le preguntó Auchi a la pequeña.

Esta afirmó con un gesto claro de su cabeza y fue rápidamente al tobogán que estaba muy cerca de ellos. Apenas había unos metros entre los diferentes columpios y el banco donde se encontraban, por lo tanto, podían dejarla jugar tranquilamente que siempre estaría vigilada.

—No sé qué te ocurre Mia, pero nunca te he visto en ese estado. Las pruebas médicas no han salido nada bien si te han dejado así, ¿o ha ocurrido algo más? —le preguntó Auchi.

—Perdóname por favor Auchi —le dijo entre lágrimas.

—¿Que te perdone...? Si no has hecho nada malo, que yo sepa.

—Esta mañana he ido a la revisión que ya sabías, había un nuevo doctor

en sustitución del que siempre ha llevado mi caso.

—¿Pero eso qué tiene que ver con que te perdona Mia?

—Déjame explicártelo todo y lo comprenderás, por favor.

—Vale.

—El doctor Crouwsf-Bonët, creo que se llamaba, estuvo hablando con mis padres de que llevaría mi caso. Al parecer, necesitaba realizar unas pruebas muy simples junto a un análisis de sangre, como no eran nada abrasivas mis padres permitieron que me las hicieran. El doctor me condujo a la habitación contigua y en ella me dio a beber un vaso de agua de una botella que había allí. En ese momento comencé a sentirme bastante mareada, así que me tumbé en la camilla intentando relajar mi cuerpo y aquella sensación. Cuando quise darme cuenta, me encontraba en el umbral, no sé cómo paso, pero al parecer ese doctor me introdujo allí. Me dijo que yo te conocía y quería saber todo, a pesar de negarme a hablar consiguió sacar de mí todo... No sé cómo lo hizo, pero vi como extrajo mi alma de mi cuerpo, nunca había pasado tanto miedo, la verdad.

A cada palabra el gesto de Auchi se volvía bastante expresivo entre miedo y rabia, sentía cómo el odio crecía dentro de él, pues, sin duda alguna, se lo habían hecho pasar muy mal a Mia. Por momentos no le importaba enfrentarse a lo que posiblemente sería un Coleccionista según lo que estaba escuchando, sus puños se tornaban entre colores rosados y blanquecinos debido a la fuerza que imprimía al apretarlos.

—Una vez supo todo, comenzó a decirme muchas cosas de ti. Me dijo que tú no eras de fiar, que harías cualquier cosa por salvar tu vida pues eres un Señalado. Que mi familia, la familia de Alejandro y todo el mundo estaban en peligro en tu compañía, y que si quería ayudarlos debía colaborar con él. Incluso, me ofreció una ayuda para mí, dijo que podría ayudarme con mi enfermedad. Y, si te soy sincera, hubo momentos que dude de ti... —comenzó a llorar de nuevo—. Pero luego recordé todo el tiempo que llevo contigo, a pesar de no conocerte mucho, nunca te has portado mal conmigo ni con nadie. Has sido muy seco, austero, pero jamás has faltado al respeto a nadie ni hecho daño. Veo cómo cuidas ahora de Soraya, cómo tus ojos expresan lo que tú no deseas decir en palabras, y no... No creo que seas como me ha dicho ese hombre... Por todo esto te pido perdón; por mi culpa él sabe todo de ti... no quiero per...

—No sigas Mia, no debes pedir perdón. El único que tiene la culpa de todo soy yo. Fui yo quien se introdujo en el cuerpo de este joven, fui yo quien os puso a vosotros en peligro por mi presencia, y creo... que es hora de afrontar las consecuencias.

—Pero no quiero que te pase nada malo...

No terminaron de hablar cuando una voz interrumpió la conversación,

ambos se giraron rápidamente para ver de quién se trataba. Observaron como el doctor Croewft-Bonët se encontraba a escasos metros de ellos, y, entre sus brazos, llevaba a la pequeña Soraya en un aparente estado de sueño.

—Vaya, al final va a resultar que tienes algo de sentimientos, Señalado —dijo sarcásticamente.

—Deja libre a mi hermana —dijo con voz imperativa Auchi.

—Que yo recuerde... Tú no tienes hermana, en todo caso será la hermana del cuerpo que has robado.

—Pero, ¿cómo estás aquí? ¿Me has seguido doctor Bonët? —le preguntó confusa Mia.

—Sabía que no ibas a facilitarme una reunión con el Señalado, así que decidí usarte como cebo. La verdad es que estaba en lo cierto y me has traído hasta él, y, bastante rápido, para ser sincero.

—Pero si usted vio todos mis recuerdos, podría haber ido directamente a por él.

—Podría, pero era mejor atraerlo a un sitio como este.

—Muy bien, aquí estoy. ¿Quieres que zanjemos esto ahora mismo? —dijo Auchi con bastante rabia en sus palabras.

—Tranquilo, Señalado, esta noche nos veremos en el paseo del Parque de las Ciencias. Exactamente sobre medianoche, espero que no llegues tarde.

—¿Por qué esperar a tan tarde?

—No tengo que darte ninguna explicación, te dejaré que te despidas de quien desees. Creo que es más de lo que tú has hecho a todas tus víctimas.

Las palabras de Bonët eran como cuchillos lanzados al pecho de Auchi, a ojos de la gente la apariencia del hombre era normal, pero el joven guerrero era capaz de ver más allá, observando un aura negra que recubría todo su cuerpo, donde la misma muerte parecía reinar. Sin duda alguna, era una visión poco agradable, incluso macabra, que encogía el valor de Auchi progresivamente dando paso al miedo.

—Por favor, deja a Auchi en paz —le pidió Mia entre lágrimas.

—Lo siento, pero es un Señalado y tiene que pagar por sus acciones.

—Pagaré por ellas, pero deja a la pequeña aquí y estaré esta noche como me has pedido.

—La pequeña vendrá conmigo, así me aseguro de tu presencia.

—Como le hagas daño...

—No voy a hacerle daño, además sabes de sobra que los Coleccionistas no podemos mentir.

Esto último era algo que había descubierto con el paso del tiempo, y es lo único que agradeció que fuera cierto, pues al menos sabía que no le haría ningún

tipo de daño a la pequeña Soraya. En un abrir y cerrar de ojos Bonèt desapareció, y ambos se quedaron solos en aquel parque.



## Capítulo 13

### Decisión

Mia corría desesperada por las calles, las lágrimas resbalaban por su rostro como agua de mayo. Sentía un dolor punzante en su corazón que lo sobrecogía, mientras sus pensamientos eran incapaces de aclarar la discusión consigo misma. Sin saber cómo tropezó con algo que le hizo perder el equilibrio, y, justo cuando estaba a punto de golpearse contra el suelo, se detuvo en el aire. Miró qué era lo que había pasado, y vio que se encontraba entre los brazos de Rafael Torreblanca, quien con su típica sonrisa habitual la había salvado.

—¿Qué le ocurre señorita Mia? —le preguntó con gentileza.

Las lágrimas no la dejaban hablar, y, sin pensarlo un solo segundo, Rafael la abrazó para tranquilizarla. Progresivamente Mia se fue relajando hasta que llegó el momento de poder hablar nuevamente.

—Ha... ha... ha ocurrido algo terrible... —comenzó a decir, casi temblando.

Mia le contó todo desde el principio, llegando hasta el momento del secuestro, donde tuvo que volver a tragar saliva, relatándole a Rafael cómo había ocurrido todo.

“—Lo siento Auchí, perdóname... yo no quería que pasara esto... Soraya, tú, las dos estáis en peligro por mi culpa.

—Mia, no tienes la culpa de nada. Debes tranquilizarte, ¿de acuerdo?

—Pero... ¿qué vamos hacer?

—Tú, nada. Yo resolveré esto de inmediato, ahora solo te pido que me ayudes con los padres de Alejandro cuando pregunte por nosotros, ¿podrás hacerme ese favor?

—Sí, claro, haré todo lo que pueda. ¿Pero servirá solo con eso?

—Tranquila, todo va a salir bien.”

Mia continuó con su relato contándole a Rafael que, acto seguido, Auchí la dejó en su casa y se fue a gran velocidad; mientras, ella no pudo aguantar la presión de lo sucedido y quiso alcanzarlo a la carrera, pero él entró en el umbral y le fue imposible seguirlo... y, así, el relato llegó hasta el momento de su encuentro con Rafael.

—Ya veo, ya veo —dijo Rafael con rostro escéptico.

—Ahora ambos están en apuros por mi culpa, quiero ayudar y no sé cómo

hacerlo —dijo Mia mientras volvían a brotar lágrimas de sus ojos.

—No se preocupe señorita Mia, si Auchi ha dicho que se encargaba debes confiar en él. Además, ese Coleccionista que usted dice no hará ningún daño a la joven, es por Ley que no pueden mentir.

—Pero yo...

—Tranquila, de verdad... tiene que relajarse. Lo mejor es que haga lo que le han pedido, así no habrá preocupación por parte de sus padres.

—Tienes razón, gracias, Rafael. Pero quiero pedirte que, por favor, vayas a ayudarlo, no quiero que le pase nada a Auchi ni a Soraya.

—De acuerdo, iré en su ayuda. Ahora vuelva a casa y haga lo que debe hacer, por favor.

—De acuerdo.

Mia se fue algo más convencida a su vivienda, mientras pensaba en qué decir a los padres de Alejandro por su retraso. Mientras, Rafael Torreblanca tenía una charla con su amigo Kobe.

—Sabes que no va a enfrentarse jamás a Bonët, es un Señalado y sería carne de picadillo antes de empezar tan siquiera.

—Creo que te equivocas, pero al mismo tiempo algo me dice que no ha ido precisamente en su búsqueda.

—Por supuesto que no ha ido, según su rastro se dirige más hacia el norte.

—Lo sabía, gracias Kobe, eres de gran ayuda.

—Me has vuelto a engañar para que siguiese su rastro, no puedes utilizarme de esa forma.

—Tranquilo, relájate que hoy parece que será un día largo.

—¿No estarás pensando ir en su búsqueda ahora?

Rafael sonrió dejando clara su intención, algo que no agradó nada a Kobe que lo acompañaba. Cuando quiso reaccionar, ambos habían entrado en el umbral.

Cientos de kilómetros más al norte, Auchi se encontraba subido en un autobús destino a Girona. Había usado el umbral para ir a su casa, coger todo lo que pudiese cargar en una mochila improvisada y se coló en un transporte público. Estaba tranquilo escuchando música en un mp3 ya bastante antiguo, mientras su mente no paraba de pensar en todo lo que había ocurrido. De repente, una voz cerca de él desconcentró su estado.

—¿Nervioso?

Auchi miró hacia atrás, se trataba de Rafael que estaba sentado en el asiento posterior como un pasajero más.

—¿Cómo me has encontrado?

—Auchi, por favor, soy un Coleccionista, tengo mis métodos.

—¿Qué quieres de mí?, imagino que ya sabes lo ocurrido.

—Pues sí, Mia me lo ha contado todo entre lágrimas. La verdad es que está muy preocupada por Soraya, e incluso por ti, aunque parezca mentira.

—Es una buena chica.

—Y tú un capullo.

—¿Cómo dices?

—C-a-p-u-l-l-o, te lo deletreo.

Auchi se quedó congelado por las claras palabras de Rafael, estas eran directas y certeras hiriendo el orgullo del guerrero.

—Te han molestado mis palabras, sabes que son verdad. Mia confía en ti, cree que salvarás a la pequeña Soraya. En cambio, tú has cogido este rumbo lo más lejos que puedes de donde deberías estar... Creía que eras distinto a los demás Señalados, pero siempre me llevo una decepción, al parecer.

—Sabes que ese Coleccionista no le hará daño a la niña, nunca mentís y nunca herís a personas ajenas. En cambio, yo puedo perderlo todo si intento esa locura. No tengo ninguna posibilidad de ganar contra uno de vosotros, y lo sabes de sobra.

—No somos dioses para que pienses eso, pero, bueno, puede que tengas algo de razón. Y, sin duda, sigo pensando que eres un capullo, solo piensas en tu bienestar y no en el de los demás. Esa chica confía ciegamente en ti, has conseguido agradar a muchas personas, te has sentido acogido en las familias de Mia y Alejandro, incluso tienes amigos.

Auchi no dijo nada más, su mente no paraba de darle vueltas a todo sin llegar a nada en concreto. Rafael se puso algo más cómodo, pero al lado del joven guerrero e hizo que este lo mirase a los ojos.

—Mira, cuando te vi por primera vez pensé que estabas perdido en este mundo pero que eras diferente. Te dejé libre, y hasta este momento no me había arrepentido de ello. Si no haces nada, no solo vas a decepcionar a Mia, también te habrás fallado a ti mismo. Es una pena que alguien como tú no sea capaz de ver el camino correcto que debe tomar, y yo no voy a ser quien te obligue a ello. Ya que tus elecciones serán las que te hundan en tu propio abismo, y te aseguro que es peor que llevarte al mismo Panteón.

No hubo respuesta ni más comentarios por parte de ambos, y cuando Auchi quiso darse cuenta Rafael había desaparecido nuevamente.

Mucho más tarde, exactamente a la hora señalada, Bonët se encontraba en el punto que dijo, junto a la pequeña Soraya. Esta seguía inducida en un estado de sueño, pero no tenía ningún tipo de lesión. Miró varias veces su reloj de bolsillo asegurándose de cada segundo que pasaba, y daba rápidos vistazos a su alrededor sin conseguir ver a nadie por la cercanía. Dos minutos después de la

hora señalada, una figura se vio venir rápidamente entre las sombras de la noche. Se trataba de Mia, que llegó muy fatigada al encuentro. Bonët la miraba un poco incrédulo de su presencia, mientras parecía haber intuido la huida del Señalado.

—Mia, ¿qué haces aquí?

—He venido para evitar un enfrentamiento, no quiero que le hagas daño a Auchi ni a Soraya, ni a nadie.

—Es admirable tu coraje, mucho más que el coraje de tu querido amigo, el cual ni si quiera se ha presentado.

—¿No ha venido? —dijo Mia sin haberse dado cuenta de la falta de su presencia.

—Como era de esperar no se ha presentado el cobarde, pero no me extraña pues los Señalados son todos unos cobardes.

—Auchi no es un cobarde, me salvó la vida, me defendió de los abusones. Él es diferente, te equivocas por completo.

—¿Estás segura?, pues yo no lo veo por aquí.

—Sé que vendrá, aparecerá.

—Ya es hora de que madures Mia, está muy bien creer en cuentos infantiles, pero estos no siempre ocurren cuando uno lo desea.

Las palabras de Bonët hacían mella en la moral cada vez resquebrajada de la joven, que se aferraba a un último deseo ardiente de ver nuevamente a Auchi.

—¿Lo ves Mia? Han pasado ya más de veinte minutos de nuestra hora señalada. No va a venir, siento mucho que hayas descubierto la verdad de esta forma. Puedes agarrar a la pequeña y llevarla a casa, los Coleccionistas no hacemos daño a inocentes.

Mia agarró a la pequeña entre sus brazos, y, con lágrimas en sus mejillas, comenzó a retroceder. Cuando, de repente, una voz intentó detener su paso.

—¡Alto ahí! Casi conseguís engañarme —dijo Bonët.

Mia comenzó a acelerar su paso, pero un haz de luz la detuvo por completo. Este había creado una señal clara en el pavimento a modo de línea, en ese momento se giró de nuevo hacia Bonët agarrando aún más fuerte a la pequeña Soraya.

El rostro de Bonët se había vuelto algo más serio de lo normal, mientras parecía intimidar con su mirada a la joven Mia. Fue entonces cuando apareció de la nada Auchi, iba vestido con ropaje de calle color rojo, negro y algunos toques blancos, y encima llevaba puesta una especie de armadura bastante antigua de samurái, que se notaba que no era de su talla pues no se le ajustaba nada bien al cuerpo. Una katana y una espada corta le acompañaban al cinto, y su rostro era bastante serio.

—Sabías que no iba a hacer daño a la pequeña, y habéis planeado esto para

quitarla del medio y así poder luchar libremente. Pero... no hacía falta crear tal plan, yo soy un Coleccionista no un Señalado que utiliza trucos baratos para ganar.

—Si es así, ¿por qué están escondidos los Kamaitachi? —dijo tajantemente Auchí.

El rostro de Bonët dedicó una sonrisa algo macabra a los jóvenes, que seguían bastante serios ante él.

—Increíble, has mejorado mucho más de lo que yo esperaba. Creía que eras un Señalado más, un guerrero sin cerebro de aquella época. Pero me equivoqué y has aprendido mucho. Sí, están esperando mis órdenes de atacarte, pero veo que vienes preparado para la ocasión.

—¿Seguro que es atacarme a mí?

—¿Acaso lo dudas?, sabes que no miento.

—No mientes, y sé que no puedes hacer daño a inocentes. Pero vuestro código no se rige en los Yokais, y tú controlas a unos muy conocidos por sus actos violentos. He investigado sobre ti mucho, y sobre todo lo relacionado con el folklore japonés. Los Coleccionistas tal vez fuerais creados por un bien, pero al parecer no todos estáis para que este sea así.

—Un Señalado como tú, ¿se atreve a acusarme de algo a mí? Soy un Coleccionista de los más grandes de todos los tiempos, he capturado a infinidad de Señalados como tú.

—Claro, usando a los Yokais en tu beneficio.

—¿Y qué más da? ¿Acaso tú eres digno de darme clases a mí de cómo hacer las cosas?

—Precisamente yo no, pero, aunque he tardado mucho en darme cuenta de mi camino, por fin lo he conseguido. Deja que se vayan las dos, y yo me entregaré voluntariamente.

—Si lo hago, no podré decir cómo fue mi victoria sobre ti. Además, no resulta nada emocionante cazar así —dijo con un tono burlón Bonët.

El rostro de Auchí se frunció en un enfado, no estaba dispuesto a que Mia y Soraya sufriesen ningún tipo de daño. Sabía que en un combate abierto con los tres Kamaitachi, no podría defenderse a sí mismo, mucho menos a ellas dos. Mientras sus pensamientos fluían a una velocidad desorbitada, los tres Kamaitachi aparecieron de la nada iniciando el ataque.

—¡Joder, mierda ya han empezado!

Se puso delante de las dos chicas intentando parar los posibles envites, pero antes de que consiguieran llegar a ellos, algo expulsó a las tres comadreas hacia atrás. Rápidamente estas se recompusieron, y fue entonces cuando Auchí miró hacia el lado escuchando una voz familiar.

—Al final me voy a tener que tragar mis propias palabras, ¡ja ja ja! —dijo Rafael junto a una sonrisa.

—¡Cómo me alegro de verte! —se le escapó al joven guerrero.

—¿Te alegras?, ¿quién lo diría? Yo sí que estoy orgulloso de ver que por fin has encontrado tu camino, que seas un Señalado no significa que no puedas hacer lo correcto.

—Gracias por tu ayuda, pero no puedo defender a las chicas y contraatacar al mismo tiempo.

Bonët cambio su rostro a un gran enfado casi constante, su mirada era fulminante hacia Rafael quien parecía sentirse más alegre todavía.

—Él no puede ayudarte, ningún Coleccionista puede interponerse entre otro y su presa. Así que sigues estando solo, Auchi —le dijo Bonët.

—Es verdad, no puedo ni voy hacerlo. Sin embargo, voy a proteger a las dos chicas con mi propia vida si es necesario, pues ellas no son tu presa.

—Muy bien, me da igual. Esta noche me llevaré a este Señalado al Panteón de una forma u otra —dijo con mucha rabia en sus palabras Bonët.

Auchi y Rafael se miraron de forma cómplice, siendo el primero quien cediera el paso hacia Mia y Soraya. Las apartó de la zona de combate, mientras agarraba entre sus brazos a la pequeña.

Mia no estaba tranquila, un miedo sobrecogía su pecho, la ansiedad comenzaba a reinar en ella. En ese momento sintió como una mano se posaba en su hombro y cesó el pequeño temblor que tenía, Rafael le dijo con su mejor tono de voz:

—Si confías en él, ahora es el momento de demostrarlo. Auchi no solo se va a enfrentar contra esas criaturas, también lucha contra sus propios demonios que tanto tiempo llevan atormentándolo. Lo mejor que puedes hacer es estar tranquila, pues así él verá de verdad tu confianza.

Mia no dijo nada, respiró profundamente mientras observaba al joven guerrero que sacaba su katana de la funda. Este giró su rostro levemente para observar al público improvisado, y con un leve guiño sonrió a Mia. Jamás había pensado que haría ese gesto, y mucho menos a una chica tan particular como ella. Pero algo en su interior había cambiado, ya no era el mismo de antaño. Ahora tenía un propósito, ahora deseaba seguir viviendo más que nunca, pues quería ser feliz. Pero para llegar a ese momento, antes debía terminar con este asunto.

Auchi se fijó nuevamente en sus enemigos, que parecían estar impacientes por empezar el combate. Solo una orden de su amo les separaba de tal momento. El guerrero aumentaba su valor a medida que pasaban los segundos, su deseo de vivir seguía creciendo, y sobre todo las ganas de seguir día a día con Mia. Una

voz resonó, siendo esta una orden directa de Bonët de atacar y los tres Kamaitachi se lanzaron sobre su presa.

Auchi esquivo ágilmente el primer envite, y, con dos golpes certeros, detuvo dos ataques más dirigidos hacia su vientre. El choque de su espada con las cuchillas de los Kamaitachi resonaba por doquier, la batalla se endurecía por momentos. Las tres comadreas cada vez eran más rápidas, usando, en ocasiones, hasta el umbral para moverse como teletransporte; pero Auchi supo demostrar todos sus años de experiencia y práctica en el uso de la katana.

Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo, le costaba más esquivar o parar los ataques de las comadreas, siendo incapaz de evitar y contraatacar de una sola vez. La fatiga iba en aumento, y sus pensamientos parecían un circuito de rallyes. Uno de los ataques lo detuvo con su katana, pero cuando tuvo que flanquear otro, se vio obligado a realizar una maniobra entre el umbral y el plano físico, sacando su espada corta para bloquear un ataque y realizando el mismo movimiento contraatacando e hiriendo a una de las tres comadreas en la panza.

Nadie, ni siquiera el mismo Auchi daba crédito a aquella exitosa maniobra. Se había enfrentado anteriormente aquellos seres, pero con un resultado bastante más diferente, llegando a tener que huir siempre al final. Pero algo había cambiado, su concentración era casi perfecta. Era capaz de intuir los movimientos que realizaban sobre los humanos, y lo que fue más complicado, consiguió contraatacar.

Rafael observaba con una sonrisa de satisfacción en su rostro, mientras Mia no podía dar crédito a lo que veía. Aquel dominio en la espada, la fluidez de sus movimientos parecía una danza ensayada durante años. No le gustaban, sin duda, las peleas a la joven, pero en el fondo de su corazón la pasión se hizo presente.

—No tiene posibilidades contra los Kamaitachi —dijo Kobe a Rafael a modo de mal augurio.

—Tampoco recuerdo a ningún Señalado que haya conseguido herir a alguno de ellos, y, sobre todo, no recuerdo a nadie aguantar más de un minuto de acometidas directas contra ellos —le respondió este de tono sarcástico.

—Que haya hecho tal proeza es digno de admiración, pero sabes que no podrá aguantar mucho más.

—Puede que tengas razón, pero tal vez haya llegado el momento del punto de inflexión en la historia.

—¿Con quién hablas, Rafael? —pregunto Mia extrañada al verlo conversar solo.

—Tranquila señorita Mia, estoy hablando con un amigo espiritual al que, por desgracia, no puede ver. Por cierto, le envía un saludo —dijo Rafael como si

fuera lo más normal del mundo.

Los Kamaitachi reorganizaban sus ataques, no sabían cómo aquel debilucho muchacho era capaz de seguir haciéndoles frente. Auchí comenzaba a notar un ahogo típico del esfuerzo, seguía teniendo fuerzas de sobra, pero su ritmo de respiración no había sido el correcto. Esto provocaba que el aire no circulase adecuadamente, y sus movimientos y fuerza se viesan afectados.

Por su mente inquieta transcurrían estos pensamientos: “Joder, no encuentro el momento correcto para respirar. Estoy luchando mejor que nunca, pero no voy a poder seguir si no hago algo para cambiar las cosas. El problema es que los cabrones se cubren muy bien entre los tres, y no encuentro abertura para contraatacar.”

Mientras, Bonët había perdido la sonrisa victoriosa del comienzo de todo esto, pero eso no significaba que viera peligrar su plan. Creía que era solo cuestión de tiempo, pero la verdad era que los Kamaitachi solían acabar con sus víctimas en varios segundos.

Auchí decidió cambiar el rumbo del combate y se lanzó el primero, no quería seguir esquivando y parando acometidas. Rafael no dijo nada, mientras a Mia se le escapó un grito de ánimo, como si se tratase de un deporte, pues no sabía en el fondo cómo actuar.

Una de las comadreja se quedó clavada en el sitio esperando aquella acometida, mientras las otras dos se fueron hacia atrás de forma automática como si se tratase de un acto reflejo. En ese instante, el joven guerrero vio su oportunidad. Atacó con todas sus fuerzas a la comadreja solitaria; cuando esta bloqueó el primer envite, Auchí realizó una maniobra con su espada corta nuevamente, pero la comadreja fue más rápida y volvió a esquivar. Y, como si todo hubiese sido una trampa, el guerrero lanzó su katana clavándosela en un costado, dejando a todos sorprendidos. Los otros dos Kamaitachi fueron en ayuda de su igual al momento, pero Auchí fue más rápido agarrando nuevamente su katana y, con toda la fuerza de que fue capaz, hizo una herida de gran tamaño a aquel ser. Sin darle tiempo, otra comadreja atacó con varios golpes rozando su armadura y esta se fue descolgando de Auchí como si fuese papel mojado. No podía escapar de sus garras por mucho que lo intentase, de hecho si se descuidara sería hombre muerto con total seguridad.

—Madre mía, están a punto de alcanzarlo —dijo Mia muy asustada.

—Esa reacción era normal tras acabar con una de sus congéneres señorita Mia, pero si es capaz de pensar rápido, seguro que verá una oportunidad en esa furia —le dijo Rafael con un tono muy relajado.

Este parecía disfrutar del combate, muchas veces sus ojos observaban de reojo a Bonët, que no se encontraba nervioso, pero por primera vez veía cómo



sus lacayos estaban siendo derrotados por un simple Señalado. Auchi seguía en serios apuros, apenas ya podía respirar por cansancio, y los Kamaitachi parecían no cesar en su empeño. Cuando sus fuerzas flaquearon, su defensa bajó, pero una de las comadreas falló su golpe dejando su costado al descubierto; fue cuando sus ojos se abrieron de par en par viendo aquella oportunidad y lanzó la espada corta hacia su otro enemigo ganando unos segundos. Así aprovechó para alzar su katana con las dos manos y golpear de lleno al Kamaitachi desprotegido, fue tan fuerte el impacto que tanto el ser como su katana se partieron en dos.

El último Kamaitachi entró en una cólera absoluta, sus movimientos se volvieron más fieros y mortales que nunca. Mientras, el joven guerrero solo podía esquivarlo torpemente, llegando a recibir algún que otro impacto que su armadura todavía protegía casi de milagro. Auchi no estaba ileso del todo, tenía varios moratones, cortes e, incluso, alguna lesión menor más. A pesar de todo, iba demostrando tanta destreza, que cuando más acorralado se veía, su inteligencia parecía crecer más. Aprovechó todos los elementos físicos que había a su disposición: árboles, bancos, basura, columpios... daba igual, todo era beneficioso.

En un ataque, el Kamaitachi clavó su garra en un árbol milenario de la zona, y a pesar de sus esfuerzos era incapaz de desclavarla, cosa que aprovechó Auchi para coger aire y se acercó a la comadreja, cuya mirada era puro odio.

—No quería llegar hacer esto, pero nunca dejaréis de perseguirme, al parecer. Lo siento, nunca deseé ser un asesino, pero nací en un momento equivocado de la historia y me tocó este papel.

Auchi alzó su espada corta —pues su katana estaba rota y guardada en su cinto—, miró de forma lastimosa al Kamaitachi que parecía estar resignado a su destino, llegando a inclinar su cabeza para el golpe de gracia. Entonces, una voz resonó deteniendo la inminente acción, y todos prestaron atención a la joven Mia que fue la responsable.

—No lo hagas, tú no eres un asesino a sangre fría. Ese ser solo cumple órdenes de aquel otro, no es culpable de tener que hacerlo. Creo que si lo llegas a matar puedes cruzar una puerta difícil de volver a cerrar. Eres un Señalado, según ellos, pero para mí eres Auchi, un ser humano que puede tener otra oportunidad en esta vida. No lo mates por favor, déjalo y vámonos, ese ser creo que ha entendido su posición ahora.

Las palabras de Mia resonaban en la cabeza del joven guerrero más de lo que él quisiera, mientras Rafael la observaba con una amplia sonrisa. En su pensamiento podría leerse que, aunque Auchi fuera un Señalado, una simple humana se había convertido en protectora y profesora al mismo tiempo de alguien perdido en su camino. Y recordó cómo una leve esperanza resurgía de su

interior, pues creía que seguían existiendo buenas personas hoy en día a pesar de la complejidad de la vida.

—Qué enternecedor por tu parte, Mia, al intentar evitar los crímenes cometidos por este ser horrible —le dijo Bonët con tono sarcástico.

—¿Qué crímenes?, ¿querer vivir para siempre?, ¿haber sido maldecido? —le respondió ella de forma tajante.

—¿Y qué hay de todas las buenas personas que se ha llevado por delante para que él pudiera seguir viviendo? ¿Qué es lo que pasa con haberles arrebatado su vida? ¿Acaso eso no importa?

Mia no respondió nada; Rafael, sin perder su sonrisa, vio como aquel golpe directo dañaba la convicción de la joven. Mientras, Auchi seguía quieto frente al Kamaitachi, que no se resistía a su destino.

—No lo sé, no sé si yo misma hubiera cometido esas atrocidades por seguir viviendo. Apenas soy una adolescente, y, sin duda, me queda mucho por aprender, aunque sin tiempo para ello. Pero sé... Sé que Auchi no es una mala persona. Tal vez tuviese una carcasa que no le dejaba conectar con nadie, puede que antes fuese un guerrero, pueden ser muchas cosas... Pero ahora... ahora... —interrumpieron a Mia.

—¿Ahora qué? ¿Qué es lo que ocurre ahora, Mia? Sigue siendo un asesino y eso jamás dejará de serlo, se les llama Señalados por un motivo, ¿no crees? Se les pone este nombre cuando usan su don adquirido haciendo daño a otras personas, básicamente asesina con ese don. Auchi ha acabado con más vidas de lo que he visto yo en mucho tiempo —dijo tajantemente Bonët.

Mia agachaba la cabeza, mientras Rafael parecía ser un mero espectador en todo esto. En ese momento Auchi fue hacia Mia, su rostro era de cansancio visible por el combate librado. Agarró de los hombros a la joven, y le miró fijamente a sus ojos.

—Gracias Mia, gracias por defenderme, de verdad. Me guste o no, ese Coleccionista lleva razón... soy un asesino. He acabado con cientos de vidas a lo largo de toda mi existencia, no soy mejor que él. Y tal vez deba pagar las consecuencias de mis actos. Pero... hoy no será ese día, antes os pondré a vosotras a salvo —le dijo Auchi terminando con una sonrisa que sorprendió hasta al mismo Rafael.

Mia no podía hablar, un nudo en su garganta amenazaba con hacerla llorar. En ese momento Bonët se dirigió hacia el Kamaitachi atrapado, su mirada era claramente homicida, y la comadreja era incapaz de levantar su vista hacia él. A medida que este se le acercaba, el Kamaitachi comenzaba a temblar de puro pánico. Una vez a su lado, le dijo de forma desagradable:

—Vaya vergüenza de espíritus que sois los famosos Kamaitachi. No habéis

sido capaz de acabar con un simple Señalado, y os hacéis llamar “los cazadores imbatibles”, ¡jajaja! Pero tranquilo, haré que te reúnas con tus iguales en breve.

Bonët creó de la nada una espada de gran tamaño, muy parecida a las espadas anchas de la Edad Medieval, de gran longitud y brillante hoja grabada con algunas inscripciones, su pomo decorado al detalle le daba el aspecto ser un arma de gran belleza y terrible al mismo tiempo. Lanzó un ataque directo contra el Kamaitachi, pero su golpe fue desviado en el último momento. El resultado del impacto fue la amputación de la garra atrapada, pero la comadreja seguía viva. Auchí había sido el causante, intentando desviar aquel golpe certero, pero debido a la fuerza del mismo, no tuvo más remedio que desviarlo para que fuese un mal menor.

—¿Qué coño estás haciendo? ¡Le has salvado la vida a tu enemigo! El mismo que intentaba asesinarte hace unos segundos —dijo Bonët sorprendido por la acción de Auchí.

—Como te dije, ahora sé mi camino. Aunque no tenga perdón por todo lo que he hecho durante mi vida, quiero que en este momento, lo que me quede de vida, pueda cambiar un poco las tornas —le dijo Auchí bastante fatigado.

El joven guerrero había usado el umbral para llegar en el momento justo para evitar la muerte del Kamaitachi, pero no se esperaba tal fuerza bruta del Coleccionista. Su mente era un mar picado, pero su determinación era firme como el acero. Cuando Mia pudo reaccionar se sintió asustada, pero al mismo tiempo feliz. Veía como había salvado a aquella criatura, y como, sobre todo, Auchí había comprendido lo bello de vivir. Mientras, Rafael miraba expectante lo que estaba sucediendo, a la vez que discutía con Kobe.

—Esto se pone interesante, Kobe.

—Lo va a matar.

—Ya veremos quién mata a quién.

—Bonët a ese Señalado... —dijo tajantemente Kobe.

—Bueno, ojalá te equivoques —le dijo Rafael con cierto tono de esperanza y misterio a la vez.

## Capítulo 14

### Voluntad

Bonët y Auchi habían tomado distancia el uno del otro, no se sabía quién daría el primer paso y la tensión era evidente. Mia y Rafael se alejaron un poco más de la zona de combate, mientras, la noche ya reinaba absolutamente. Los pensamientos del guerrero no paraban, y le costaba concentrarse en sus propios movimientos. Mientras, Bonët parecía estar muy tranquilo, agarraba su espada de forma juguetona esperando que diesen el pistoletazo de salida.

—¿Lo tienes claro?, ¿vas a pelear contra mí hasta el final? —le dijo Bonët con tono desafiante.

—No, no lo tengo claro. De hecho, quisiera huir de aquí inmediatamente, no estoy loco, y sé lo poderosos que sois los Coleccionistas. Pero... es difícil de explicar lo que me impulsa a seguir —dijo Auchi mientras observaba de reojo a Mia.

Ese gesto no fue pasado por alto por ninguno de los Coleccionistas, solo ella parecía no haberse dado cuenta.

—Muy bien, parece que tarde, pero te has dado cuenta de lo que significa vivir. Aun así, mi labor como Coleccionista es llevarte al Panteón.

—Sé cuál es tu labor, pero ahora mismo no puedo dejarte que me lleves contigo. Primero debo hacer ciertas cosas, y si quieres me entregaré yo mismo.

—No puede ser, así que como no llegamos a un acuerdo lo haremos por mi forma. Te vienes ahora y punto.

—Ven tú, y que pase lo que tenga que ocurrir.

Auchi no esperó ni un solo segundo más y se lanzó el primero al ataque, haciendo todo lo contrario a lo que había dicho. Bonët intuyó esa acometida y la frenó con una ligera estocada, ambas espadas chocaron, partiéndose por la mitad la del joven guerrero.

Auchi se quedó sorprendido, su espada corta estaba rota, su katana destrozada, no tenía más armas para enfrentar a tan terrible enemigo. Bonët parecía enorgullecerse más todavía, cuando una voz resonó:

—Toma, utiliza esta espada —dijo Rafael al mismo instante en que se la lanzó.

Auchi agarró la espada en el aire, todavía enfundada. Era una katana muy antigua, sin duda, con bordes plateados e inscripciones por doquier. Su mango

estaba recubierto de un material negro, mientras su hoja brillaba como si fuese nueva reflejando el rostro de su nuevo portador. Hacía mucho tiempo que no había visto una katana antigua, pero aquel reflejo era diferente a los que recordase, ya que el reflejo no mostró el rostro de Alejandro, si no que fue al mismo Auchi, algo que casi lo emocionó.

—¿Por qué te has entrometido, Rafael? —le dijo con ira Bonët.

—No me he entrometido en nada, pero era una lástima no seguir viendo este combate tan apasionante por no tener un arma. Así que le ofrecí una para continuar, nada más. Que yo sepa no he infringido las Leyes, no lo he defendido, y si veo que un Señalado está dispuesto a enfrentarse en un combate singular con uno de nosotros... creo recordar que se le debe dar esa oportunidad —dijo con tonos burlones Rafael.

—De todas formas, no cambiará el resultado, y lo sabes muy bien.

—Por eso mismo, como no cambiará nada, ¿qué más da?

Auchi se encontraba ajeno aquella conversación, sus ojos no paraban de ver aquel reflejo. Tanto tiempo había pasado que se veía como un extraño, pero al mismo tiempo su determinación por salir victorioso crecía hasta límites insospechados dentro de él.

Varias gotas de sudor caían de la barbilla de Auchi, que al caer se estrellaban contra el suelo de forma mortal. La mirada del joven guerrero se encontraba clavada en su enemigo, que no parecía inmutarse por el momento tan decisivo que estaba a punto de llegar.

Auchi volvió a ser el primero en atacar, se encontraba bastante cansado y quería acabar el combate antes de quedarse sin fuerzas para continuar. La acometida fue directa hacia un punto mortal, pero Bonët la esquivó como si nada. Auchi siguió lanzando golpes de espada que cruzaban el aire sin llegar a su objetivo, o, como mucho, alcanzaban a ser detenidos por la espada rival. Bonët contraatacaba tan rápidamente que hirió al joven guerrero en el hombro y la pierna, sin que este hubiese podido evitarlo, aunque ninguna de esas heridas revestía gravedad.

—Joder... que rápido es. No he podido ver ninguno de sus ataques... —dijo Auchi mientras se levantaba.

—¿Qué te pasa, Señalado?, te has quedado sin palabras —le dijo Bonët con aires de grandeza.

Auchi no dijo nada, solo lograba llegar a pensar que debía de hacer algo para detener esas embestidas.

—Bueno, si no atacas tú, lo haré yo.

Sin mediar media palabra más, Bonët avanzó hacia el joven guerrero, que retrocedió un par de pasos de forma inconsciente, hecho que no pasó

desapercibido por el Coleccionista.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo de seguir con el combate? —dijo burlonamente.

Rafael se dio cuenta del nerviosismo de Mia, quiso tranquilizarla pues el tembleque de su cuerpo era demasiado evidente.

—Señorita Mia, sé que cada vez el combate es más complicado, y su nerviosismo va en aumento. Por favor, relájese, aunque piense que su apoyo no sirve de nada, se equivoca. Es difícil de explicar, pero Auchi es capaz de sentirlo, y por ello debe tener fuerzas renovadas.

—Pero... de verdad, ¿crees que lo puede sentir?

—Sí, estoy completamente seguro de ello. Auchi no pelea solo por él, está luchando por Soraya, pero sobre todo por ti. Es complicado explicarlo, pero ni él mismo lo sabe.

Mia no dijo ni una sola palabra más, su mirada era de pura emoción por las palabras de Rafael.

Bonët no dio más tiempo al joven guerrero, atacó apuntando al cuello, pero un acto reflejo le permitió esquivar dicho golpe.

—Increíble, has sido capaz de esquivar mi ataque directo —dijo con tono incrédulo y prosiguió—: bueno, el próximo no lo verás llegar.

Auchi era incapaz de pensar con claridad, sabía que había sido suerte, pero rezaba para sí mismo volver a tenerla. Así que intentó atacar nuevamente para ver si podía pillarlo esta vez por sorpresa. Usó su poder para entrar en el umbral y así llegar en un segundo ante su enemigo, pero este detuvo perfectamente la acometida. No obstante, no se rindió y siguió atacando sin tregua nuevamente, el Coleccionista dejaba ver una sonrisa de clara superioridad. Como si fuese un *déjà vu*, Bonët contraatacó en puntos vitales cuando el joven guerrero estaba desprotegido, pero... entonces se llevó una sorpresa. Auchi detuvo cada una de sus acometidas con la katana, cogiendo por sorpresa esas maniobras al Coleccionista que no supo reaccionar por un segundo, en ese preciso instante Auchi impactó varias veces en el cuerpo de Bonët. Ninguna herida era de gravedad, cortes limpios en el abdomen y el brazo sin apenas profundidad. Pero fue suficiente para que este tomase distancia del joven guerrero, mientras maldecía a los dioses por el dolor infligido.

Rafael no creía lo que estaba viendo, pero al mismo tiempo fue como un deseo hecho realidad. Mientras, Kobe no dejaba de comentar obscenidades por tal hecho, pues en su larga vida como guía nunca había visto suceder nada parecido con un Señalado. Sus recuerdos del último Coleccionista herido se remontaban años atrás, cuando hubo una terrible batalla entre Coleccionistas y el Yamata-no-Orochi. Mia se emocionó al ver aquel contraataque certero de Auchi,

y aunque no quería que nadie matara a nadie, una sensación crecía en su cuerpo de que alguien debía perecer para que el combate terminase.

Auchi tomaba aire, el cansancio y el sudor eran evidentes en él. Parecía tener dificultades para coger aire, y el uso excesivo del umbral para cambiar tan rápidamente le incrementaba este problema. Bonët se miró la sangre que tenía en su mano tras tocarse una de sus heridas, su vista parecía perderse en ella. No recordaba el color de su sangre, pues nunca lo habían hecho sangrar desde que se convirtió en un Coleccionista. Este hecho lo llenaba de rabia, pues se había jurado a sí mismo que jamás sería derrotado como cuando fue humano. Los ojos del Coleccionista se tornaron de un color azulado espectral, solo verlos hacían sentir cierto pavor e intimidación.

—Te has atrevido a tocarme, has hecho que vuelva a ver mi propia sangre salir de mí. En parte te estoy agradecido, pues has hecho que recuerde mi juramento. Jamás volveré a caer derrotado por nadie, y tú con tus acciones me lo has vuelto a grabar. Así que te doy las gracias por ello, pero ahora voy a terminar con este combate —le dijo Bonët, fuerte y claro.

—Terminemos el combate, pero no voy a dejar que me derrotes fácilmente —le dijo Auchi con aire amenazante.

Bonët realizó una maniobra tan rápida que agarró del rostro al joven guerrero, y ambos entraron en el umbral. Antes de desaparecer dijo con voz potente:

—¡Rafael, te prohíbo entrar en el umbral de mi cacería! ¡Ya lo has ayudado demasiado!

Mia se asustó al no poder seguir el combate, miró a Rafael que había perdido por primera vez su sonrisa.

—¿Dónde han ido? ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por qué ha dicho eso? —preguntaba Mia ahogando a Rafael con sus interrogantes.

—Se ha dado cuenta de la motivación de Auchi por seguir vivo, y por eso mismo ha querido terminar el combate en el umbral. Yo soy un Coleccionista y como tal no puedo entrar en su zona de cacería por su prohibición. Debo cumplir las Leyes establecidas... muy listo sin duda ha sido... —le respondió muy seriamente.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlo?

—Nada... No podemos hacer nada más que confiar en Auchi.

—Pero, ¿estará bien? No quiero que le pase nada.

Por primera vez Rafael no contestó, su mente se encontraba pensando en la forma de ayudarlo, pero sabía muy bien que las Leyes son indiscutibles. Mientras, Kobe parecía disfrutar con lo que estaba pasando, y torturaba con un final trágico los oídos de su Coleccionista.

## Capítulo 15

### Un último intento

Auchi y Bonët se encontraban en el umbral, ambos se habían tomado una distancia de seguridad, aunque sabían que esta era prácticamente nula debido a la velocidad que podían tomar en aquel plano.

—¿Por qué quieres terminar el combate aquí?, sabes que puedo salir del umbral inmediatamente —le dijo Auchi.

—No, no puedes salir. Cuando te agarré del rostro te marqué.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que solo puedes salir de aquí, si acabas conmigo.

Auchi no creyó esas palabras e intentó salir del umbral, pero no fue capaz. Miró a su adversario con resignación, no le quedaba otra que enfrentarse a él hasta que uno de los dos pereciera. Su pensamiento iba a gran velocidad hasta que se centró en un único punto, Mia. No podía pensar en otra cosa, no había estrategia, no había dolor, no había nada más que Mia en su cabeza. En ese momento cerró los ojos, agarró la katana y la espada que le prestó Rafael, y se fundió en una respiración honda.

—¿Atacas o quieres esperar a que el tiempo te consuma? —le pregunto Bonët de mala manera.

Auchi abrió los ojos y se lanzó en un ataque directo, Bonët alzó la guardia con su espada y ambos comenzaron a luchar a velocidades que el ojo humano no podría seguir.

Mientras, Mia se encontraba con Rafael; este miró a la joven con el rostro serio.

—Mia, debo ponerte a salvo. Es lo único que puedo hacer ahora mismo, pues se lo prometí a Auchi.

—No quiero irme de aquí, no hasta que Auchi haya salido con vida.

—Pero eso no puede ser, y lo sabes de sobra. Ambos están luchando en el umbral, y yo no puedo entrar hasta que el combate se acabe.

—Pero yo sí, si pudiera entrar, ¿verdad?

—Pero Mia, ¿de qué estás hablando?

—Tú no puedes entrar, pero seguro que hay alguna forma de que me ayudes a entrar a mí. Quiero estar con Auchi, quiero ayudarlo, quiero salvarlo.

Rafael no daba crédito a aquella determinación que tenía la joven, era



incapaz de rebatir su decisión.

—Mia, si entras puede que cuando salgas pagues muy caro tus acciones. No tienes mucho tiempo de vida por tu enfermedad, puedes acortarlo drásticamente y no creo que quiera eso Auchí, si consigue salir con vida.

—Pero... pero.... ¿de qué me sirve vivir si no está él a mi lado?

—Que yo sepa no sois pareja, no entiendo eso que me estás diciendo.

—No somos pareja, y no sé cómo ha pasado... pero me he enamorado de él. No quiero vivir lo que me quede sabiendo que podía haber intentado algo por salvarlo.

—¿Estás completamente segura?

—Sí —dijo Mia clavando su mirada en Rafael.

Kobe intervino en ese momento intentando detener los pensamientos del Coleccionista.

—No lo hagas estúpido, ya has sobrepasado varias veces los límites de las Leyes. No hagas otra estupidez más, por favor.

—Kobe, esta chica está enamorada. Tú no recuerdas lo que es amar a alguien, pero intenta, por una vez, ser más comprensivo. No quiero que te metas en líos por mi culpa, así que si quieres irte e informar no tengo inconveniente en ello, lo comprenderé...

Kobe no dijo nada, nunca había visto tan decidido a Rafael en algo. Así que mantuvo silencio dejando que las cosas pasaran.

—Mia, toma este medallón.

Era un medallón con una especie de piedra brillante de color ámbar, que reflejaba una luz de gran belleza.

—¡Qué bonito es!, ¿pero para qué sirve?

—Escúchame bien por favor, este medallón te permitirá entrar en el umbral. Eres una humana, por lo tanto apenas tendrás tiempo de protección, no está hecho para vosotros. Una vez entres tienes que llegar hacia Auchí y sacarlo junto a ti por una de las puertas que te aparecerán cuando quieras salir. Es diferente al poder que tenemos para entrar en cualquier lado nosotros, pero te servirá para ti. Te aviso, si pasa demasiado tiempo te consumirás dentro. No quiero alarmarte, pero tu vida corre el mismo riesgo que la de Auchí.

Mia no temía aquellas palabras, estaba decidida a entrar y salvar a Auchí. Agarró fuertemente el amuleto, y le dio las gracias a Rafael.

Mientras, el combate entre ambos contendientes era cada vez más sangriento, causándose heridas leves pero que se iban acumulando, sobre todo en el cuerpo del joven guerrero.

Auchí tenía tantos cortes que su ropa estaba hecha jirones, y la armadura que llevaba en principio era pasto del recuerdo, salvo los guanteletes y parte de

la cintura y pernera.

“No voy a poder con él... es demasiado poderoso para mí... lo siento, Mia.” Pensaba Auchi.

“¡Maldito bastardo!, ha conseguido herirme varias veces más y aún sigue de una pieza. Voy a hacer que pague su atrevimiento con dolor. ¡Malditos Señalados, malditos seáis todos!” Pensaba Bonët.

Mia llegó al lugar del combate, apenas habían pasado varios minutos, pero le fue complicado encontrarlos. En ese instante, Auchi detenía las acometidas de Bonët como le era posible, con movimientos ágiles intentaba contraatacar sin éxito aparente. Aunque era muy complicado darse cuenta, el Coleccionista comenzaba a cambiar su rostro. Se iba viendo más serio, más concentrado, y, sobre todo, con más odio. Todo era debido, sin duda, a las dificultades en las que se estaba encontrando con un simple Señalado, algo que jamás admitiría.

Varios ataques frontales de Auchi fueron repelidos por la guardia alta del Coleccionista, este parecía ser conocedor de un tipo de esgrima totalmente diferente a la del joven guerrero. Era como si dos culturas totalmente opuestas se enfrentasen en un combate singular. Un estilo usado, sobre todo, en la Edad Medieval, contra otro usado en la sangrienta época del reinado de Tokugawa.

Bonët usó su poder para moverse aún más rápido, siendo imposible poder ver sus movimientos. Un corte en el abdomen y otro en la espalda fueron los resultados de aquella maniobra. Auchi cayó al suelo soltando sus dos espadas de inmediato, sentía cómo la sangre manaba de él rápidamente. Ninguna herida era terriblemente mortal, pero para ello debía obtener primeros auxilios de inmediato.

—¡¡NOOOO!! ¡¡Parad ya!! —gritó Mia desde lejos.

Bonët la miró extrañado por su presencia, fue cuando vio en su cuello el amuleto de Rafael.

—Ese traidor intenta ayudar de todas las formas posibles, desde luego no merece el título que tiene —dijo Bonët de manera despreciable.

Mia se acercó rápidamente a Auchi, este apenas alcanzaba a abrir los ojos pues el dolor le era insoportable.

—¿Cómo estás?, ¿puedes levantarte Auchi? —le preguntaba insistentemente Mia.

—No deberías estar aquí... Mia... abandona este plano por favor... puede ser muy peligroso para ti.

—No me iré sin ti.

—Pero Mia... no puedo salir...

—Sí que puedes, así que vamos, ¡levántate!

Bonët observaba a la joven, los Coleccionistas tienen la capacidad de ver

el tiempo que resta de vida de cualquier persona humana. El tiempo de la joven iba consumiéndose a gran velocidad, pero una sensación extraña recorría su cuerpo. ¿Una humana era capaz de correr tanto riesgo por un simple Señalado? ¿Por qué? No lo lograba entender. En ese momento se percató de que Auchi comenzaba a levantarse del suelo, con una mano taponaba su herida en el abdomen, mientras con la otra se apoyaba en la joven Mia.

—Pero bueno, ¿todavía tienes fuerzas? No soy un monstruo, sabes cuál es mi obligación. Así que, si no quieres que le pase nada a la joven, ¡haz que se vaya de aquí inmediatamente! —le gritó imperativamente Bonët.

Auchi miró a la joven, su rostro jamás había sido tan claro. Sentía miedo por lo que pudiera pasarle a ella, él tenía claro su destino y estaba resignado a ello. Mientras, Mia no paraba de intentar hacerle ver que debían irse juntos, que huyesen de allí, pero sin ningún éxito.

—Mia, por favor... Debes marcharte. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, de verdad, muchas gracias. Pero ha llegado el momento de separarnos, debo pagar por mis errores del pasado.

—No quiero dejarte solo, y no voy hacerlo. No quiero perderte, tengo muchas cosas que enseñarte todavía.

—Lo siento Mia, me hubiese encantado... pero no puede ser...

Bonët, cansado de esperar, lanzó un ataque que pilló a ambos de imprevisto, pero este fue detenido por la garra del Kamaitachi que seguía aún con vida. Auchi no comprendía por qué había hecho tal cosa aquella criatura, pero, sin duda alguna, lo agradeció enormemente.

Cuando estaban dispuestos a huir de aquel lugar, el Coleccionista golpeó con un fuerte puntapié al Kamaitachi, que salió catapultado hacia Auchi. Mia cayó de lado gracias al joven guerrero que se soltó antes del impacto. Cuando quiso ir en su ayuda, Bonët se colocó delante de ella.

—Mia, ya es hora de terminar con esto. Debes de madurar, yo tengo que llevarme a este ser conmigo quieras o no. Tengo prohibido matar a inocentes por Ley, pero hay ocasiones en las que las normas podemos saltarlas como puede ser en este caso. Así que ¡vete inmediatamente!

—¡Jamás me iré sin Auchi! —la determinación de Mia era clara en su mirada.

—Muy bien, no me queda más remedio. ¡Te lo advertí!

Bonët golpeó con el puño el rostro de la joven que cayó un par de metros hacia atrás, Mia con lágrimas en los ojos miró nuevamente al Coleccionista y le gritó:

—¡¡Jamás me iré sin Auchi, aunque me cueste la vida!! ¿Te has enterado?

Aquel gesto era difícil de creer incluso para un ser que llevaba tanto

tiempo viviendo en este mundo, dejando clara una voluntad de hierro. Bonët se acercó rápidamente a ella, levantó el brazo y le dijo con un tono de lamento:

—Eres muy aguerrida, lástima que no comprendas la situación como es debido. Pero no puedo perder más tiempo en este absurdo combate, ¡adiós Mia!

El golpe dirigido a la chica fue detenido por un renovado Auchi, mientras el Kamaitachi aprovechó para atacar por el flanco al Coleccionista. Así comenzó un nuevo combate, donde ambos contendientes mostraban una técnica y movimientos que ni la imaginación hubiese creado. Auchi miró a Mia revisando su estado, salvo el golpe claro en su rostro, parecía estar bien. Agarró las dos katanas con gran fuerza y se lanzó en ayuda de la criatura, que cedía terreno rápidamente.

Bonët esquivó la acometida enérgica de Auchi, y a pesar de estar en desventaja numérica, era capaz de aguantar los envites de ambos contendientes, e incluso contraatacar con gran eficacia. El combate era tan rápido que Mia era incapaz de seguir los movimientos que se estaban produciendo. El joven guerrero estaba dándolo todo, las fuerzas le flaqueaban, pero una voluntad que nunca antes había tenido parecía darle fuerzas para seguir continuando en aquella batalla. Mientras, el Kamaitachi estaba cada vez más debilitado, debido a la gran pérdida de sangre por la amputación de su garra.

Todo lo que ocurría estaba siendo observado por el Coleccionista, que parecía estar esperando el momento oportuno para ganar este combate. El Kamaitachi jadeaba al mismo tiempo que Auchi, con miradas cómplices de criaturas hoy en día imposible de creer, cogieron un último aliento para volver al combate. En ese instante, Bonët fue más rápido e hirió con su espada al joven guerrero, había clavado parte en su vientre, pero aun así no fue muy grave la herida, ya que el Kamaitachi se puso delante, evitando, así, un impacto más directo. Auchi no comprendió por qué hizo tal cosa, pero la herida sufrida lo volvió a tirar al suelo de rodillas.

—¡Qué cosa más patética, un Kamaitachi que ayuda a un Señalado! ¿Esto qué es? ¿El mundo al revés, acaso? Desde luego, cómo han perdido los Onis en este tiempo —dijo con tono desagradable Bonët.

Auchi era incapaz de levantarse, las fuerzas eran inexistentes en él, pero, sobre todo, había perdido esa voluntad de hierro al ver aquel acto inesperado del Kamaitachi, no sabía cómo reaccionar, su mente era un volcán en ebullición, y ningún músculo de su cuerpo parecía querer hacerle caso. En ese momento, un impacto en el rostro de Bonët rompió aquel silencio tan incómodo. Mia le había golpeado con su mano en pleno rostro, había sido capaz de usar el umbral de forma inconsciente sorprendiendo al mismo Coleccionista. Pero este, con mucha rabia, la golpeó nuevamente, y esta vez sí le hizo mucho daño en el rostro y el

cuerpo debido a la brutal caída.

Auchi observó con total impotencia lo sucedido y un sentimiento de rabia creció fuertemente en él, tanto que lo cegó en una locura total. Agarró la katana nuevamente y se lanzó a un ataque directo. Bonët parecía estar tranquilo al verlo venir, pero cuando detuvo un primer impacto de su adversario, este fue tan fuerte que casi le rompe la guardia. No solo eso, Auchi siguió atacando como si no hubiese un mañana, una y otra vez, sin dejar respirar ni pensar a su adversario que no daba crédito a aquella acometida.

Intentó zafarse una y otra vez tomando distancia, pero Auchi parecía estar poseído por un demonio y no lo dejaba ni un solo momento.

Por la mente de Bonët pasaban rápido estas ideas: “¿Pero cuándo se ha vuelto tan rápido y fuerte el desgraciado este? A este ritmo va a conseguir alcanzarme, debo hacer algo.”

Los ojos de Bonët brillaron como dos soles en plena galaxia, creó varias barreras que detuvieron el avance del joven guerrero. Con una fuerza sobrehumana este golpeaba cada nueva barrera, Bonët usó de nuevo otro poder sobre él. Esta vez se trataba de una especie de hipoquinesia que paralizaba el cuerpo de Auchi, pero este no se daba por vencido. Sus ojos estaban clavados en su enemigo, su cuerpo estaba debilitado, pero mostraba una fortaleza increíble. Las venas se le marcaban debido al gran esfuerzo que estaba realizando, y su voz comenzó a retumbar por todos lados.

—¡¡Jamás te perdonaré que hayas golpeado a Mia, desgraciado!! ¡¡Jamás, jamás, jamás!!

Una sensación que nunca antes había sentido Bonët, comenzó a recorrer todo su cuerpo, era una sensación que le recordó un pasado ya olvidado como humano, entonces sintió miedo. Bonët luchó con todas sus fuerzas para dominarlo, pero el miedo sabe aprovechar cada una de nuestras debilidades, y, así paralizándolo apenas unos segundos, Auchi fue capaz de liberarse de aquel poder paralizante.

Ambas armas chocaron, nuevamente provocando una onda expansiva a su alrededor, y los dos contendientes retrocedieron. Auchi volvió a la carga, y cada ataque lo ejecutaba con todas sus fuerzas, pero la guardia de Bonët era excelente. Y, al final, esa energía, esa fuerza que lo inundaba dio sus frutos, fue cuando en un descuido sorprendió a su enemigo. Hizo un amago de ataque con su espada, pero en vez de eso golpeó con su rodilla el estómago de Bonët. El golpe hizo que su guardia cayese, y Auchi le conectó varios puñetazos en ese momento hasta que Bonët recuperó la compostura; este, con un hábil movimiento, desarmó a su rival, pero también perdió su espada. Los puños, entonces, se convirtieron en sus instrumentos, ambos recibían impactos de gran fuerza, siendo claros los

síntomas en sus cuerpos. Tras varios minutos así, los dos cayeron al suelo cerca de sus espadas, pero totalmente agotados.

Bonët se puso de pie nuevamente agarrando su espada, mientras Auchi apenas se podía sostener. Sus rodillas estaban arqueadas, la sangre manaba por todo su cuerpo, debido a las múltiples heridas, y su fuerza... ya no existía.

—Admito que has sido el mejor contrincante de mi vida, ¡pero se acabó! ¡Recordaré tu nombre, Auchi!

—No tan rápido, no te voy a dejar que me venzas mientras Mia y Soraya corran peligro. Le dijo Auchi con voz cansada pero decidido.

—¿Así que eso es lo que te mantiene todavía en pie?, es interesante hasta donde un Señalado puede llegar por amor.

—No es amor.

—¿Seguro?, bueno da igual. Terminemos esto ya.

Ambos se miraron a los ojos, Bonët usaba su guardia alta con su espada de gran envergadura. Mientras Auchi guardó en su cinto la katana y se colocó en una postura que antiguamente se usaba para los duelos, que consistía en la rapidez de cada individuo, pero el joven guerrero se encontraba muy debilitado para realizarla al cien por cien. Aun así, era lo mejor tenía, al igual que la de Bonët, y así querían ponerle el punto final a este increíble encuentro.

## Capítulo 16

### Consecuencias

El tiempo pareció detenerse, ambos contendientes observaban milimétricamente cada movimiento, cada respiración intentando adelantarse a cualquier acontecimiento. Mia se encontraba en un silencio sepulcral impuesto por ella misma, para así evitar distraer a Auchi del combate. Mientras, ambas mentes de los luchadores se autoconvencían de que sus actos eran los correctos.

“¡Maldito desgraciado, jamás me habían agraviado antes tanto! Clavaré su cabeza en una pica delante de la entrada del Panteón, para que así todos puedan ver la suerte de quien se atreve a enfrentarse a mí.” Pensaba Bonët.

“No puedo perder ahora, no mientras Mia se encuentre en peligro. ¿Pero qué coño estoy diciendo?, ¿puedo morir y pienso más en esa chica que en lo que pueda sucederme? No estoy seguro, pero creo que comienzo a comprender la verdadera maldición de Ayumi.” Pensaba Auchi.

Una gota de sudor del joven guerrero fue la que dio el comienzo, y ambos contendientes se lanzaron con todo lo que tenían en su ataque final. Ambas espadas chocaron una y otra vez, con cada impacto las chispas brotaban de forma sinfónica. Parecía tratarse, casi, de una melodía, que se iba reflejando en el aire por medio de colores. Bonët aumentó su velocidad consiguiendo herir nuevamente al ya magullado guerrero, pero una fuerza imposible de explicar le hacía seguir batallando en tal increíble combate.

Auchi comenzó a hablar progresivamente, e inconscientemente fue elevando el tono de su voz, hasta que pudo ser escuchado por cualquiera. Solo repetía el nombre de “¡Mia, Mia, Mia!”, y cada vez que lo hacía lanzaba un nuevo golpe. Su velocidad fue incrementándose, su potencia comenzaba a igualar a la del orgulloso Coleccionista haciendo que este no pudiera tomarse ni un respiro. La concentración de Auchi era absoluta, ningún guerrero podía poner en duda aquella determinación.

—¡¡Mia, Mia, Mia, Mia!!...¡¡Yo te salvaré, Mia porque te necesito!! — casi gritaba Auchi.

En ese momento, en ese último ataque se quebró una espada que se elevó varios metros en el aire hasta terminar cayendo al suelo. Bonët se había quedado en *shock*, aquel Señalado había sido capaz de derrotarlo destrozando su arma como nunca antes lo habían logrado hacer. Una herida en su brazo y pecho, que

le había pasado desapercibida comenzó a llamar la atención del Coleccionista, que seguía sin dar crédito a nada de lo que estaba pasando. En esos instantes, Auchi pareció volver en sí, el agotamiento tomó por completo el control de su cuerpo y tuvo que apoyar una rodilla en el suelo y sujetarse en su katana, mientras intentaba ganar un poco de aire que parecía no querer entrar en él. Cuando pudo reincorporarse, miró a su adversario, que seguía inmóvil debido al *shock*.

—¡Te he derrotado, ahora déjanos marchar! No hace falta que esto acabe con la muerte de ninguno de nosotros dos, ¿no crees? Puedes decir que conseguí escaparme por los pelos, puedes contar lo que te plazca, pero ahora por favor, déjanos ir.

Mia estaba impresionada por lo que acababa de presenciar, las lágrimas de emoción corrían por sus mejillas como un río. Aquella batalla tan intensa, aquella protección por parte de Auchi le hizo sentir algo único, especial e imposible de expresarlo en simples palabras. De repente, Bonët se lanzó nuevamente contra Auchi sin previo aviso, lo golpeó con un fuerte puntapié. Luego lo agarró del suelo y le golpeó con el mango de su espada, causando graves heridas en el rostro al joven guerrero que no tenía fuerzas para contrarrestar aquella acometida. Lo volvió a tirar contra el suelo violentamente, mientras clavaba una mirada de odio en él.

—¡Jamás seré derrotado por un ser insignificante como tú, jamás, jamás!! —le dijo Bonët con todo el odio en sus palabras.

Entonces, lanzó un último ataque con lo que le quedaba de espada, dispuesto a dar un golpe certero en el cuello de su enemigo, cuando Mia se atravesó impidiendo aquel terrible golpe, pero con las consecuencias de recibirlo ella misma.

Mia cayó al suelo debido a una herida provocada en su abdomen, y en esos instantes, Auchi entró en una rabia que el mismísimo Odín temería al verla. Se lanzó hacia el Coleccionista, que no pudo esquivar tal envite, como enloquecido golpeaba una y otra vez el rostro y el cuerpo de su adversario; con una rapidez asombrosa, cogió su katana rota y con una maestría prodigiosa consiguió clavársela en pleno corazón a su enemigo, cayendo este al suelo. Rápidamente miró a Mia y corrió a su lado.

—¡¡Mia, Mia!! ¿Estás bien?

—Me duele un poco,... pero creo que estoy bien —dijo intentando quitar hierro al asunto.

Auchi comprobó la herida de la joven, y esta era mucho más fea de lo que ella decía. Perdía mucha sangre y la taponaba como podía. Intentaba salir del umbral, pero seguía estando señalado por la marca del Coleccionista. Entonces,



observó con mucho temor cómo su enemigo volvió a levantarse, se quitó el arma que tenía clavada en el corazón, tirándola violentamente contra el suelo. Una mirada de odio era visible en aquellos ojos azules, mientras sus heridas cicatrizaban ante la mirada asustada del joven guerrero.

—¡Yo soy un Coleccionista, yo soy el más grande de todos, yo soy Bonët!! Y tú eres una simple cucaracha a la que hay que eliminar. ¡¡Voy a matarte de una maldita vez, ya!!

Bonët agarró del cuello al guerrero, este intentaba zafarse, pero el aire que perdía le hacía sentirse cada vez más debilitado. Pero algo iba mal, las fuerzas del Coleccionista parecían menguar. Entonces las heridas que este ya se había curado, comenzaron a sangrar nuevamente.

—Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué...? —se preguntaba en voz alta Bonët.

—Yo te lo diré... —dijo una voz a lo lejos.

—¿Rafael? ¿Cómo estás aquí? Sabes que no puedes romper mi zona de cacería.

—No he roto nada. Tú rompiste la promesa que hiciste: “No harías daño a la joven”, y al parecer no lo has cumplido. Así que ahora serás castigado como nuestras Leyes dictan y tus poderes desaparecen hasta que seas juzgado en el Panteón.

—¡Yo SOY UN COLECCIONISTA, no una rata señalada!

—Sí, eras un Coleccionista. Ahora, digamos que no sé ni lo que eres, salvo algo que no tiene honor —le dijo con voz burlona y punzante al mismo tiempo.

—Tu, tú has programado que pasara todo esto...

—No, solo sabes echar la culpa a los demás de tus errores. Sé un hombre por una vez y asume tus consecuencias.

—Esto no ha acabado, ¿me escucháis los tres? Volveré, y terminaremos con este enfrentamiento.

—Muy bien, pero hasta ese momento te digo ¡adiós!

Con estas últimas palabras de Rafael, el Coleccionista Bonët desapareció como si algo lo arrastrase a un agujero oscuro como la misma noche. Rafael se acercó a la joven y al guerrero.

—Ha perdido mucha sangre, necesitamos llevarla a un sanador.

—Tranquilo y observa... —le dijo Rafael.

La herida de Mia comenzó a cicatrizar, nuevamente abrió los ojos desapareciéndole aquel dolor punzante.

—Pero... ¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó Auchí.

—Bonët rompió su promesa, las Leyes son claras para nosotros. El poder de regeneración que tenía, pasó a la joven para devolverla al mismo estado en el

que estaba antes de su herida mortal.

—Antes la golpeó, ¿por qué no pasó lo mismo?

—Digamos que se considera una herida que no puede costarle la vida; a veces sucede que debemos golpear a inocentes por circunstancias adversas a nosotros.

Mia miró a Auchi, este le tenía cogida la cabeza entre sus piernas... Aquellas miradas se quedaron grabadas para ambos, y el tiempo pareció detenerse por un instante. Sus manos estaban agarradas, cuando Rafael interrumpió aquel momento.

—Lo siento, pero creo que no estamos en el lugar más apropiado para permanecer mucho tiempo —haciendo un ruido con su garganta.

—¡Ah, es verdad! Vámonos del umbral, aunque ¿yo podré? —preguntó Auchi.

—Claro, ya no tienes la marca del Coleccionista.

Los tres volvieron a la realidad, Mia y Auchi seguían agarrados de la mano sin percatarse ninguno de los dos. Mientras, Rafael sonría y le decía burlonamente a Kobe que él tuvo razón siempre. De repente, Auchi cayó al suelo, nadie se había dado cuenta, ni siquiera el mismo guerrero se había percatado, pero él también había perdido mucha sangre debido a sus heridas que ya sí revestían mucha gravedad.

Mia se asustó, intentaba llamarlo, pero Auchi se había quedado inconsciente. Rafael lo examinaba, mientras Mia no paraba de preguntarle una y otra vez qué podían hacer para salvarlo.

—Mia, ha perdido demasiada sangre. Él no se recuperará como tú pues estaba en el juramento del Coleccionista, y, lamentablemente, esto pinta muy mal.

—Yo no quiero perderlo, lo necesito. Me ha salvado varias veces la vida, no quiero que muera Auchi.

—Si él muere, no habrá sido por un acto egocéntrico. Así, tal vez tendrá una posibilidad en el Panteón de ser juzgado.

—Pero no quiero que muera, por favor, por favor... ¡¡Rafael, ayúdalo!!

Rafael se quedó pensativo por un buen momento, entonces le vino algo a la cabeza.

—Hay una forma, pero no sé si funcionará.

—¿Cuál?, dímela, por favor.

—La sangre de un Oni, que quiera por propia voluntad hacer algo por esa persona puede curarlo todo. Pero no creo que eso pueda pasar, Auchi ha sido un chico muy solitario toda su larga vida, no creo que tenga amigos Onis de esa categoría.

Mia se quedó pensativa, de repente desapareció ante la mirada sorprendida de Rafael. Esta se introdujo nuevamente en el umbral, y se puso a buscar por todos lados al Kamaitachi que ayudó en la batalla a Auchi. El tiempo pasaba y no conseguía dar con él; por fin, un pequeño rastro de sangre la puso en buen camino. Poco después, llegó hasta su localización, donde el pobre Kamaitachi se encontraba en sus momentos finales. La criatura demostraba mucha desconfianza, pero Mia se acercaba a él sin ningún temor.

—Por favor, tienes que ayudar a Auchi. Sé que él ha matado a tus congéneres, pero vosotros le atacasteis por órdenes de aquel hombre. No quiero juzgar a nadie, pero te lo pido por favor. ¡Ayúdale, no quiero que se muera...! —dijo Mia mientras tocaba de forma suave al Kamaitachi y varias lágrimas salían de sus ojos.

Mientras, Rafael y Kobe discutían sobre la valentía y sobre la fuerza de voluntad que tuvo el joven guerrero contra tal impresionante enemigo. En un instante, Mia y el Kamaitachi aparecieron delante de ellos, sorprendiendo a Rafael y a Kobe.

—Mia, eres una chica con muchos recursos, sin duda... —dijo Rafael sorprendido.

El Kamaitachi se acercó al joven, ambos se encontraban en sus momentos finales. Con las pocas fuerzas que le quedaban se agravó más una de sus heridas y la sangre cubría muchas partes de Auchi. Aquel pequeño ser comenzó a desvanecerse, y al final cayó al suelo. Mia se acercó a él, con toda la suavidad que pudo lo acarició en el rostro, y con palabras muy dulces de agradecimientos se despidió del Kamaitachi.

Auchi abrió sus ojos, no recordaba ni sabía qué había pasado, pero sus heridas habían cicatrizado. Intentó levantarse, pero se sentía muy débil, y Mia estuvo ahí para ayudarlo nuevamente.

—Pero, ¿qué ha pasado?, yo solo recuerdo que me desmayé... —dijo desconcertado Auchi.

—Te has recuperado gracias al Kamaitachi que dio su sangre por ti —le informó Rafael.

—¿Cómo ha sido posible eso? Yo maté a sus iguales.

—Todo en sí, se lo debes a esa joven de tu lado.

—¡Mia! ¿Has sido tú quien me has salvado?

—Yo solo he hecho lo mismo que tú por mí.

—¡Gracias Mia, gracias de verdad!

Mia iba a responder, pero de repente comenzó a sentir una presión muy fuerte en su pecho. Le faltaba el aire y se desmayó en los brazos de Auchi.

—¡¡Mia, Mia!! ¿Pero qué pasa?

—Mia entró al umbral nuevamente en busca del Kamaitachi, y la verdad es que tardó bastante. Si a eso le sumamos todo el tiempo que estuvo allí durante la batalla, la joven ha consumido gran parte de su vida... —le contestó Rafael con mucha seriedad.

## Capítulo 17

### Un día muy especial

El doctor salió buscando a los familiares de Mia. En la sala de espera se encontraban todos reunidos, los padres de la joven y los padres de Alejandro. Las preguntas volaron directas a la atención del doctor, quien intentó poner un orden en cada una de ellas e ir contestándolas.

—Señores, la pequeña Soraya se encuentra en un estado perfecto, no tiene ningún síntoma de nada, salvo mucho sueño, al parecer. Así que no debéis preocuparos por ella, mientras el chico llamado Alejandro parecía venir con serios traumatismos y cortes. Pero, por lo analizado, no tiene nada tampoco; la sangre no parece la suya, ya que no hay ningún indicio de heridas o cortes en su cuerpo. Tampoco hemos encontrado huesos fracturados, ni siquiera hematomas de intensidad. La verdad, es que es un caso muy extraño, pero el chico podemos decir que recibirá el alta junto a la pequeña mañana mismo —explicaba el doctor cuando fue interrumpido por Sara.

—¿Y mi hija?, ¿cómo está mi niña, doctor? —dijo con gran nerviosismo.

—Su hija Mia se encuentra en un estado de agotamiento como no había visto antes, es complicado de explicar. Hemos revisado todo su historial, la evolución de su atípica enfermedad, pero es como si esta hubiese sido agravada rápidamente.

—Entonces, doctor, ¿está muy mal? ¿No se irá a...?

—No lo sabemos de momento, siento decir esto, pero necesitamos realizar más pruebas. Se quedará ingresada por el momento en la UCI.

Sara se puso a llorar, mientras Carmen la abrazó para intentar consolarla, sin mucho éxito. Pascual se acercó a Maury, quien parecía perderse en un mar de pensamientos sin sentido.

—Doctor, ¿podemos verla, por favor? —le preguntó Maury con tristeza.

—No se permiten visitas de larga duración, pero, por supuesto, que podéis pasar a verla ambos. Cuando salgáis hablaremos del procedimiento a realizar en este caso tan especial.

—Gracias, doctor.

Maury y Sara pasaron junto al médico a la sala de UCI. Pascual y Carmen, casi al unísono, habían llegado a la habitación donde se encontraban sus hijos, Alejandro y Soraya. La pequeña Soraya dormía plácidamente como si nada

hubiese ocurrido, mientras Alejandro se hizo el dormido al verlos llegar. Tras un largo vistazo escrutador, sus padres intentaron decidir quién se quedaría toda la noche junto a ellos. No llegaron a ningún tipo de acuerdo, pero sus corazones parecían estar más relajados al verlos dormir. Entonces quisieron saber sobre la gravedad de Mia y marcharon, confiando en que sus hijos seguirían durmiendo todo ese tiempo.

Nada más salir, Auchi escuchó una voz de tono suave pero lo suficientemente alto para ser oída sin problemas y no despertar a la pequeña Soraya.

—Puedes dejar de fingir.

Auchi se incorporó en la cama y vio que se trataba de Rafael que estaba sentado en el sillón de acompañante cerca de él. Al verlo se relajó un poco y se volvió a tumbar en la cama.

—¿Cómo sabías que estaba despierto? Bueno, da igual, no respondas, eres un Coleccionista y tenéis poderes difíciles de entender —dijo Auchi serio.

—Pues la verdad, era simple intuición —dijo, sorprendiendo al joven.

—Bueno, ¿a qué has venido? ¿A por mí?

—Sí, pero solamente para saber cómo estáis los tres.

—Mi herma... Digo la hermana de Alejandro está bien, y yo, aunque no recuerdo bien todo lo sucedido al final. Siento que me encuentro también en perfectas condiciones, solo me falta saber el estado de Mia. ¡Ostras, es verdad, Mia se encontró muy mal! —dijo recordando lo sucedido.

Por su mente fueron pasando aquellos momentos tan decisivos:

“Auchi, debido al cansancio acumulado, a las heridas que estaban cicatrizando y a la pérdida de sangre volvió a desmayarse cuando estaba con Mia en aquel lugar. Rafael fue el encargado de ayudar a los tres, siendo incapaz de coger a los tres jóvenes al mismo tiempo, mientras su mente comenzó a pensar en cómo resolver aquello: no podía llamar al servicio de urgencias como si nada, podría romper la tapadera de Auchi frente al Panteón. Entonces, recordó que alguien le debía un favor, así que llamó a Jaime Sánchez —el Señalado del Club a quien había impuesto un tatuaje—, quien no dudó ni un solo segundo en ir a ayudar, pero también reconociendo que el tatuaje impuesto en su brazo comenzó a quemarle poco a poco y, tras unos primeros intentos de oposición, decidió acudir a la llamada.

Llegaron en un monovolumen a petición de Rafael, metieron a los jóvenes en el vehículo y el Coleccionista se puso como conductor. Usó sus poderes para entrar en el umbral, dejando a Jaime y a sus compinches sin palabras. En apenas un minuto se encontraban en las puertas del Hospital de la Fe, y, por órdenes directas, los jóvenes fueron llevados hacia los sanitarios de guardia. Rafael dejó

claro que debían de decir que los culpables de todo lo sucedido fueron ellos, que casi tuvieron un accidente por ir a velocidad inadecuada en el vehículo. Esto no le gustó nada a Jaime, pero las órdenes fueron tan claras y directas que no fue capaz de protestar.

Al final, no contaron exactamente la versión que les dijo el Coleccionista, pues creyeron que no era muy creíble. Pero fue aquí donde se pudo ver una buena acción por parte de Jaime, inventándose una historia más típica, por desgracia, de los días actuales. La policía tomó sus datos y se los llevó a comisaría para realizar un parte más exacto. Mientras, los médicos localizaron a los familiares de Mia y Alejandro y estos fueron avisados.”

Rafael informó a Auchi sobre la situación actual:

—Mia está en la sala de cuidados intensivos —le dijo Rafael muy serio.

—Quiero verla.

—Muy bien, no voy a impedírtelo. Habrá que ir por el umbral, sino no podremos pasar.

Ambos llegaron hasta donde estaba la joven; sus padres y los de Alejandro conversaban en la sala posterior. Un cristal los separaba de su hija, pero no podían estar más cerca por el momento, por órdenes médicas. Auchi y Rafael aparecieron en una de las zonas muertas de la habitación, donde no había forma de verlos a no ser que estuviesen dentro de ella.

—Está muy mal, toda esa vida que ella desprende parece estar apagándose por momentos —dijo Auchi con un tono triste y rostro muy serio.

—Y es así, Mia se está muriendo.

—¿Pero tanto tiempo estuvo en el umbral?, los médicos le dijeron que viviría hasta los treinta, por lo menos.

—El arte de la medicina no es tan exacta como uno quiere, eso fue una aproximación, nada más.

Auchi bajó su rostro, le costaba mirar a la joven en aquella cama sin poder moverse aparentemente.

—Auchi, no es momento de tener lástima de Mia.

—Pero es que no puedo verla así.

—Te comprendo, pero Mia ha dado mucho por ti. Creo que debes de hacer algo para que el tiempo que le quede sea inolvidable.

—Tal vez... tienes razón... pero ¿cómo demostrar una sonrisa cuando sabes ya el final?

—Has vivido largos años, pero al mismo tiempo no sabes aún lo que es vivir. Eso yo no te lo puedo enseñar, pero debes hacer un esfuerzo por ella.

—Lo haré, sin duda, por ella lo que sea. ¿Qué tiempo le queda? ¡Por favor, dímelo sin rodeos!

—El jueves a las once y veintitrés, la señorita Mia fallecerá —dijo Rafael muy triste.

—¿El jueves?, eso es dentro de poco más de cinco días. ¿Qué puedo hacer yo en tan poco tiempo?

—Usar la cabeza, eso debes hacer.

A la mañana siguiente Soraya y Alejandro fueron dados de alta, la pequeña estaba contentísima pues iba cogida de la mano de su querido hermano. Sus padres se encontraban felices, pero al mismo tiempo pensativos por la joven Mia. Esta había pasado a Planta, su estado era estable y parecía no revestir más complicaciones de las que ya tenía.

Auchi había ido a visitarla junto a sus padres, pero ella seguía dormida debido a los calmantes que recibía. Varios compañeros, profesores y otros amigos y familiares también se acercaban a ver su estado.

Pasaron varios días, la habitación del hospital se hallaba completamente llena de todo, pero le faltaba algo. Pascual, Carmen y la pequeña Soraya fueron a verla, mientras Alejandro no daba señales de vida, entre su cuarto y poco más. Sus padres intentaron ayudarle por el momento tan difícil que creían estaba pasando, su hermana solo quería estar a su lado, pero siempre parecía estar perdido en sus pensamientos. Ya había hablado con Rafael varias veces, y todas las noches había visitado a Mia en secreto por medio del umbral. Quería hacer algo especial para ella, pero nunca había sido muy romántico y detallista que digamos.

Soraya entró sin previo aviso al dormitorio de su hermano, como de costumbre hacía. Auchi estaba tendido en su cama, su vista perdida en el techo que parecía ser un manto de estrellas para él. Su estado era de calma total, hasta que la voz de la pequeña le hizo volver a la realidad.

—¿Mia se va morir? —le preguntó muy triste y casi llorosa.

—Pero ¿quién te ha dicho eso, Soraya? —preguntó extrañado el joven.

—Mamá y papá lo hablan mucho, y ella no viene a verme como antes hacía. Además, tú ya no juegas conmigo otra vez, y te veo triste.

Auchi no comprendía cómo una niña de tan corta edad era capaz de ser tan perspicaz, el mundo de donde él venía era tan distinto al de ahora que si se lo hubiesen dicho jamás lo hubiese creído. Como acto reflejo, agarró a la pequeña y la subió a la cama con él, ambos tendidos se miraban mientras este acariciaba suavemente su pelo.

—Mia no se va a morir, ahora mismo está un poco enferma, nada más. Es normal que todos estemos tristes por ello, pero verás como se pondrá bien —le dijo dulcemente a Soraya.

—Pero... Si se va a poner bien pronto podremos volver a ir al parque los



tres, ¿verdad?

—Claro, iremos los tres al parque.

—Y a comer helado, y al cine, y comer chocolate...

Y así, siguió la pequeña Soraya relatando mil cosas que hacer, pero gracias a eso una idea le vino a la cabeza al joven guerrero. De repente, le dio un beso en la frente y ella quedó muy sorprendida, pues este era inesperado y muy agradable.

—¡Gracias Soraya, eres la mejor hermana que nadie puede tener!

Sin darle tiempo ni a responder, Auchi se levantó rápidamente de la cama y terminó de vestirse. Se despidió de Soraya y de sus padres, alegó que iba a dar un paseo mientras que su mente planeaba de forma constante.

Llamo a José con el que estuvo hablando durante bastante tiempo, y buscó por doquier todo lo que se le iba ocurriendo. Rafael era testigo de las andanzas de Auchi, pues lo seguía desde el umbral. La curiosidad de lo que iba a realizar le podía, mientras que Kobe solo quería que este se pusiera a trabajar de una vez.

—¿Por qué perdemos el tiempo con este Señalado? —le replicó enfadado.

—Pues no lo sé, hay algo en él que me llama la atención.

—Déjalo ya si no lo vamos a capturar, tenemos que hacer un pago al Panteón y vamos tarde, por si no lo recuerdas.

—Siempre igual, pero por una vez tienes razón. Esta vez nos daremos prisa para ver el resultado final de todo esto.

—Pues como lo hagamos a tu ritmo, jamás llegaremos —dijo Kobe sarcásticamente.

—Me encanta tu forma de ser Kobe, no sé qué sería sin ti —le contestó burlescamente Rafael.

## Capítulo 18

### Deseos

Eran las cinco menos cuarto de la tarde, Mia se encontraba en la habitación junto a sus padres y algún familiar más. Una enfermera llegó, como era de costumbre, para tomar un control de su estado, aunque esta vez traía noticias nuevas.

—¿Qué tal estás, Mia?

—Estoy algo mareada, pero mejor.

—Muy bien, ¿tienes fuerzas para incorporarte en una silla?

—¿Para qué necesita estar sentada en una silla? —interrumpió Sara.

—No se preocupen, es una simple prueba. Si quieren, pueden venir todos a verla, para su tranquilidad —dijo de forma serena.

Todos se quedaron extrañados, la joven hizo un esfuerzo por incorporarse y con ayuda se sentó en una silla de ruedas que le trajeron. La enfermera hacía de guía, mientras sus padres y familiares iban en procesión detrás de ella. Los pasillos eran muy diferentes a los que Mia estaba acostumbrada a recorrer, estos estaban llenos de dibujos en las paredes con temática infantil. Pronto llegaron a un salón de gran amplitud, parecía ser una especie de sitio de grandes reuniones. Al fondo, había una especie de tarima como la de un teatro, seguramente donde los responsables exponían los diferentes temas para los asistentes.

—Pero ¿qué hacemos aquí?, ¿no iban hacerle una prueba a mi hija? —dijo algo agresiva Sara.

—Por favor, pónganse cómodos. Enseguida vuelvo con el doctor y se lo explicará todo.

Aquella respuesta no fue muy convincente para unos padres bastantes enfadados por moverla de su habitación, pero se aguantaron disimulando frente a su hija. Todos tomaron asiento incluida la joven, que fue ayudada. Justo en ese momento las luces de la sala se fueron apagando, dejando todo totalmente a oscuras. Sin dar tiempo a que nadie hiciese nada, un foco se encendió en uno de los lados. Las miradas curiosas se apresuraron a ver de qué se trataba, fue cuando otro foco se encendió en la esquina opuesta. Rápidamente las luces comenzaron a moverse, y varias luces más se fueron encendiendo como si fuese un pasillo de luz. Un foco comenzó a iluminar una pantalla de gran tamaño y este reflejó algo que apenas se distinguía. Una música de estilo clásico comenzó

a sonar por la sala, el foco dejó de alumbrar y en ese momento se pudo observar con claridad como el nombre de Mia estaba grabado en aquella pantalla como si fuese a fuego.

Entonces, todas luces se encendieron, y los presentes se quedaron sorprendidos al ver la cantidad de personas que habían ido apareciendo en completo silencio. Cada uno de ellos iba vestido de algún tipo de personaje de los que a Mia le gustaba, incluso su amigo José que no era muy dado a ello. Mia comenzó a emocionarse, pero, sin darle tiempo a nada más, las luces se apagaron nuevamente. Entonces comenzaron hablar cada uno de los presentes; iban contando la increíble vida de la maravillosa Mia. Fue todo un elenco de talento e improvisación, pues crearon una obra teatral única en nada y menos que casi una quimera de tiempo.

Y así pasaron casi dos horas, donde Mia no cabía en sí, aunque sus padres estaban más emocionados que ella al ver lo querida que era. Esta vez había lágrimas por donde se mirase, aunque no eran de tristeza. Cuando aquella obra improvisada pareció llegar a su fin, apareció Alejandro en mitad del escenario centrando la atención de todos en él. Varios compañeros trajeron sábanas blancas que pusieron por toda la sala, unos proyectores instalados con anterioridad reflejaron las noticias de diferentes canales. En cada noticia aparecía algo escrito en el cielo, en Portugal, Francia, Alemania, España, Estados Unidos, había más de diez países a la vez anunciando noticias. Palabras que creaban un mensaje único: “Como dijo aquel genio, esta vida es un sueño y tú le das sentido, Mia”.

Nadie podía explicarse cómo lo había conseguido, pero, sin duda alguna, todos los presentes en la sala estaban emocionados. Los padres de Alejandro aparecieron por la parte posterior de la sala, siempre estuvieron ahí, pero no querían romper la sorpresa. Soraya corrió para abrazar a su gran amiga Mia, regalándole millones de besos. Por momentos, el silencio reinó, los corazones estaban muy emocionados, y nadie podía más que dar las gracias. La joven se levantó del asiento como pudo, Auchí fue rápidamente en su ayuda evitando que pudiera caerse. Se quedaron frente a frente mirándose a los ojos, y aunque los de la joven no paraban de derramar lágrimas, seguían mostrando mucha pasión por la vida.

—Gracias a todos por esta gran sorpresa, de verdad, y grac...

No pudo terminar la frase cuando se desmayó por completo, Auchí la cogió lo más rápido que pudo para evitar que se golpeará. A pesar de sus esfuerzos Mia no reaccionaba, y todos enmudecieron hasta la llegada de los asistentes sanitarios. Muchos sentimientos encontrados por saber si habían hecho lo correcto o habían metido la pata estaban presentes por todas partes. Aunque Maury, personalmente, hizo de tripas corazón animando a cada uno de los

presentes y agradeciendo el gran detalle que habían tenido.

Todos se fueron a sus respectivas casas, incluso Carmen y Pascual debido a las altas horas que se estaban haciendo. Aunque Auchi no quería abandonar el hospital sabía que debía hacerlo por el momento, Mia necesitaba descansar, al parecer. Durante el viaje de regreso, su mente no paraba de dar vueltas. Solo la radio del coche rompía el silencio, pues incluso Soraya no decía nada debido a su gran cansancio.

Cuando ya estaban en casa, Auchi dijo de acostar él a su hermana mientras ellos realizaban otras tareas. Sin duda sorprendió mucho a sus padres, pero con mucho gusto lo permitieron. Ya en el dormitorio, Soraya estaba en la cama y Auchi se sentó a su lado. Ambos estaban cogidos de la mano, aunque la pequeña estaba siendo vencida por el sueño.

—Gracias pequeña, gracias de verdad por mostrarme un camino que jamás había encontrado antes.

—¿Qué dices, Alejandro?

—Que eres la mejor hermanita que se puede tener. Soraya te vas a convertir en una gran mujer, sin duda. Y yo siempre voy a protegerte de cualquier cosa que te pase, esté donde esté.

—¿Te vas a ir?

—No, siempre estaré a tu lado.

—Vale... aho...

No pudo seguir hablando, Morfeo había ganado aquella batalla con la pequeña. Auchi la miró fijamente, nunca había sentido nada igual por una cría como aquella, que había ganado su corazón. Se acercó a ella y le dio un beso en la frente, y, con suavidad, se despidió mientras cerraba la puerta.

Luego estuvo hablando un poco con sus padres sobre Mia y todo lo sucedido hacía meses. Pasó más de una hora sin darse cuenta, se encontraba tan a gusto hablando que no sentía el tiempo pasar. Pero sus padres debían madrugar para ir a trabajar y tuvieron que acostarse.

Ya en su cuarto, Auchi se quedó pensativo en la cama. Miraba una y otra vez cada recoveco, como si tratase de encontrar alguna señal. Algo lo impulsó a levantarse y se puso a escribir en un folio.

Eran ya las tantas de la madrugada, Mia estaba dormida cuando un leve toque en su rostro la despertó. Su primera intención era gritar, pero una mano tapó su boca. Se trataba de Auchi, que señalaba con el otro brazo a su madre Sara que estaba dormida por agotamiento.

—¿Confías en mí? —le preguntó Auchi con un tono muy suave.

Mia respondió con un gesto claro de su cabeza, este le ofreció su mano y fue agarrada por ella.

—Siento esto, pero debemos usar una última vez el umbral.

Ambos desaparecieron de la habitación sin hacer ningún ruido. En menos de un minuto se encontraban en la terraza del hospital. Esta había sido preparada con una especie de picnic improvisado, con gran delicadeza la sentó, y un manto de estrellas eran testigos de aquella escena.

—Gracias Mia por salvarme, de verdad, muchas gracias.

—No tienes que darme las gracias, tú me salvaste muchas veces antes. Además, si no te cuidaba yo, ¿quién lo iba hacer?

—¡Ja ja ja!, es verdad.

Mia se puso muy seria, tanto que incluso asustó a Auchí.

—¿Qué te pasa Mia?, ¿te encuentras peor?

—No, tengo que decirte algo y no quiero que me interrumpas esta vez, por favor.

—Muy bien, adelante.

Mia se puso cómoda mirando hacia Auchí, y este le devolvía aquella mirada. De repente, una estrella fugaz pasó, pero ninguno de los dos prestó atención.

—Necesito decírtelo, sé que me queda poco tiempo, pero tengo que hacerlo. Pero eres más especial para mí de lo que jamás podría haberlo creído antes. Muchas veces me hubiese gustado ser más guapa, o un poco más lista para ser especial para ti en algo. Muchas veces creo que no eras consciente, ni yo misma, de que me arreglaba lo mejor que podía solo para ti, aunque solo recibiera bostezos por tu parte de buena mañana, mis ojos se inundaban. Cuando me mirabas yo rápidamente te buscaba, y muchas veces te hacía suspirar. Sé que a veces te agobiaba por eso cerraba con nerviosismo los ojos, pero tú, enseguida, apartabas la vista de mi lado. Ese gesto sin querer me hacía sentirme pequeña a cada respiración, temblando como una tonta. Y, la verdad, que así me pasaba los días contigo, entonces ocurrió algo que lo cambió todo. Viniste a verme y cada vez pronunciabas más mi nombre, aunque mi mente me decía que hacía el ridículo para ti y quería morirme. Seguramente pensarías: ¡qué chica más idiota!...

»Pero el tiempo iba pasando a tu lado, y, poco a poco, te ibas abriendo más a mí y me ibas enamorando cada vez más. Y es raro, pues nunca he conseguido besarte, ni siquiera ir de tu mano por la calle. No sé cómo explicarlo, me has hecho vivir en este poco tiempo más que en todo lo que llevo de vida. Y por esa razón yo te regalo hasta el último soplo de mi corazón, pues te quiero Auchí.

Este no pudo decir nada, una emoción jamás sentida antes dentro de él recorría hasta su alma. Solo las miradas cómplices parecían decir algo, cuando de repente unos fuegos artificiales, no muy lejos, comenzaron hacer acto de

presencia, y este hecho dejó a la joven confusa pues no recordaba que hubiese ninguna festividad, entonces Auchi se lo explicó:

—Era una sorpresa, aunque no sé si era un buen momento para ello.

—Son preciosos, pero, ¿cómo has conseguido hacer eso si estás aquí?

—Un amigo me ha ayudado.

—¡Vaya, vaya, si tiene amigos el Señor de Hielo!

—¡Oye tú, señorita graciosa!...

Así, pasaron las horas entre risas y momentos inolvidables, y, cuando se quisieron dar cuenta, comenzó amanecer. Ambos se quedaron anonadados con el brillo hermoso del sol, y, sin que fuesen conscientes, estuvieron agarrados de la mano todo el tiempo transcurrido.

Auchi la miró, y, sin querer, se perdió en la belleza que reflejaba aquel rostro juvenil de Mia. Nunca la había visto antes así, pero ahora era incapaz de apartar sus ojos de ella; entonces, atrajo su atención hacia él, y ambos volvieron a mirarse a los ojos.

Había algo en el ambiente que lo volvía mágico, era un momento que parecía estar predestinado en el tiempo, como si su huella hubiese sido dictada por los dioses. En esos instantes mágicos ambos rostros se fueron acercando por propia inercia, y se fundieron en un intenso beso, que duró más de diez segundos.

Ambos sintieron esa miel de los labios de cada uno y cómo sus corazones iban acelerando su ritmo rápidamente. El tiempo parecía no avanzar, y las sensaciones de bienestar eran cada vez más grandes. Cuando se separaron, Mia seguía con los ojos cerrados saboreando en su mente cada segundo anterior.

—Siento haberme excedido Mia, pero me he dejado llevar por mis sentimientos —le dijo Auchi con vergüenza.

Mia no dijo nada, se abalanzó hacia él y lo volvió a besar una y otra vez. Tras varios minutos de pura pasión, se quedaron a escasos centímetros el uno del otro. Sus ojos eran mapas claros de expresiones, mientras sus corazones latían al ritmo de tambores. El sol se hizo más presente llamando la atención de los amantes, que se incorporaron de manera inconsciente. De repente, Auchi cayó al suelo sintiendo como si algo lo ahogase.

—¡Auchi, Auchi...! ¿Qué te pasa? —le preguntaba Mia bastante alarmada.

—Se muere —dijo de repente Rafael a lo lejos.

—¿Cómo que se muere? ¿De qué estás hablando? —dijo cada vez más nerviosa la joven.

—Mia, Auchi estaba maldito por una Oni. Pero lejos de la realidad, este jamás quiso que fuese una maldición. Así que para que pudiera alcanzar a comprender lo que es el amor, esta le impuso no poder morir hasta conocer eso

que dijo no saber en su momento.

—No entiendo nada, pero me da igual. No quiero que se muera, no puede morirse ahora...

Las lágrimas resbalaban como un mar en sus mejillas y se precipitaban a un vacío claro. Auchí pareció recobrar un poco ese aliento que le faltaba, apenas tenía fuerzas para moverse y solo alcanzó a incorporarse un poco hacia la joven. Sentía cómo su vida iba desapareciendo, cómo algo lo llamaba hacia algún sitio y cómo una paz parecía sosegar aquellos miedos del pasado.

—¡Gracias Mia!

—Pero, ¿qué dices de gracias?, soy yo quien se va a morir, no tú. No voy a permitirlo.

—Ya está hecho... ya tomé mi decisión y no me arrepiento.

—¿Pero de qué hablas?

—Déjame hablar ahora a mí, por favor —le dijo Auchí muy serio.

Mia no quería callarse, pero algo dentro de ella tomó el control y la silenció.

—Mia, eres una chica muy peculiar, y créeme que jamás hubiera imaginado conocer a nadie como tú. El primer día que te vi, creí que serías un gran problema en mi vida. De hecho, para ser más sincero, llegué a pensar en quitarte del medio para que no rompieras mi tapadera. Pero... no sé cómo, a pesar de ser bastante distante contigo seguías estando a mi lado. Siempre tenías una sonrisa para mí, un gesto cariñoso, o estabas dispuesta para lo que te pidiese. La verdad, eres como un rayo de luz que entró en mi oscuridad. Comenzaste a cambiar todo a mi alrededor, y empecé a comprender que sin tu calor no podría sobrevivir al frío. Sin duda, ha sido una extraña comunión entre tú y yo, como si se tratase del sol y la luna, tan diferentes y atrapados en una misma pasión. Podía decirte que a veces llegaba hasta a soñar contigo, pero siempre pensaba que esto acabaría mal. Era como intentar volar alrededor del propio sol, y lo que es peor, sin poder escapar. Y es que te llevo tan dentro de mí, que siento como un fuego que quema mi corazón. Me ha costado mucho aceptar mis sentimientos, y la verdad es que... ¡te amo, Mia!

Jamás nadie se había declarado de aquella forma a la joven, Mia solo creía que estas cosas pasaban en las típicas películas tontas de amor. Aunque esta vez, ella era, sin duda, la protagonista de todo ello. Rafael no quería interrumpir más aquel emotivo momento, incluso Kobe estaba callado. Un Señalado había demostrado ser tan humano, como lo fue en su día original. Entre lágrimas que no cesaban, Mia se abrazó a Auchí con todas sus fuerzas. En ese instante, una especie de aura comenzaba a rodear a la joven, las fuerzas perdidas por su enfermedad parecían volver. Cada vez se encontraba en mejor estado, y comenzó

a comprender lo que había hecho el joven guerrero: salvarle la vida a cambio de la suya.

—No quiero perderte, Auchi... No te vayas de mi lado, por favor...

—Siempre estaré contigo...

—¿Pero por qué me has vuelto a salvar?

—No... Tú has sido la que me salvaste a mí de mi sino.

—No digas más estupideces. ¿Cómo reinvierto esto que has hecho? No quiero vivir a cambio de tu vida.

—No hay vuelta atrás, como te dije... No ha sido hecho de buenas a primeras. Lo he pensado todo muy detenidamente, y la verdad es que... yo sí que no podría vivir sin tu luz. Ahora debo pagar mis pecados, y tal vez en otra vida podamos volver a reunirnos.

—¡No, no, no, me niego rotundamente!

Mia comenzó a besar nuevamente a Auchi, pero no ocurría lo que ella quería.

Auchi agarró la mano de la joven, y con la otra acariciaba ligeramente su rostro llevándose consigo una lágrima. Con un tono de satisfacción y pura felicidad le dijo sus últimas palabras:

—¡Mia, gracias... Te ...!

Auchi se desplomó por completo, mientras la joven lo llamaba con gran insistencia. Rafael no sonreía, algo dentro de él le hacía recordar sensaciones ya olvidadas que nunca quiso dejar en el pasado. Se acercó a la joven, hizo que dejase el cuerpo de Auchi suavemente en el suelo y esta se abrazó a él. Cientos de preguntas surgían por la boca de Mia, mientras sus lágrimas parecían querer inundarlo todo. Aquel dolor sobrecogía el corazón de la joven de una manera tan dolorosa como jamás antes había experimentado.

—¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que morir...?

—La muerte no es el final del camino, señorita Mia, es solo el paso a otra evolución de nuestra alma. Además, no quiero darte esperanzas, porque ahora Auchi será juzgado en el Panteón.

—¿Eso qué significa?

—Pues que tal vez pueda redimir sus pecados... no será fácil, pero sus actos hablan por él mismo.

Mia no llegaba a comprender aquellas palabras como le gustaría, pero las tomó como un bálsamo de esperanza para ella. Se separó un poco de Rafael mirando hacia el sol que ya dominaba los cielos con majestuosidad.

—Entonces, ¿puede que vuelva a verle?

—Tal vez, si el Destino lo cree oportuno —le anunció Rafael con un tono místico.



La joven no podía dejar de llorar, pero una sonrisa apareció en su rostro. En esos momentos no podía ver el espíritu de Auchí que se encontraba detrás de ella, queriendo abrazarla por la espalda; solo Kobe y Rafael contemplaron aquella escena tan especial. Y, aunque Mia no podía saberlo, sentía algo muy especial y se dejó llevar por cada sensación de su piel.

## Capítulo 19

### Un nuevo comienzo

Habían pasado más de tres meses, Mia fue dada de alta en el hospital pues su estado era perfecto. Nadie podía dar crédito a aquella milagrosa recuperación, nunca se había visto un caso similar. Alejandro también volvió a ser el que era, al parecer su alma no había perecido todavía y pudo volver a habitar en su cuerpo físico. No se acordaba de nada de los últimos seis meses transcurridos, pero su amigo José estaba ahí para explicárselo todo.

La pequeña Soraya sí notaba, nuevamente, el antiguo comportamiento de su hermano tan querido, aunque a pesar de su corta edad echaba en falta a esa otra persona, Auchi. Y, poco a poco, las cosas parecían volver a la rutina, entre responsabilidades y ocio.

Mia acabó rompiendo su relación con Alejandro, sin duda había madurado mucho durante ese tiempo transcurrido, aclarando sus sentimientos. Al principio, Alejandro se negó a romper la relación, pero tras una sincera conversación, ambos decidieron ser solo amigos. También era cierto que ahora había algo en ella que atraía mucho al joven.

Un día normal y corriente, iban los tres compañeros, José, Alejandro y Mia hacia clase. Por el camino se toparon con el grupo de abusones que siempre intentaban fastidiar, pues era la única forma de sentirse bien con ellos mismos. Se les acercaron de forma amenazante, cuando Alejandro se giró se los topó enfrente suyo. Sin querer, el giro que dio fue tan brusco, que golpeó con el codo a uno, precisamente a quien iba de líder. El inoportuno codazo había dejado sin aire al otro muchacho y Alejandro se asustó, quedándose asombrado y sin palabras. El grupo de abusones salió corriendo, dejando a su amigo allí tirado sin poder moverse. Mia se acercó al muchacho y le tendió la mano sorprendiendo a todos, este, con recelo, la aceptó y se incorporó.

—¿Estás bien? —preguntó Mia.

—Sí —dijo de mala forma.

Cuando el chico miró a la joven, los ojos de Mia brillaron de forma rara, sintiendo este un miedo que le hizo orinarse encima. Nadie escuchó lo que Mia le dijo, solo el joven gamberro pudo oír lo que le dijo:

—Si quieres seguir de una pieza, debes dejar en paz a la gente, o tal vez deba hacerte una visita de noche y publicar que sigues teniendo miedo a la

oscuridad y te haces tus cosas en la cama, si no te pones una luz.

Mia había usado el umbral para averiguar esos detalles; pasó tan rápido todo que este no pudo ni reaccionar. Con un gesto claro de la joven, el chico comenzó a correr pidiendo perdón mientras se alejaba. Alejandro y José no daban crédito e intentaban saber qué había pasado exactamente.

—¿Qué le has dicho, Mia? —preguntó Alejandro.

—Nada, solo que “¿si estaba bien molestar a las personas?”.

—¿Seguro?

—Sí, palabrita de niña buena —dijo con una gran sonrisa.

—*¡Ojú con la Mia! Cómo ha cambiáo, ahora ere tope guay* —dijo José con su peculiar acento.

En ese momento, vio a lo lejos a Rafael apoyado en una pared, Mia indicó a los chicos que siguieran el camino que enseguida los alcanzaría.

—¿Qué haces por aquí, Rafael? —le preguntó Mia.

—¡Cuánto tiempo ha pasado, sin duda! Te veo bien señorita Mia.

—Gracias. ¿Cómo se encuentra Auchí?

—Sabía que me harías esa pregunta. Auchí está siendo juzgado, como ya sabes, es un proceso lento, pero tranquila. He conseguido que tenga el mejor abogado posible del Panteón, mi querido Kobe.

—¡Jajaja!, seguro que no se lo ha tomado muy bien.

—¡Qué va!, si le encanta —apuntó Rafael, sabiendo que mentía ya que Kobe estaba totalmente indignado.

—Entonces, ¿hay posibilidades? —preguntó tajante, Mia.

—Sí, las hay, de verdad. No sé cuánto tiempo pasará para ello, pero si las cosas siguen su cauce, quizás podáis encontraros alguna vez más.

Aquellas palabras hicieron que Mia sonriese con mucha alegría y abrazó a Rafael con todas sus fuerzas.

—Pero hay una cosa... —le dijo a la joven emocionada.

—¿De qué se trata?

—Ahora que has recuperado tu vida, tus fuerzas, debes prepararte...

—¿Para qué?

—Eres una Señalada, Auchí te dio su don por propia voluntad. Es decir, tienes el don de la vida eterna, por así decir, pero eso también tiene su maldición. Vendrán muchos enemigos a por ti, y yo le prometí a Auchí que te protegería hasta que estuvieses preparada.

—¿En serio le prometiste eso? ¿Cuándo?

—Auchí y yo hemos hablado varias veces, no puede verte como bien sabes, pero siempre piensa en ti. Por eso me hizo prometerle eso a cambio.

—¿A cambio de qué?

—De un favor muy especial entre él y yo —dijo con aires misteriosos Rafael.

Mia miró a Rafael, luego miró a sus compañeros a lo lejos que la estaban esperando, y sintió cómo el ritmo de su corazón se había acelerado.

—Claro, me prepararé, sin duda. Así podré volver a estar de nuevo al lado de Auchí.

[... ..]

---

[1] ¿Cómo te encuentras, Alejandro? Me alegra verte, sin duda ya de vuelta por clase. Tú pregunta lo que necesites, y tranquilo en todo, ve a tu ritmo. Sobre la marcha.